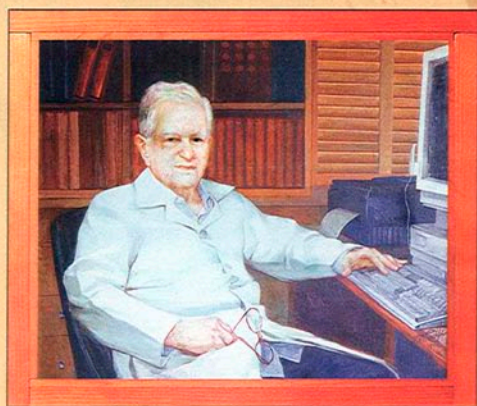


Félix Antonio Stanziola

• Radiografía
de un médico



Félix Antonio

Stanziola

*Radiografía
de un médico*

Panamá, 2000

926

S26 Stanziola, Félix

Radiografía de un médico / Félix Stanziola.-

Panamá: Ediciones Urraca, 2000.

179 p. : 22 cm.

ISBN 9962-02-076-X

1. STANZIOLA, FÉLIX, [19-]

2. MÉDICOS AUTOBIOGRAFÍAS I. Título.

Radiografía de un médico

© 2000, Félix Antonio Stanziola

Urracá Editores

Fax 268-2384

Panamá, Rep. de Panamá

Diagramación de Texto:

Ixie E. Alvarado

Diseño de portada

Alejandro Fernández

Isolda De León (CLEC-USMA)

Correctora

Propiedad del autor

Derechos reservados conforme a la Ley

ISBN 9962-02-076-X

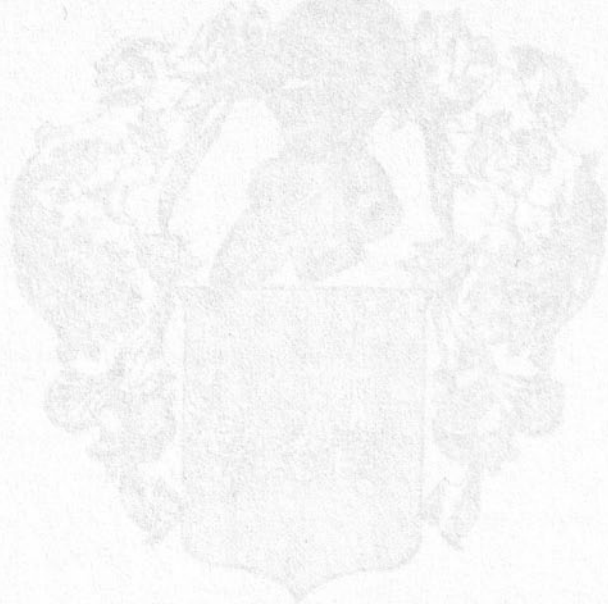
Impreso en Panamá, 2000

por Universal Books

Los Stanziolas

Dedicatoria

*Para Lizca, amor de mi vida;
para mis hijos, que son sangre de mi sangre;
a la memoria de mi hermano Valentín
a quien quise entrañablemente,
y para los Stanziola que, estoy seguro,
poblarán la tierra por muchos, muchos años.*



Dr. Peter Stanziola

Los Stanziolas Di Salvatore



Ex Libris
Dr. Felix Stanziola

índice

Presentación	7
Prólogo	9
I	La Familia 11
II	Don Salvatore 18
III	Yo también fui joven 22
IV	Serás médico con el sudor de tus ojos 43
V	Universidad de Roma 52
VI	Regreso y práctica 77
VII	Cuando llega el amor 98
VIII	Nueva Orleans 118
IX	Enseñar lo aprendido 126
X	Centro Médico Paitilla 130
XI	Mi concepto de Familia 134
XII	Mirando atrás 152
	Mensajes 156
	Monólogo como epílogo 161
	Addenda 170
	Carta de mi Nieto Roberto 173
	Carta de mi nieta 174
	Cronología 176

Presentación

Ernesto Endara

A mediados del año 1999, cuando nuestra civilización se preparaba a enfrentar la aventura de un nuevo siglo y la emoción de un nuevo milenio, el doctor Félix Antonio Stanziola Stanziola tuvo la feliz ocurrencia de pasar en limpio los numerosos apuntes de su vida, con el fin de dejar constancia de su paso por el mundo. Creo que lo hizo por el natural afán del hombre de dejar a su descendencia algo más que bienes materiales. Según me confesó, se despertó en él un ferviente deseo de mantener viva la memoria de la familia. Pensó que sus tataranietos y los nietos de ellos, muchos años después, podrían abrir, lo que para entonces serían viejos archivos de una computadora o desempolvar un cúmulo de amarillentas páginas y echar un vistazo al pasado que fue el causal de sus existencias.

Me sentí muy honrado cuando el doctor Stanziola me pidió que leyera su trabajo. Me gustó la claridad de sus ideas y la firmeza de sus sentimientos. Le dije que no debería conformarse con sacar unas copias de sus “apuntes”, que debería publicarlos como un libro puesto que en ellos hay experiencias de inestimable valor. Por suerte aceptó mi consejo y hoy lo tiene usted en sus manos.

Don Félix Antonio nació en la ciudad de Panamá, el 31 de marzo del año 1911. Dicho lo cual, podrán ustedes calcular que cuando pasó en limpio sus memorias, cargaba ochenta y ocho años en la mochila, y agrego yo: muy bien vividos. Definitivamente, el siglo XX fue su siglo. Me ha dicho que vivir más allá, lo considera una dádiva del Señor.

Por lo que he podido curiosear en su estudio, el doctor Stanziola ha sido sumamente meticuloso en la conservación de papeles con referencias a su carrera de medicina: desde que en el año de 1930 ingresó en la Premédica (*College of Arts and Sciences*) en *The Johns Hopkins University* en Baltimore, Maryland, en Estados Unidos; hasta el día en que se retiró de la

profesión el 30 de abril de 1997 –pasando, por supuesto, por la *Real Università degli Studi di Roma*–. No hay perdedero para quien quiera seguir su rastro en la medicina. Recogió y empastó gran parte de sus experiencias en las Universidades en que estudió; además de los protocolos de las operaciones que realizó en el *Charity Hospital* de New Orleans. Pero estas, sus notas autobiográficas, quieren ser algo más, aspiran a representar una vida, con todas sus arandelas. Si bien el escritor de oficio puede trasladar con cierta facilidad sus sentimientos al papel; para él, ponerlos en blanco y negro, significó buscar apoyo en las razones de la memoria más que en las del corazón, pues sabe que el corazón se vuelve indulgente con los años.

Tal vez el lado triste de la longevidad es ver desaparecer poco a poco a la gente de su generación. Dice Don Félix que él tampoco se negó a firmar “el contrato con la soledad” del que habla García Márquez en *Cien años de soledad*. Mas no se queja pues, con amable frecuencia, pululan a su alrededor las personas que quiere entrañablemente.

En estas páginas, Don Félix (el escritor, no el doctor) revive a muchos personajes que compartieron con él los tiempos pasados. No son fantasmas ni meros recuerdos, son seres de carne y hueso que significaron algo en su vida.

Al final de una existencia tan larga como la suya, habrá quien busque en sus apuntes una especie de conclusión, una explicación, una contundente filosofía. No saldrá defraudado. Bastará con señalar las dos sencillas claves que encontró para una vida plena: *Prima non nocere*, (que quiere decir: “lo esencial es no hacer daño”), precepto que guió su vida médica; y, en la vida privada, la receta de nuestro ilustre doctor se puede resumir al final de un diálogo que sostuvo con su nieto Félix Miguel cuando éste le preguntó: «¿Cómo se logra el éxito, abuelo?», y él respondió: «Si quieres ser un hombre de bien, guarda los Diez Mandamientos.».

PRÓLOGO

Jorge Conte Porras

Hemos leído con avidez el testimonio autobiográfico del Dr. Félix Antonio Stanziola, cuya trayectoria por esta vida no ha sido un ejercicio ocioso. Su vida constituye un modelo de virtudes ciudadanas que pone de manifiesto en todo momento su voluntad de vencer la adversidad en todas sus manifestaciones. Al culminar su lectura hemos llegado a la conclusión de que esta obra debe constituir una inspiración para las nuevas generaciones de nuestra patria.

En primera instancia nos conmueve su profunda devoción por la institución de la familia. Su evocación constante de la figura paterna, un hombre excepcional que le transmitió un fervor constante por la superación personal a cualquier costo, y que le inculcó una serie de principios que fueron definitivos en su formación humana.

Ya decía Don Jacinto Benavente «La vida no regala nada, todo nos cuesta. Todo hay que ganarlo con muchísimo esfuerzo». Y así ha sido la vida de este hombre que, desde su más tierna juventud, comprendió la necesidad de alcanzar una profesión para abrirse un sendero por la vida y servir a los demás.

Escogió el oficio más noble y de mayor exigencia de todos, el de proporcionar salud a los demás. En este recuento, frecuentemente anecdótico, nos llama la atención sus apreciaciones de ciertos galenos panameños de excepción como Luis Guillermo de Roux, Carlos N. Brin y los hermanos Juan Antonio y José María Núñez.

*Dentro de sus referencias merece una atención especial el capítulo que titula **Enseñar lo aprendido**, faena que emprendió como la más importante de cuantas había desempeñado en la vida. Nos refiere una experiencia que tuvo con un médico norteamericano de visita en nuestro país, de nombre Wickstrom, quien se sentía sorprendido de la tenacidad con que se dedicaba*

a transmitir sus conocimientos a los estudiantes. Cito:

«Félix, ¿no te parece que estás dando demasiada importancia a los estudiantes?» A lo que yo respondí: «Doctor, estos estudiantes serán los médicos de mañana»

Sabia enseñanza de quien no teme ceder lo que sabe a los demás, ¡el conocimiento no se gasta!

Cuando leemos el Nuevo Testamento observamos con curiosidad que una de las misiones de El Maestro de Galilea fue su preocupación por la salud de los enfermos, y quien escoge este camino debe poseer una profunda sensibilidad cristiana.

Hay una espontánea sencillez en este hombre sin vanidad, que nos describe con buen humor el origen de la familia Stanziola, allá por la remota región de Palinuro, próxima al Mar Tirreno, de la que nos habla Virgilio en la Eneida.

Tal como él mismo lo señala en el capítulo titulado **Mi concepto de familia**, para él se trata de una institución sagrada, definitiva en la formación del individuo. La familia debe ser el fundamento clásico de nuestra sociedad con todas sus virtudes, como escenario primario del hombre.

Nada nos impactó tanto como su retrato de amor conyugal. Hubo instantes en que al releer la forma como describe la ternura de sus afectos, se nos salieron las lágrimas, desde su primer encuentro con Lizca, su novia de toda la vida, hasta los episodios de una vida compartida para levantar una familia ejemplar. En no pocas oportunidades nos detuvimos a subrayar algunos párrafos que encontramos de una extraordinaria belleza poética..

I

La Famiglia

En medio de nuestro invierno —me refiero a los lluviosos días del mes de septiembre del Panamá de 1999—, cuando por el mar Caribe vagan huracanes que a nosotros, gracias al Señor, sólo nos afectan en forma de estruendosas lluvias, aparece de pronto una mañana soleada y azul, me sale sin que yo lo convoque el italiano que sobrevive dentro de mí. No puedo ni quiero evitarlo. Es la voz de la sangre. Aunque nunca fui a Centola, el pueblo de mis ancestros, parece suficiente el haber nacido del vientre de mi madre para conservar como mías, las costumbres, decires y hasta el carácter de algunos de los personajes de la gran familia Stanziola.

Soy hijo de padre y madre centoleses. En los misteriosos genes se expande la tradición, por lo tanto, algo de ella continuará en mi descendencia. Como no quiero que los tome de sorpresa algún gesto intempestivo o una explosión de carácter que ustedes mismos no esperaban, les dejo aquí una visión a vuelo de gaviota de lo que fueron nuestros antepasados, nuestras raíces.

C E N T O L A

CUNA DE LOS STANZIOLAS

Según la leyenda, en los albores del siglo XI, en una cálida y brillante mañana de agosto, un grupo de cruzados, restos de las huestes de Federico I, conocido como Barba Roja —quien irónicamente, tras sobrevivir las cruentas luchas en Tierra Santa, murió al tratar de cruzar el río Calycadnus en la región de Cilicia, en Asia Menor, donde se hundió con todo y caballo, arrastrado por su pesada armadura—, se detuvieron a mirar con interés las agrestes costas del cabo Palinuro, desde las colinas cercanas. Dichas colinas eran como un marco natural a las bellas playas de arenas plateadas de Palinuro, con sus grutas de *Buondormire* y las ásperas puntas de *Sciábole*. Tales grutas habían ofrecido en tiempos remotos un seguro refugio a los antiguos etruscos. Ahora, este grupo, comandado por un fornido guerrero

de nombre Stacyl, compuesto por diferentes caballeros de los países del norte de Europa que habían sido reclutados para luchar en la Tercera Cruzada que trataría de liberar a Jerusalén de manos de los infieles, estaban encantados con lo que se les ofrecía a la vista. Con la muerte de su jefe Barba Roja muchos se desbandaron, desalentados por no haber podido conquistar la Tierra Santa. Otros, por no tener honestos medios de subsistencia, se dedicaron al pillaje de las ciudades que tenían la desgracia de estar en las rutas de regreso a sus países de origen. El grupo de Stacyl tendría otro destino.

Fue así como aquella mañana, los que subieron a una de las colinas y se detuvieron a mirar las playas de Palinuro, decidieron hacer allí mismo una reunión en la cual se discutiría el plan a seguir. Acababan de saquear la antigua ciudad de Salerno, famosa por la Escuela de Medicina de su Universidad –la primera Facultad de Medicina en Europa, fundada en el siglo VII, que también fue la primera en admitir mujeres. Allí las féminas se preparaban para comadronas–. La ciudad de Salerno también era famosa por la ciencia que aportaron los griegos, los latinos, los hebreos y los sarracenos, compendiada en una obra conocida como *Schola Salernitana*; además, por la magnífica obra en verso *Régimen Salutis Salerni* que fue traducida a todos los idiomas de la Europa de esa época.

Vale mencionar que si queremos saber las verdaderas raíces de la ubérrima región salernitana de la cual descienden los centoles y por ende los Stanziola, debemos mencionar, que dicha región era conocida desde los tiempos de los romanos como *Salernum*, y comprendía la ciudad de Salerno, y todos los alrededores de Palinuro incluyendo a Centola.

Salernum fue invadida y dismantelada varias veces, lo que demuestra que era una región rica y su posición geográfica era muy importante estratégicamente, no sólo en la antigüedad sino en los tiempos modernos. Recordemos que fue precisamente Salerno la ruta que escogieron los aliados cuando invadieron el continente Europeo durante la Segunda Guerra Mundial.

¿Qué mezcla de razas tienen los salernitanos y por ende los centoleses? Basta mencionar que en tiempos inmemorables, la región fue presa de piratas argelinos y de todos los que merodeaban las costas del Mediterráneo. Hay todo un racimo de razas sobre nuestro árbol genealógico.

Probablemente los etruscos fueron sus primeros habitantes e influyeron en los pueblos que les sucedieron, legándoles su gran avance en las artes y ciencias, tal como lo demuestran los objetos arqueológicos encontrados en las grutas de Palinuro.

En un antiguo mapa, en la biblioteca del Vaticano, se puede distinguir una ciudad con el nombre de *Duocentola*, precisamente donde se localiza actualmente nuestro pueblo de Centola.

En el siglo IX, los pueblos de la región fueron arrasados por Carlomagno, luego en el siglo XI por los sarracenos; más tarde por los moros al mando de Roberto Guiscard. Tampoco dejaron de meter allí sus garras Federico II y Enrique IV.

La Italia del siglo XI estaba dividida en pequeños reinos, y los más prósperos eran Venecia, Roma y Génova.

Ninguno de estos reinos le daría refugio a los fatigados cruzados de Barba Roja, y menos si su líder había muerto. El pequeño grupo decidió dirigirse hacia las montañas salernitanas. Desde la cima, vieron el bello panorama del golfo, las azules y cristalinas aguas que bordeaban los altos acantilados y, más abajo, una playa de arena fina y brillante que había sido usada como puerto por los etruscos (hoy es el conocido balneario de Palinuro).

Después de vagar sin rumbo por el agreste lugar sin encontrar un refugio seguro, decidieron acampar en la alta planicie, bajo la sombra acogedora de unos pinos que perfumaban el ambiente y que les dieron tal sensación de tranquilidad y sosiego que los hizo dormir profundamente. A la mañana siguiente, Stacyl, el nuevo jefe de la banda quien, como dijimos, era un hombre robusto de estatura aventajada, con barba rojiza y encrespada, y

un irrevocable gesto de mando, señalando la verde planicie donde se podía apreciar un riachuelo y más allá una caída de agua que descendía rápidamente a veces, lentas otras, por la falda de la montaña dijo: «Aquí fundaremos nuestro pueblo». Y tras una breve pausa, continuó con voz grave: «Estamos cansados de la incómoda y dura vida de antaño, del frío de los parajes nórdicos, y de las peripecias de la guerra. ¡Basta ya de la dura vida de campamentos, de espuelas y de escudos! Aquí levantaremos un pueblo y tendremos nuestras familias, y nos dedicaremos a la labranza de la tierra y a la cría de animales. Cambiaremos nuestras espadas por los arados. Los que no estén de acuerdo pueden abandonarnos ahora.»

Los hombres que lo rodeaban, que habían escuchado sus palabras en silencio, dejaron escapar de sus gargantas un grito de alegría con lo que dieron a entender que aceptaban la decisión de su jefe.

Así fue como en la alta, y hasta entonces desierta meseta, un grupo de aguerridos hombres de armas, cansados de una guerra sin sentido y sin final, decidieron complacer sus ansias de vivir.

Los antiguos cruzados de Barba Roja abandonaron para siempre el pillaje, y con gusto se dedicaron a trabajar la tierra y a la cría de ganado, viviendo desde entonces con lo que producía su trabajo.

No bien habían comenzado la construcción de las primeras casas cuando apareció un extraño personaje que decía tener más de cien años, y por Dios que lo parecía, dijo llamarse Campanile; quien, además de su extraña vestimenta compuesta de harapos multicolores, lucía una larguísima barba que le arrastraba más allá de los pies. Este ser, que más parecía un duende que un hombre, vivió con los pacíficos guerreros un par de años y luego desapareció tan misteriosamente como había llegado.

La necesidad de compañeras obligó a los hombres de Stacyl a arrebatarse mujeres a los salernitanos, igual que hicieron los antiguos seguidores de Rómulo, cuando por falta de mujeres raptaron a las sabinas que habitaban al Norte de Roma para formar sus familias. Esta última rapiña de los antiguos cruzados hizo que los pobladores vecinos bautizaran el nuevo asentamiento

to de la meseta como *Il Luogo dei cento ladri*, que quiere decir “El lugar de los cien ladrones”. No cabe duda de que su nombre proviene de allí: *Dei Cento Ladri* y después Centola.

Como dije, existe en el Museo del Vaticano, un mapa que señala una ciudad, precisamente donde hoy se encuentra Centola. El nombre de dicha ciudad es *Duocento*, lo cual nos hace pensar que hubo quienes calcularon que eran doscientos los ladrones que la fundaron.

Con el correr de los años, estos guerreros formaron sus familias y trabajando afanosamente las tierras y multiplicando la cría de sus ganados, se convirtieron en prósperos granjeros. Pronto sus estancias fueron conocidas más allá de Centola. El mercenario que había fungido de jefe y por cuya orden se había fundado la ciudad de Centola, cambió su nombre de Stacyl por Stanziol, nombre que con el tiempo se transformó en STANZIOLA.

Somos descendientes de aquel cruzado cansado de guerra.

Historia de Centola

Con la información que trajeron de su viaje a Centola la familia Motta Stanziola (formada por mi hija Marianela y los hijos de ella con Roberto Motta hijo) he podido recabar datos que nos pueden ayudar a conocer la verdadera historia del pueblo de nuestros antepasados. Hasta hoy lo único que sabíamos eran relatos románticos que sospecho no eran otra cosa que producto de las historias de los antiguos centoleses que se empeñaban en hacer reales las viejas leyendas transmitidas de padres a hijos aunque no fuesen avaladas por documentos históricos. Le dije a mi hija Marianela que la historia se escribe en los cementerios y en los archivos de las iglesias. Sin embargo no debemos pasar por alto que hay familias que se empeñan en conservar y transmitir datos históricos de sus propios archivos. Algo de eso intento yo ahora.

Marianela encontró un grueso volumen que consta de cinco libros, escrito por el reverendo padre Giovanni Cammarano, quien fue capellán militar y después párroco de Palinuro. Su obra fue

muy fructífera, ya que en 35 años, el buen padre construyó el complejo parroquial de Palinuro y restauró la antigua iglesia del Convento de Centola.

Según los datos recabados por el padre Cammarano, la fundación de Centola se remonta al año de Nuestro Señor 557, es decir, hace quince siglos. Nos dice el buen cura que Centola nació bajo la dominación bizantina del 557-558, coincidiendo con la destrucción de la ciudad de Molpa. Para aquellos interesados en la historia antigua de la ciudad de nuestros antepasados les recomiendo que lean la interesante obra del padre Giovanni Cammarano.

Por supuesto, personalmente estoy más interesado en el papel que jugaron los Stanziola con el devenir del pueblo que los vio nacer.

Para el año de 1300, hubo familias del primer grupo que se unieron a las de un segundo, formando un tercero y así se multiplicaron los apellidos. Aparecieron los Cicerini, Reinaldo, Stanziola, Stanziona, La Guardia, Gueriero, Basile y otros. Pero, según el padre Cammarano, fue la familia Reinaldi, la que aportó mayor cantidad de datos históricos en las crónicas de aquella lejana época de la historia de Centola.

Muchas familias cambiaron sus nombres, y hoy día son muy conocidos, como los Caputo, Merola, De Lucca, Basala, Lamassa, y otros más.

Nunca hubiera pensado que nuestra familia tuviera tanto que ver con la historia de nuestros antepasados. Pero viéndolo bien no es de extrañar, ya que entre los Stanziola hubo 17 que tomaron los hábitos sacerdotales, y tres fueron párrocos de sus respectivas congregaciones, en cuyos archivos se encuentran muchos de los datos históricos de Centola.

Las familias importantes, que Cammarano cataloga como familias célebres de Centola, se reunían para escoger a sus gobernantes. Estos eran elegidos según las contribuciones con que hubiesen ayudado a la comunidad. Formaban así las clases dirigentes

que, tenían entre sus atributos establecer las normas para escoger a las parejas que formarían las nuevas familias. Está de más decir que los matrimonios se hacían entre miembros del mismo rango. No era pues de extrañar matrimonios entre primos. Esto sucedió en mi propia familia como veremos más adelante.

Durante el medioevo eran pocas las personas que sabían leer y escribir, por tal razón, en nuestro pueblo las diferentes familias optaron por usar escudos heráldicos que no pretendían ser símbolos de nobleza o cosa parecida, sino que eran la forma en que diferenciaban los diferentes clanes y familias.

Los Stanziola decidieron adoptar como escudo un brazo armado de espada, que representa la justicia que debe prevalecer entre los hombres.

II

Don Salvatore

La Familia Stanziola Stanziola fue fundada por el matrimonio de Dominico Antonio Stanziola y Rosa Basala, posiblemente en el año de 1855, en Centola, provincia de Salerno, Italia. Hemos calculado tal fecha porque la hija mayor Catarina, nació en 1857. Catarina se casó con Espósito y se radicó en Hazeletown, Pa. El segundo hijo, Rafael, nació en 1859 y se radicó en Panamá, después de haber cumplido con el servicio militar en Italia. Tras el nacimiento de Rafael, Dominico Antonio viajó a Rio de Janeiro, junto a su primo Salvatore Stanziola Mérola. Aparentemente hizo fortuna trabajando en la construcción, y regresó a Centola 10 años más tarde. Para nuestra familia fue una dicha que le naciera un nuevo hijo al que bautizaron como Salvatore Stanziola Basala, pues resultó ser nuestro progenitor.

Los hermanos Rafael y Salvatore, que eran Stanziola Basala, se casaron con las hermanas Dorotea y Doménica, que eran Stanziola Lamassa.

Resulta que mis abuelos Dominico Antonio y Rosa, adoptaron a dos sobrinas huérfanas: Doménica y Dorotea, que eran hijas de Ursula Lamasa y Nicola Stanziola Merola. Mi padre Salvatore se casó con Doménica, su prima; lo mismo sucedió con mi tío Rafael que desposó a mi tía Dorotea (hermana de Doménica), mujer de porte distinguido, de profundos ojos azules y naricita respingada a la que todos conocían como “la Duquesa” por su belleza y donaire. Era bella en verdad, belleza que heredó su hija Rosina, quien llegó a ser la “Reina Perla” en los carnavales de la ciudad de Panamá en la época de Colombia. El tío Rafael, que no se quedaba atrás en galanura, después de cumplir su servicio militar, aprendió el italiano puro y dejó de hablar en el dialecto centolese; por tal razón los lugareños lo bautizaron con el sobrenombre del “Milord Inglés”.

Y, bueno, sucedió lo que tenía que suceder: los hermanos Stanziola se casaron con las hermanas Stanziola.

Por tal razón mis hermanos, los hijos de Rafael y yo somos Stanziola Stanziola.

Llegada a Panamá

Uno de los motivos que me impulsaron a escribir estas Memorias, es el deseo de dejar constancia de la existencia de mi padre Salvatore a sus descendientes que no tuvieron la dicha de conocerlo; y para reconocer que fue por un albur del destino que una rama de los Stanziola llegó hasta Panamá, aquí se trasplantó y aquí dio nuevos frutos.

Muchos italianos, los de la Italia meridional especialmente, por no tener suficientes oportunidades de hacer fortuna en sus pueblos, emigraban a la América y regresaban luego con el dinero ahorrado a seguir sus vidas con las familias que habían dejado, a veces con niños pequeños, como sucedió en la nuestra. Así, vemos cómo mi abuelo Dominico regresó tras su viaje a Brasil y engendró a mi padre Salvatore diez años después de su último hijo. En su tierra natal, Dominico Antonio se dedicaba a la construcción. Vivían de su trabajo y de sus ahorros.

Creció Salvatore en un ambiente de trabajo y bajo la estricta educación de un padre anciano, que imponía sus reglas a la familia con la dureza de un sargento o de un jefe.

Salvatore aprendió las primeras letras con el cura párroco del pueblo, y pagó sus estudios sirviendo de monaguillo. Es probable que la convivencia con los curas lo acostumbrara en su madurez a hablar en parábolas. Es una de las cosas que más recuerdo de mi padre, que todas sus enseñanzas las decía a base de anécdotas. Don Salvatore fue un hombre de pequeña estatura, pero muy fuerte. Una de sus frases favoritas era: «El hombre debe avergonzarse de decir que está cansado». Igual de inflexible era con los accidentes. Antes de que fuera lema de las Aseguradoras, él nos repetía que: «Ningún accidente es inevitable. Caerse de sus pies debe considerarse un insulto». Si caíamos, nos regañaba diciéndonos que estábamos podridos.

Todo esto no es más que el reflejo de lo que él había aprendido en su medio. Muchas de sus lecciones prácticas, comenzaban así: «Cuando Jesús caminaba erguido por el mundo»... y a renglón seguido el mensaje que nos quería dar.

Poco sé de los pormenores de la vida de mi padre Salvatore en Centola, su pueblo natal. No le gustaba hablar de eso. Sin embargo siempre decía que después de las labores en el campo, frecuentaba la taberna del pueblo y jugaba el vaso de vino a “la bríscola”. Se le imponía una sola condición: no podía llegar tarde, pues su padre, el capo de la familia, no toleraba que alguien llegara más tarde que él a la casa. Esa misma regla la implantaría él en nuestra familia.

Cuando mi padre era adolescente, la familia se componía, además de él y sus hermanos, de las dos huérfanas que ya mencioné, hijas de Nicola Stanziola Merola. Eran Doménica y Dorotea dos años mayores que los jóvenes Rafael y Salvatore, con quienes hemos visto, contrajeron nupcias años después. Nuestra familia la formó Salvatore con Doménica y Rafael con Dorotea. Después de su matrimonio ambos hermanos emigraron a Panamá, pero el primero que vino fue Rafael.

Salvatore y Doménica tuvieron dos niñas cuando todavía vivían en Centola: Antonia y Carmen. Cuando Salvatore decidió viajar a Panamá, en 1899, lo hizo él solo –todo parece indicar que fue un viaje de apuro–. Posteriormente envió por la familia. Para ese entonces, Antonia contaba 6 años de edad y Carmen 4 años. Ya en Panamá, el matrimonio tendría a: Mercedes, luego a Valentín y varios años después nació yo.

Hay episodios en la vida de Salvatore que nunca se han podido esclarecer. ¿Por qué se fue de su pueblo? Siempre evadía el tema. Lo cierto es que de manera casi súbita, dejó a Centola rumbo a Panamá. El viajar sin el consentimiento de su padre le costó que lo desheredaran de las propiedades en Centola.

Sospecho que el apresurado viaje de Salvatore fue por asuntos de faldas.

A pesar del hermético silencio de mi padre Salvatore, se llegó a saber que una de sus conquistas en Centola le valió las amenazas de la familia de la joven. La cosa trascendió y el asunto se tornó grave hasta el punto de que en cierta ocasión, perseguido por el padre y los hermanos celosos, fue necesario que se refugiara en la iglesia del pueblo para salvar la vida.

Cuando la situación se hizo insostenible, no tuvo más remedio que seguir los pasos de su hermano Rafael.

Si bien Salvatore evitaba hablar del motivo de su viaje a Panamá, gustaba de relatar las peripecias que tuvo que afrontar para llegar a la tierra que bien lo recibiría.

Con poco dinero y menos documentos llegó primero a Nápoles, donde le facilitaron los documentos para llegar a la ciudad de Burdeos y de allí pudo tomar un barco de motor y vela que lo llevaría a Nueva York. En la ciudad de los rascacielos sólo permaneció dos días hasta que consiguió embarcarse hacia Panamá.

Ya en Panamá, fue encarrilado por su hermano Rafael hacia los negocios de bienes raíces, donde pronto logró una holgada independencia económica.

Apenas pudo, compró tierras y construyó su casa, la primera ambición de todo italiano proveniente de una familia de constructores. Salvatore tenía predilección por las esquinas. Así, las casas que luego levantaría en sus terrenos, rápidamente multiplicarían su valor catastral.

Cuando todo marchaba viento en popa para don Salvatore, el destino le reservaba el peor de los golpes: la muerte de mi madre, una compañera irremplazable. Ocurre el triste suceso a los pocos días de iniciarse el gran conflicto europeo que significó la Primera Guerra Mundial. En contraste con el dolor de mi padre, la ciudad de Panamá todavía se encontraba envuelta en los aires de fiesta por la inauguración del Canal.

Pero también, en ese fatídico año de 1914, no sólo Salvatore y su familia vistieron de luto riguroso, sino Europa que se encontraba envuelta en la Primera Guerra Mundial.

III

Yo también fui joven

Cuando los muchachos lo ven a uno caminando lento y con el cabello blanco, se les olvida que uno pasó por lo que ellos están pasando: la juventud. Quisiera advertir que nada es más efímero que los años mozos. En cada viejo hay un niño, un adolescente, un joven y un hombre maduro. Si es inteligente puede convivir en serena paz. Esto generalmente se logra si no hay maldad en el alma, si no hay demonios interiores.

Por mi parte, he llegado a la vejez serena, sin deudas económicas ni morales. Puedo echar un vistazo a mi pasado sin bochorno, y es lo que me propongo hacer.

La casa en que nací estaba ubicada cerca de la playa de “La Uvita”, viví en una finca llamada Huerta del Rey cercana al Chorrillo a las faldas del cerro Ancón. En ese tiempo el barrio del Chorrillo era un caserío bucólico y tranquilo, las olas del Pacífico rumoreaban en sus orillas y la falda del cerro Ancón lo cubría de sombras vespertinas. Según me contaron, la casa donde nací –de madera como casi todas las de la época– fue arrasada por un incendio y a mí –todavía de pecho– tuvieron que sacarme por una ventana.

Mi recuerdo más lejano se remonta al aciago día en que murió mi madre. Puede parecer increíble, pero todavía conservo ese día fresco en la memoria, aunque sólo tenía 33 meses de nacido. Pienso que la fijación de este recuerdo de mi madre se debe a que –según dicen– fue muy íntima nuestra relación; la proximidad de su aliento y la ternura de su pecho nos soldó espiritualmente. Dicen que no nos despegábamos ni un minuto. Tal vez por esa razón, el día que murió y el siguiente, se me quedaron indeleblemente grabados en la mente. Su desaparición fue un impacto terrible. Me basta cerrar los ojos para ver a la gente caminando en puntillas por la casa; la gran cantidad de flores en forma de coronas que inundaron la sala con el aroma que siempre me recordará el olor de los cementerios;

la ropa negra, el luto pesado y grave; pero sobre todas esas cosas, la tristeza de mi padre don Salvatore. Para aliviar mi tristeza, mi padre me llevó a la casa de unos vecinos donde me dieron galletas. Todo eso quedó marcado para siempre en el niño que fui.

Por supuesto, después de aquella impactante experiencia hay enormes baches en mis recuerdos.

Para mi consuelo, existía una mujer llamada María Pía, quien, se puede decir, era una agregada a la familia y que, al morir mi madre, se dedicó al menor de la familia, o sea a mí; y fue tanto el cariño que me dio que cuando se casó (con el señor Florencio Barba), lloré porque quería que me llevara con ella. Así de fuerte, pero también de dependiente, puede ser el amor.

En la escuela Gil Colunje me impresionó por su dedicación a los alumnos la maestra Matilde de Villaverde; más adelante, en el Instituto Nacional, el profesor de inglés, el señor Powell, quien además de la lengua de Shakespeare, nos enseñaba eficientes métodos de buscar trabajo y las ventajas del ahorro. Con sus cándidas historias y el afán de prepararnos para el futuro, el profesor Powell nos encarriló a encontrar cada quien su profesión, a mí, de alguna forma me hizo vislumbrar mi vocación médica. A él le debo haber conocido la existencia de la Universidad de Johns Hopkins. Otro profesor admirable por su sincera entrega a la docencia fue don Carlos Manuel Gallegos, que nos enseñaba Matemáticas. De alguna manera supo el profesor Gallegos que de niño yo me entretenía curando a los animales de la finca (a las vacas y caballos les sacaba los gusanos, a los perros las garrapatas y vendaba a los chivos, etc.), y un buen día me dijo: «Está muy bien eso de curar animales, pero todavía es mejor curar a los hombres». Cuando él me dijo tal cosa, todavía yo ni soñaba con estudiar medicina, pero hoy cuando alguien me pregunta «¿por qué estudiaste para médico?» La respuesta podría estar allí, en esa frase que todavía me impresiona. Muchos años después me tocó atender como médico a mi estimado profesor con gran emoción para ambos.

Cuando mi padre Salvatore compró la finca en “Monteoscuro” – que hoy es un elegante barrio residencial–, nos dijo que había comprado un terreno en el centro de la ciudad. Decidió que teníamos que conocerla por lo que todos nos embarcamos en el viejo fotingo que teníamos y partimos muy emocionados, rumbo a la flamante finca. El viaje duró casi dos horas. A mi hermano Nicolás se le ocurrió observar que estaba muy lejos del centro, y que todo era monte a nuestro alrededor, a lo que don Salvatore respondió: «Ahora no es el centro, pero más tarde...» Actualmente la barriada recibe el nombre de “El Bosque”.

En la finca me acostumbré a lidiar con los animales, no sólo les perdí el miedo sino que establecí cierta comunicación con ellos. Los cuidaba y los curaba en lo que podía. Cuando a los demás les daba asco una gusanera en la llaga de un caballo, yo me encargaba de hacer la curación debida, extrayendo los gusanos y cauterizando las úlceras. No sentí nunca el menor asco.

La finca y los caballos desarrollaron en mí una predilección por la equitación. No me habían llamado la atención los otros deportes, pero montar a caballo constituyó para mí un verdadero placer.

Un día una yegua me tumbó delante de mi padre. Don Salvatore se alteró tanto al verme caído en el suelo que se acercó lleno de ira y mordió la oreja... de la yegua (fue tan fuerte la mordida, que se le aflojó un diente). Cumplido el castigo del equino por haber derribado a un Stanziola, yo no me libré del regaño de rigor que terminó con una de sus frases sacramentales: «Un *uomo* no debe caer nunca». Los principios de mi padre don Salvatore no conocían el término medio.

Recuerdo otro día que trabajábamos reparando una cerca, ya teníamos varias horas en la faena cuando a Nicolás se le ocurrió decirle: «Estoy cansado, padre» y la reprimenda no se hizo esperar: «¿Ma qué ha dicho, Nicola? ¡Vergogna! ¡Tú debes avere vergogna! Un uomo no debe giammai decire que está cansado». Gritó en su lenguaje italo-panameño.

Conservo con especial cariño los recuerdos de mi vida de estudiante en el Instituto Nacional. Un centro estudiantil que para mi época era

monumental y majestuoso (y me parece que todavía lo es). Cada institutor sentía gran orgullo de pertenecer a ese “templo del saber” como lo describe la letra de su himno; todos soñábamos con el momento en que esa letra se volviera realidad, sobre todo en la parte que dice: “Dos esfinges vigilan la entrada, con un gesto glorioso y audaz, y algún día sus labios de bronce la palabra suprema dirán”.

Y las esfinges dijeron las palabras para mí y mis compañeros. Nos graduamos y sentimos que estábamos preparados para iniciar cualquier estudio universitario. Tanta era la confianza que nos inculcaron nuestros profesores, que nos sentíamos capacitados para emprender cualquier estudio. Yo había tomado mi decisión: sería médico.

Aunque los Stanziola celebraban las fechas clásicas con sus grupos familiares, se reunían todos una vez al año y esto lo hacían únicamente para celebrar el cumpleaños de mi padre don Salvatore. Para tal día, el 2 de diciembre, todos se dirigían a la finca de “Monteoscuro”, donde ya contábamos con una enorme casona de madera y se hacía una gran comida –generalmente pastas con carne de chivo–, con abundantes golosinas para la gente menuda y regada con buen Chianti que era como una cuerda para que salieran buena cantidad de anécdotas y cuentos de los viejos. Solamente en aquellos momentos los mayores se permitían recordar su pueblo de Centola –al que nadie se refería fuera de ese día–.

Cuando me gradué de bachiller en el Instituto Nacional, comprendí que se habían terminado los días de la niñez y la adolescencia, en la escuela y en “Monteoscuro”, entraba en la gloriosa juventud que quiere abrirse camino en “la selva” de la vida.

La Casa de Empeño de Valentín

El negocio de Valentín era como para escribir un cuento. Nadie sabe cómo podía combinar la cría de gallos de pelea con una casa de empeño.

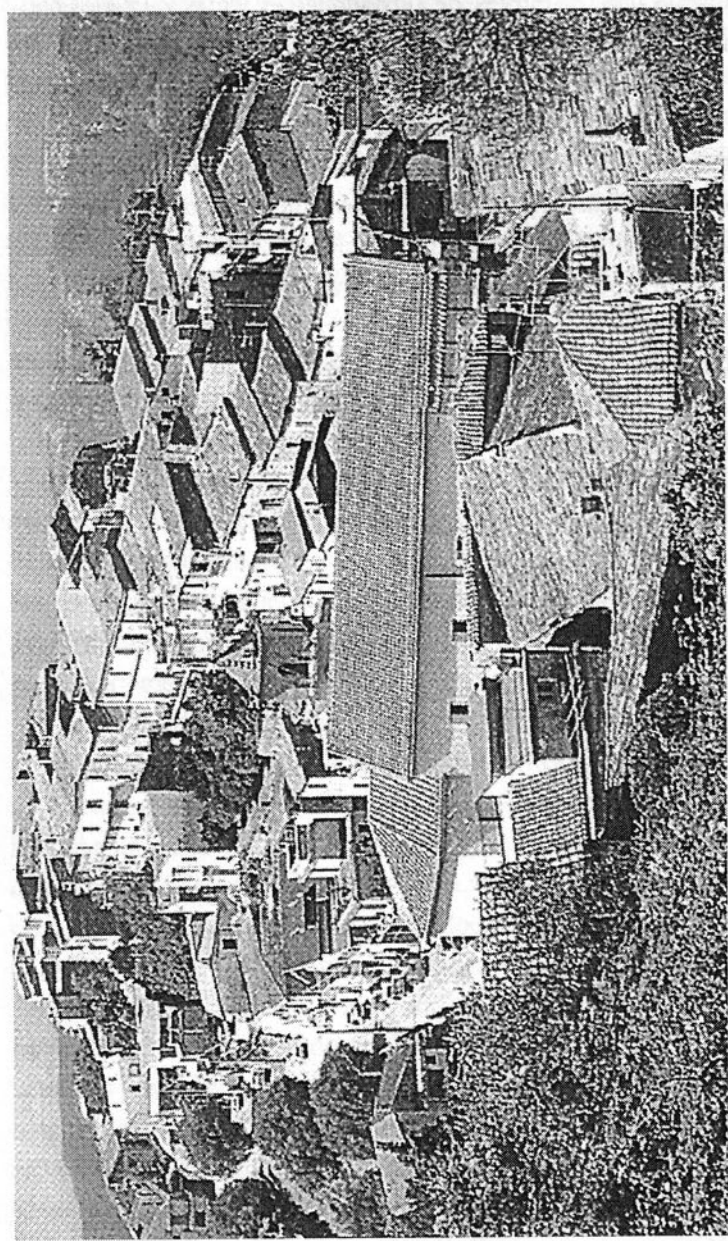
Cuando en la mañana abría la pesada puerta, lo recibían los impacientes cantos de los gallos, que esperaban con ansias después de toda una noche de ayuno, el rico maíz que su dueño le regaba en el patio, además, sin dilación, les daba su ejercicio diario, los sobijos con alcohol, y su buena rociada de agua, costumbre arraigada entre los galleros para despertar al animal o para refrescarlo. Cogía un buche de agua fresca y se lo soplaba al animal en el trasero. Después de éste ritual, Valentín acomodaba las prendas en las vitrinas. Por lo general lo ayudaba alguna de las secretarías, mientras el muchacho de los mandados comenzaba la limpieza del piso. En el pequeño corredor, atrás del negocio, había un taller improvisado de costura. Gallos, prendas, costura, conversaciones, todo entraba en el negocio de Valentín.

A veces llegaba un negro, de pocas carnes, con una gorra grasienta, y le proponía un negocio. A Valentín no le parecía bueno el negocio; después de chuparse el labio superior, mueca muy peculiar de él, despedía al negro de buenas maneras. Si el negro insistía, lo amenazaba con encerrarlo en una jaula, el negro lo miraba sin entender, pues no estaba del todo cuerdo, y seguía su camino, hacia otro puerto donde tal vez tuviera mejor suerte.

La próxima clienta, más sólida en cuanto a carnes, sí es un negocio de verdad. Antes de gastarse lo que ganó en la lotería, quiere comprar una prenda que, además de lucirla, la podría sacar de futuros aprietos. Deseaba un collar con medalla, lo más grande posible, y mejor si es con la esfinge del santo de su devoción. Por supuesto, la solidez de estas medallas se lo daba la pasta que colocan entre las delicadas capas de oro. Truco de los orfebres. Los italianos hacían esto muy bien. Bueno, la señora escoge la prenda, tras su respectivo regateo, al final las dos partes quedan conformes. No pasarán muchos días antes que la misma prenda venga, ahora como objeto de empeño, y de nuevo el regateo; la dueña arguye que es una buena prenda, ya que la compró allí mismo, en ese escaparate. Y así vuelve una y otra vez a Valentín. Si no la sacaba a tiempo, quién sabe si otra morena, con suerte en la lotería, la compraría. Ese es el destino de lo que sale y entra en la casa de empeño.

Interesante era ver a Valentín, cuando entraba una de esas muchachas llena de curvas, de ajustado jersey y más ajustados pantalones, de redondeces provocativas. La enfocaba por el ojo derecho, y la medía de arriba abajo. Con precaución le mandaba un requiebro. ¡Cuidado!, no vaya a ser que la mujer, que venía a pagar el alquiler, cambiara de idea y pensara que podía pagar con otra moneda. No, señora, para Valentín, los negocios eran primero, y lo demás venía después. A este tipo de clientas Valentín les mandaba el cobrador, que sea él quien se ruborizara si la inquilina lo recibía en paños menores.

El mundo siguió su curso y Valentín allí, en su casa de empeño y en el negocio de las casas de alquiler. Esa fue su vida, y con ella conservó la tranquilidad de espíritu. Mantuvo mientras pudo sus gallos, y no me cabe la menor duda de que el alegre aleteo tenía mucho que ver con lo risueño de su carácter.



Vista panorámica del apacible pueblo de Centola



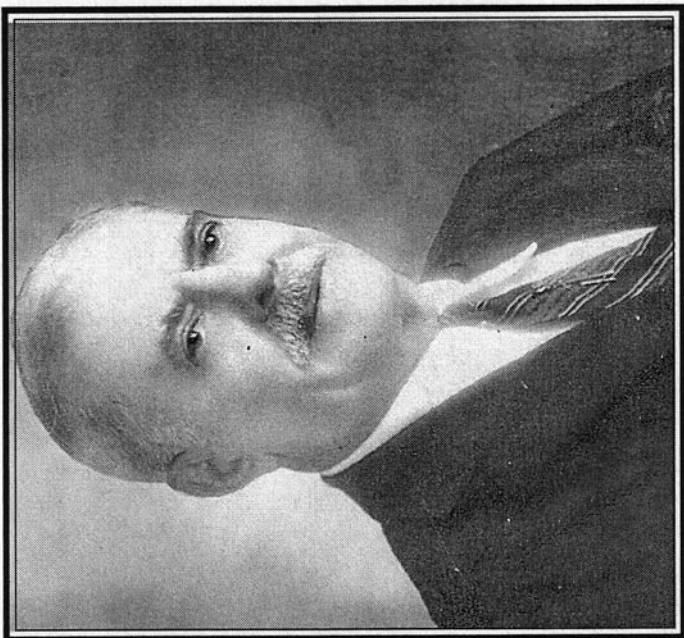
Piazza San Nicola di Mira. Desde lo alto de la colina, el mar y las cuevas de Palinuro



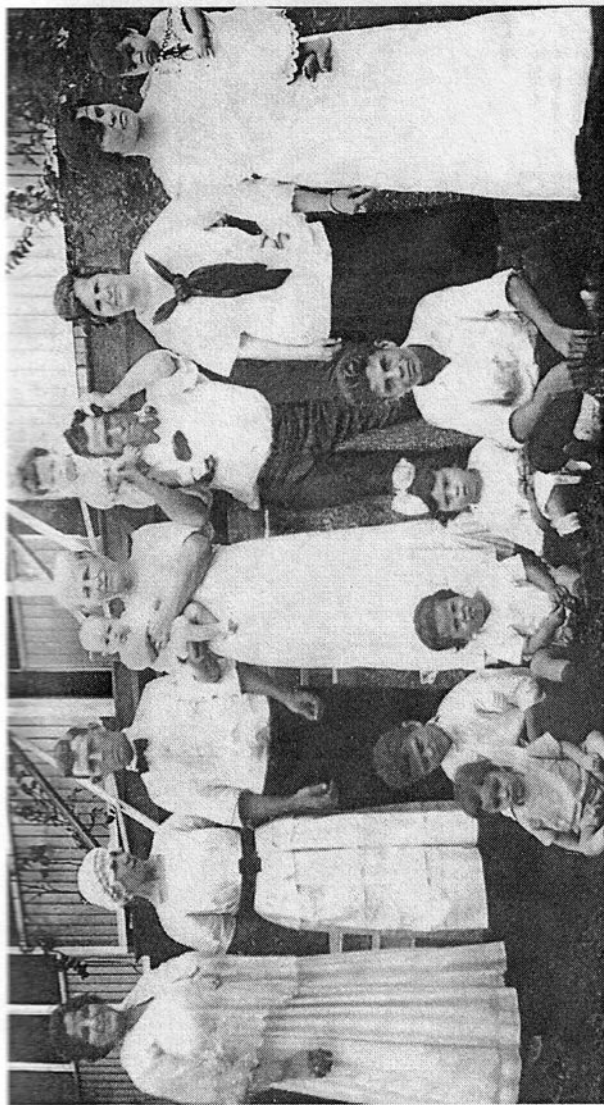
Il Campanile. De niño, don Salvatore correteó por estas callejuelas



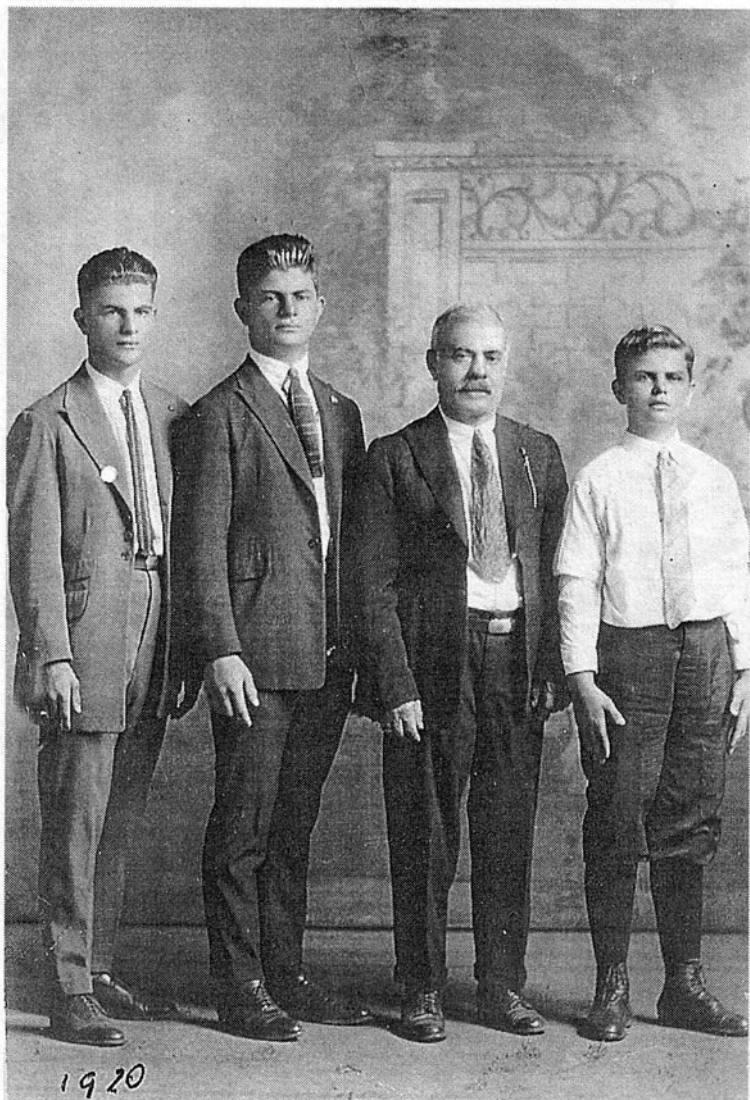
Mi hija Marianela paseando con mis nietos por las calles de Centola



Mi madre, doña Doménica Stanziola Lamasa y mi padre, don Salvatore Stanziola Basala



Reunión familiar en 1917, en casa de mi hermana Mercedes, a la falda del cerro Ancón. De izq. a der.:
Doña María, Stanziola, una pareja de americanos, Doña Dorotea con Angela en brazos, Luis Lushman con
Luchito, Mercedes, Carmen Stanziola con su hija la Nena en brazos. Sentados en el suelo: Félix, Pepito,
Anita, Nicolás y Vicente Rosanía.



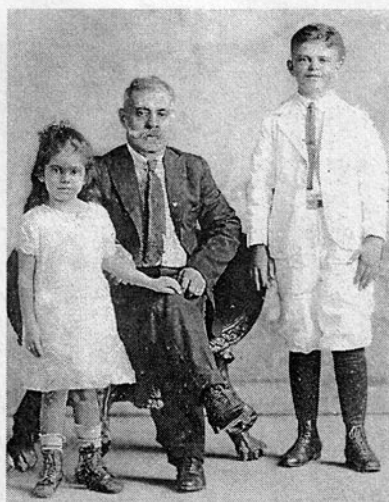
Con mi padre y mis hermanos. De izquierda a derecha:
Nicolás, Valentín, don Salvatore y yo



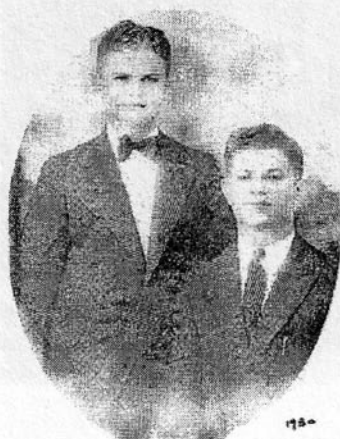
Para mí es un tesoro esta foto, es la única en que aparezco
al lado de mi madre doña Doménica



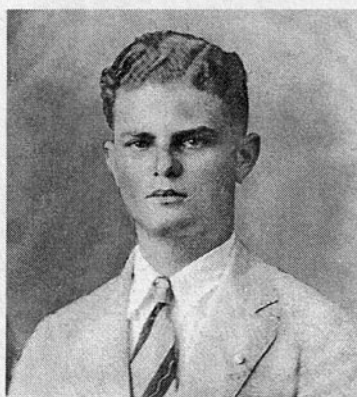
Rosina Stanziola Matos
de de Diego



Mi hermana Carmen Stanziola Guerra,
nacida en Panamá, igual que yo, aquí
la vemos al lado de don Salvatore y yo
los acompaño muy risueño.



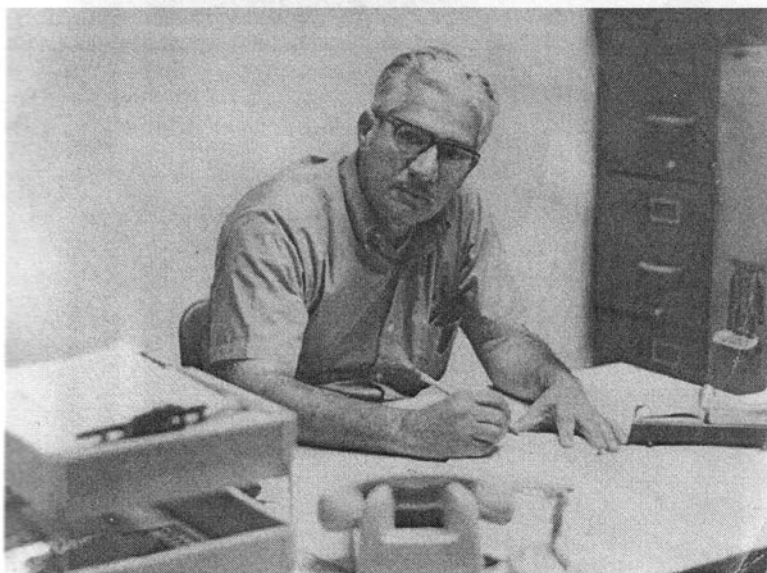
Con Valentín, el hermano que más
cerca estuvo de mí



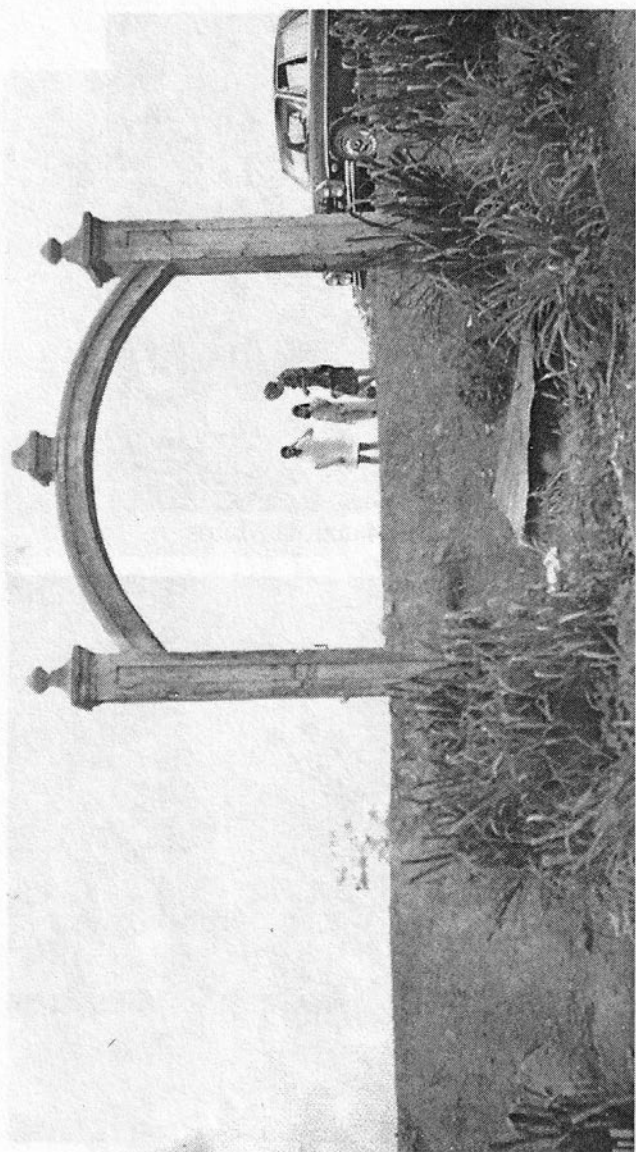
Héme aquí, dispuesto a
afrontarlo todo con tal de
estudiar medicina.



Capitan Nariño Stanziola Matos



Rolando Stanziola Matos

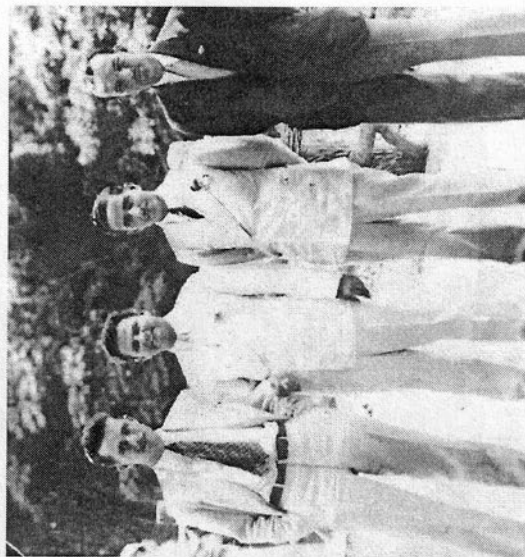


Con este arco solía don Salvatore identificar sus propiedades. Este arco fue levantado en la finca de Monte Oscuro. El carro que se ve es un Mercedes Benz 280S, el primero que se vendió en Panamá

Mi bella hermana
Mercedes que murió
antes de cumplir los
cuarenta años.



De izq. a derecha: un caballero
cuyo nombre no recuerdo, yo,
Antonio González Revilla y
Guillermo Chapman

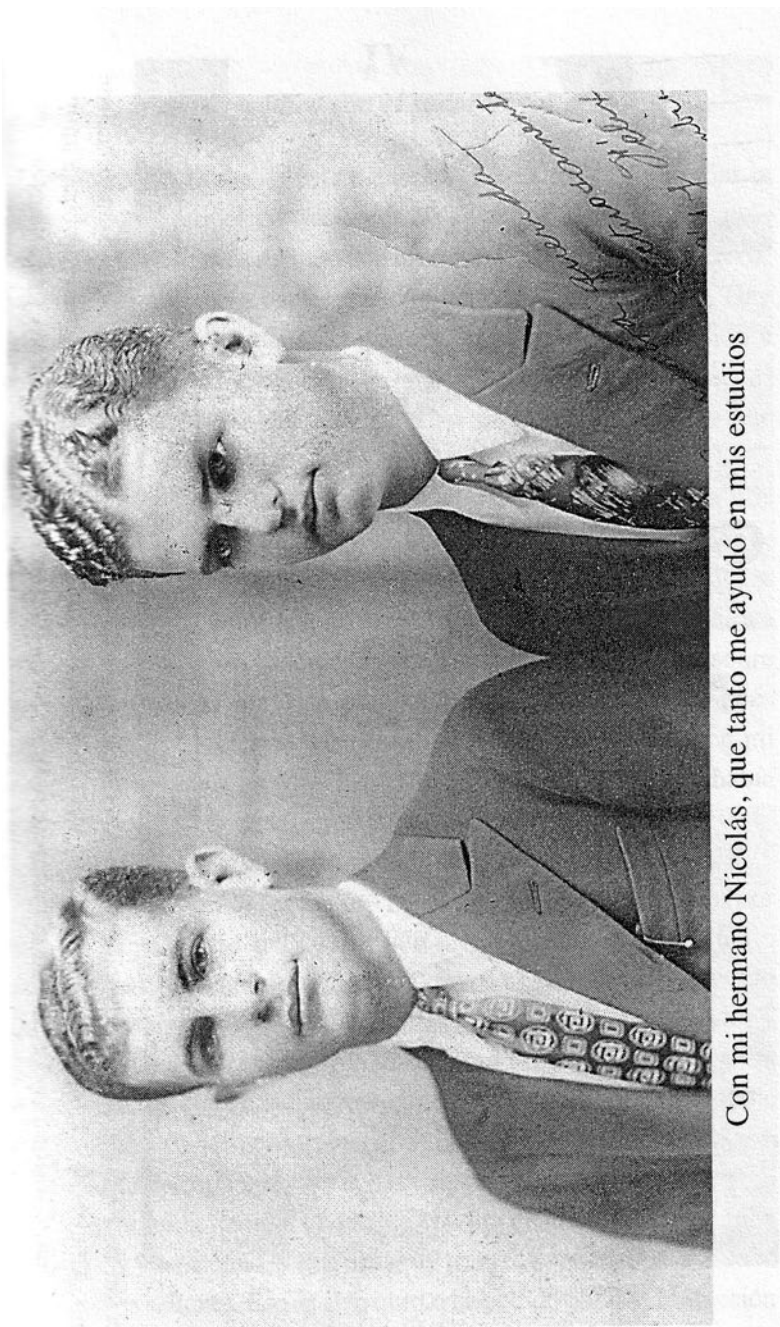


Mi querida Lizca el día que
hizo su primera comunión.

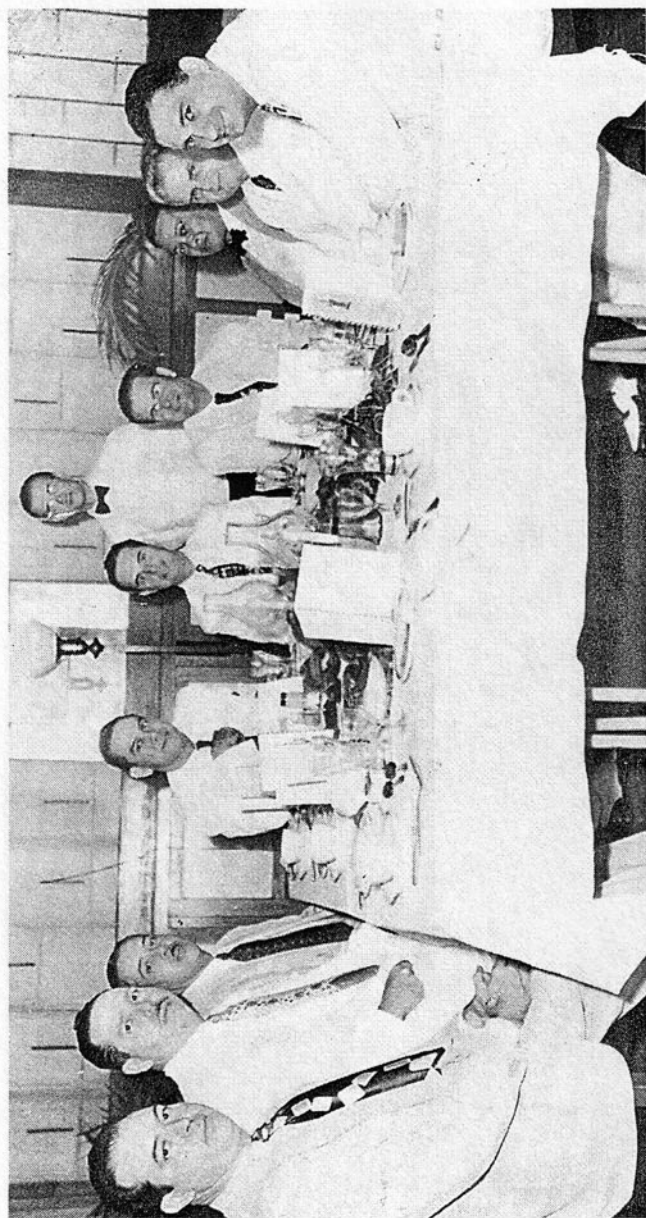




Antonia Stanziola de Vergara, hermana mayor nacida en Centola, Italia.



Con mi hermano Nicolás, que tanto me ayudó en mis estudios



Promoción de 1930 del Instituto Nacional. De derecha a izquierda aparecen Alfonso Rojas, Félix Stanzola, José Moreno, Alberto St. Malo, Agustín Arango, Mario Julio, Rogelio de Icaza, Alfonso Brid y mi entrañable amigo Jerónimo «Momito» Ossa. Faltan Isidoro Krisillos, Berta Moscote, Vicente Quintero y Jira Thayer

IV

Serás médico con el sudor de tus ojos

Explicaré el título de este capítulo. Me complace parodiar la dura sentencia bíblica de “Comerás el pan con el sudor de tu frente”, la convierto en “Serás médico con el sudor de tus ojos” para advertir lo exigente que es la carrera médica en materia de estudio. Hay que quemarse las pestañas como se dice. El que esté decidido a estudiar medicina debe saber que ha de convertirse en un estudiante casi obsesivo. No hay otra vía. Eso sin contar lo costoso que resulta.

Mi padre me dio los mil dólares que le pedí para iniciar mis estudios de medicina en la Universidad de John Hopkins. Administré lo mejor que pude esa cantidad de dinero, que para mí era enorme, pero sólo me alcanzó para los primeros meses. Nunca hubiera terminado la premédica, si no es por mis hermanos, sobre todo Valentín que tanto se preocupaba por mi futuro. Después sobrevinieron problemas mayúsculos que se interpusieron en mi carrera. Pero no me arredré, la medicina era la profesión que había escogido y médico sería algún día.

Viaje a los Estados Unidos de Norteamérica

Me despertaron los primeros rayos del sol que se filtraban por una de las ventanas del cuarto que me había servido de estudio durante los últimos años del liceo. Comenzaba el día más esperado de mi vida –después, naturalmente, vendrían otros más deseados y más importantes–, pero ese día saldría de Panamá a Cristóbal para tomar el barco en el que zarparía rumbo a Nueva York. El equipaje y el baúl ropero se encontraban arreglados desde la noche anterior, al igual que la ropa que usaría para el viaje.

Mi hermanita Rosina, que había crecido en el seno de la familia desde muy tierna edad, y que era muy mimada de todos, me miraba con sus ojos saltones. Eso es algo que no he podido olvidar: la emoción de aquella niña al verme partir a lo que, según ella, eran lugares tan lejanos y desconocidos, que podían ser sumamente peligrosos.

Para decir verdad, de pronto, yo era alguien muy diferente, creo que ya me veía como si fuera un doctor... ¡y cuán lejos estaba de serlo!

El viaje a Colón lo hicimos por tren, ya que no había otro medio de hacerlo. La transístmica se construyó más tarde, en la década del cuarenta, durante la Segunda Guerra Mundial.

Cuando se viaja a Colón por primera vez, el paisaje a lo largo de la vía férrea cautiva al viajero. Fue lo que sucedió con el famoso escritor Vicente Blasco Ibáñez que cuando vio el verdor de nuestras tierras se le ocurrió bautizarnos como “Panamá la verde”. En el viaje lo que me pareció más curioso fueron los numerosos árboles centenarios que se encontraban sumergidos en el lago Gatún –para entonces el lago artificial más grande del mundo– cuyas copas, todavía verdes, nos hablan de su resistencia a perecer.

En Colón, visitamos a la prima María Stanziola –hija de Rafael y Dorotea– y también pude ver a Valentín que en ese entonces administraba los negocios de Don Antonio Rosanía, esposo de nuestra prima.

Llegamos al muelle con apuro y abordé el barco rápidamente. Mi familia esperó la partida. El S/S *Santa Elena* soltó sus amarras, y se fue despegando lentamente del muelle. Dos largos silbatos fueron como la despedida final y tomamos rumbo a la salida de la rada. ¡Adiós querida familia! Ya en mi camarote me tranquilicé, pensando que sin mayor esfuerzo había comenzado el programa que me había trazado desde los primeros años de mi adolescencia.

A la mañana siguiente, cuando salí a cubierta, bajo un sol muy brillante, pude percatarme de toda la majestuosidad del Atlántico.

Los pasajeros se habían vestido con las indumentarias que el turista típico americano suele usar cuando viaja a los países al sur del río Grande. El colorido de la gente en cubierta y en los salones del barco era como de carnaval. Varios panameños viajaban en el *Santa Elena*, en su mayoría estudiantes que regresaban a sus respectivos colegios tras pasar sus vacaciones con la familia. Era una muchachada alegre y bromista. Recuerdo a uno que se paseaba como un gallo, envuelto en una bata de baño de muchos colores molestando a las chicas con sus trucos. Hasta años después nos reíamos de sus ocurrencias.

Me asombró ver al grupo de adolescentes norteamericanos y a varias maestras de escuela que se despojaban de sus inhibiciones y daban rienda suelta a sus deseos de indagar sobre lo desconocido y gozar de todos los placeres a su alcance.

Al quinto día del viaje, una clara mañana vislumbramos la silueta de los rascacielos y en la isla Bedloe de la bahía, la famosa Estatua de la Libertad. Si hubiéramos llegado de noche, habríamos visto la luz que despidе desde la antorcha porque además de obra de arte, sirve de faro. Era Nueva York, al fin habíamos llegado a nuestro destino.

En el muelle me esperaba el joven Rafael Moscote, hijo del Rector del Instituto Nacional, a quien había escrito para que me recibiera.

El joven Moscote era un conocedor de los procedimientos de inmigración, y me ayudó a pasar la aduana y luego me dejó instalado en la Casa Internacional para estudiantes extranjeros en Nueva York.

La Casa Internacional estaba situada cerca de la orilla del Hudson y de la estatua del General Grant.

La mejor escuela para un estudiante es vivir en Nueva York por un período más o menos largo. La experiencia que se adquiere, le servirá para el resto de su vida. “La Gran Manzana”, como se conoce a esta inmensa urbe de Nueva York, también es una mezcla de todas las razas, cada una tratando de sobrevivir de la mejor manera posible. Caminar por sus calles es una dura lección de cómo no dejarse explotar. Con un ejemplo voy a ilustrar lo que quiero decir:

Un incauto se encuentra entre un grupo de personas, atentos a lo que un hombre anuncia. Es un vendedor ambulante que tiene en la mano un brillante y hermoso reloj que trata de vender al mejor postor. En verdad se trata de un magnífico reloj. Pregunta al público cuánto se atreven a pagar por él. Alguien –seguramente en combinación con el vendedor– ofrece 5 dólares y el incauto que ve el reloj en la mano del bellaco, como le parece una ganga ofrece 6 dólares y lo compra. Le dan un reloj en cajeta. Ya en la intimidad de su cuarto desempaca su reloj y se da cuenta de que no funciona porque sencillamente no tiene máquina en su interior.

El que había visto en la mano del vendedor era perfecto, es el que usan para embaucar a los ingenuos como él. Ya es muy tarde, no hay a quien reclamar. No voy a decir quién era este incauto.

Mis primeros días en “La Gran Manzana” fueron algo monótonos ya que no tenía experiencia para moverme en una ciudad tan grande. Por suerte, varios de mis conocidos tenían varios años allí, como Carlín “El Flaco” Eleta. Con él y otros me aventuré a conocer los distintos barrios. Así pude viajar en los elevados y en el *Subway*. Poco a poco aprendí a movilizarme al punto que podía llegar a ciertas direcciones de mis amigos con facilidad, por ejemplo, donde la familia Araúz que vivía en Brooklin.

Aprovechando los últimos días de libertad que me quedaban, Mateo Araúz, que se había graduado hacía poco, se ofreció a llevarme a Baltimore en bus. Cosa que hicimos días antes de comenzar la Universidad. Nos hospedamos en el YMCA, y pudimos gozar de días muy agradables para conocer la ciudad, así pude familiarizarme con el ambiente sureño que es muy diferente al del Norte.

De regreso a Nueva York, donde ya podía movilizarme con facilidad, sentí urgentes deseos de conocer a alguna chica que me hiciera más llevadera la soledad, esa terrible soledad que puede hacer muy infeliz al ser humano en una gran ciudad. Era difícil ya que ninguna chica acepta así por así la invitación de un desconocido. Por haber frecuentado varias veces el mismo restaurante, pensé que la camarera que siempre me atendía con una sonrisa, bastante agraciada por cierto, sería buena compañera para conocer mejor el ambiente. En efecto, la invité y aceptó; me llevó a conocer lugares como el *Palisades Park* al otro lado de la ribera del Hudson. Pero no duró mucho la conquista, ya que un mal día me confesó con tristeza que mi amistad le estaba creando problemas con su amigo, que dicho sea paso era un *gangster*. Cuando me enteré lo que significaba un *gangster*, di por finalizada la conquista.

Se encontraban en Nueva York *Momito* Ossa y Carlín Eleta. El primero estudiaba Comercio y para rehabilitarse de una parálisis infantil, se había operado de las piernas con el famoso Dr. Albee conocido por los panameños por haber dado cursos de ortopedia en Panamá. Por su parte, Carlín estudiaba mecánica, y se especializada en los famosos motores Packard.

Momito Ossa fue siempre uno de mis mejores amigos. Su madre fue una mujer sencillamente admirable, que tuvo con mi padre relaciones y transacciones en los tiempos en que el viejo Banco Nacional se encontraba ubicado en la planta baja del Palacio Presidencial. La amistad con *Momito* Ossa data de la niñez y como ven, también fuimos muy unidos en Nueva York. Recuerdo que de niño en Panamá, él nos acompañaba a todas partes –en aquel tiempo yo lo guiaba, pues me consideraba un experto por los predios del cerro Ancón, donde subíamos colinas muy empinadas amarrados con sogas–. Ahora, en Nueva York, él me sirvió de lazarillo. En este párrafo quiero dejar constancia de nuestra larga amistad que duró hasta que murió, y todos sabemos lo difícil que es conservar una amistad. El coraje era una de las características de *Momito*. Tuve la oportunidad de atenderlo por fracturas de las piernas y sobrellevó su dolor con un estoicismo digno de admirarse.

Vida Universitaria

Se acercaba la fecha para comenzar las clases en la Universidad de Johns Hopkins, y aún no había hecho los trámites para ser admitido al primer año de premédica. ¿Por qué escogimos Johns Hopkins? Recuerden que el profesor de inglés del Instituto Nacional de Panamá, míster Powell, de tan grata recordación, nos decía: «Escojan siempre lo mejor... si van a estudiar medicina traten de hacerlo en Johns Hopkins.»

La inscripción en el colegio fue fácil, mis créditos del Instituto Nacional fueron aceptados con un *advanced standing*, lo que me permitió hacer el curso de premédica en tres años.

Estaba asombrado de mi seguridad en el Campus Universitario; debe ser porque hacía amigos con facilidad. Creo que, por el

hecho de venir de un país pequeño como Panamá, me diferenciaba de muchos otros extranjeros.

La fama de la Universidad de Johns Hopkins atraía a estudiantes europeos y de otros países, pero eran pocos los latinoamericanos que eran admitidos.

Conocí en el Campus Universitario a un dominicano, Juan Julia, un caballero a carta cabal, que resultó un amigo en quien podía confiar.

El primer día de clases, fue una experiencia difícil de olvidar. Nos llevaron a una espaciosa aula a todos los novatos y nos sorprendieron con un *Quiz*, con el fin de saber qué clase de preparación traíamos de la escuela secundaria.

Ese día, me di cuenta de lo ingenuo que puede ser el joven norteamericano que no ha salido de su país. Un joven rubio, hijo del senador Rome preguntó a quemarropa, apuntando con su índice a la pluma fuente Parker último modelo con que yo escribía, si ya las usábamos también en Panamá. Desagradablemente sorprendido le contesté: «No, ésta la compré aquí, nosotros en Panamá usamos plumas de ganso». No dijo más nada por lo que me imaginé que se creyó lo que le dije. Tiempo después nos hicimos amigos y entonces le expliqué mi burla.

El curso de premédica comenzó en octubre de 1930.

Vivía a la sazón en una casa de la familia Seletzky, rusos blancos que se habían refugiado en Baltimore, tras la revolución bolchevique. El señor Seletzky era un reverendo de la iglesia ortodoxa, hombre corpulento, apacible, prototipo del ruso blanco, acostumbrado al buen vivir. Sin embargo, la autoridad recaía sobre la señora Seletzky quien llevaba todo el peso de la familia. Tenían cuatro hijos, el mayor, doctor en Química, era profesor en una universidad del Norte. Los tres que aún vivían en la casa hablaban ruso en familia. Mischa, el segundo era todo un *lady killer*, que lucía un costoso reloj de oro, regalo de una de las huéspedes, señora de cierta edad, de quien era consentido. Connie, el tercero, renqueaba de una pierna como consecuencia de la parálisis infantil que sufriera de niño. El cuarto

hijo era toda una prenda, siempre sonriendo se le notaba la picardía a varias leguas de distancia. Nunca olvidaré el susto que llevé, cuando me despertó el ruido que hacía al entrar una madrugada por la ventana de un segundo piso, para no despertar a los padres. Era una familia feliz, nunca había discusiones, ya que la señora Seletzky imponía su voluntad con un autoritario gesto de bondad, que yo nunca había visto. Extraña combinación, ¿no? Autoridad con bondad. El reverendo Seletzky era el jefe de la familia, pero sólo en la mesa del comedor. Allí sí ocupaba la cabecera, y la señora servía. Nunca le conocí criada, pues ella lo hacía todo.

A medida que aumentaba el número de comensales, disminuía el espacio que debía ocupar el reverendo; no era raro que a veces quedara aprisionado su abultado abdomen entre la mesa y la pared, y entonces sucedía la catástrofe porque cualquier comentario o chiste que lo estremecía, aunque fuera sólo con una sonrisa, hacía temblar toda la mesa, ocasionando el derrame de la sopa, y tumbando vasos y copas. Sin embargo los temas jocosos escaseaban, por la seriedad de la concurrencia, casi todos profesores. Recuerdo al profesor Duncan, de química orgánica, hombre muy serio que infundía respeto y a quien pocas veces vimos reír.

Mi primer año, fue muy agradable, ya que escogí materias que no requerían el mayor uso del inglés, además de darme la oportunidad de acumular un mayor número de créditos debido a que eran materias difíciles como química, matemáticas y física. Me convencí, que la preparación o las bases que habíamos recibido en el Instituto Nacional, me habían servido para obtener honor en todas estas materias. Sin embargo en latín, alemán e inglés las notas apenas fueron satisfactorias. Recuerdo cuando el profesor de inglés me dijo, que los análisis de los libros leídos estaban bien, pero que la construcción de las frases era deficiente, muy distinta a lo que él esperaba. Le contesté que yo todavía pensaba en español cuando escribía en inglés. Se rió de mi contestación pero aceptó que era un nuevo estilo: «muy interesante, ya que es un inglés españolizado». El profesor era un hombre menudito que vestía ropa de equitación

estilo inglés y tenía acento británico igual que el profesor de química, que también era inglés. El profesor de matemáticas era un tejano que caminaba como vaquero y con la clásica indumentaria del Oeste. Parece que cada uno deseaba mantener no sólo su personalidad, sino la del estado o país al que pertenecían.

Los sábados y domingos descansábamos de los estudios, como era la tradición universitaria. Los viernes, por lo general, nos dedicábamos a dar rienda suelta a nuestras emociones. El alivio a nuestras tensiones de estudio se daba con las chicas que salíamos. Los “*dates*” de fin de semana. Eran lindos tiempos, las muchachas de aquel entonces tenían una firme moral; las relaciones eran muy sanas, más bien de tipo social, pues imperaban las buenas costumbres. Íbamos a cenar y luego a los bailes —con grandes orquestas o bandas, como la Guy Lombardo y otras famosas—, cuya música nos hacía recordar los festivales vieneses y los elegantes bailes con música de Strauss. Vestíamos de *tuxedo* y corbatín negro, y nuestras parejas de traje largo. Por lo general tratábamos de sobresalir en elegancia; tanto nosotros como nuestras parejas, esperábamos ser los mejor vestidos.

Entre todas estas chicas, pulcras y decentes, sobresalía la bella Rose Chiodi, una italianita de piel de terciopelo y cabellos rubios, que no inspiraba otra cosa que deseos de estar muy cerca de ella, eso sí, sin pensamientos que no fueran honestos.

Sin embargo, debo confesarlo, de vez en cuando se enredaba uno con chicas como Rodell Nash, una irlandesa pelirroja, vivarachita y muy *sexy*. Con la proximidad de este tipo de mujeres, se despertaba el hombre velludo y de garrote que tenemos dentro. Por supuesto, que eran relaciones necesarias para la higiene mental. Por otro lado, esta Rodell me hizo perder mucho tiempo. Sin embargo, me impuse la firme decisión de que nada me distrajera de mis estudios. ¡Y lo logré! Pude sacudir la tremenda atracción emocional y así terminé con el escollo que pudo significar mis relaciones con la irlandesa.

El año 1935 fue muy duro para la familia Stanziola. La crisis

económica que azotó al mundo no había dejado por fuera a Panamá. Como si fuera poco, ese año murió mi hermano mayor, Nicolás, que administraba nuestra casa de empeño y las propiedades de mi padre. Mis mensualidades provenían de las casas de empeño y de alquiler, y cesaron de pronto. Ya no podría continuar mis estudios en la Universidad de Johns Hopkins. Me vi forzado a regresar a Panamá.

Al menos, había terminado la premédica.

V

Universidad de Roma

En Panamá, el doctor Papio me animó a pensar en viajar a Italia, ilustrándome sobre la beca que se concedía a los hijos de italianos nacidos en el exterior. Conseguí el dinero para el pasaje y un buen día me vi embarcándome en Cristóbal rumbo al Viejo Continente.

Recuerdo a mi padre el día que fue a despedirme al muelle de Cristóbal en Colón. Don Salvatore, que era un hombre severo pero ecuánime, orgulloso de su estirpe y firme en sus convicciones; aquella mañana no supo evitar en sus ojos la humedad de la tristeza por mi partida. Mi padre no era hombre de demostrar sus emociones y sentimientos, pero ese día amargas premoniciones lo embargaron al momento de embarcarme. Tal vez pensó que no me volvería a ver. Por fortuna, me fue dado gozar de su presencia un poco más, pues yo regresaría a finales de 1938 y él murió en febrero de 1939.

Viaje a Europa

La aventura de viajar a Europa no dejaba de preocuparme, con todo y mis años de experiencia en estos menesteres. Pero ahora se trataba de un ambiente completamente diferente, con costumbres y lenguas que no dominaba. A pesar de eso, me eché de cabeza a la aventura pues ya había decidido que era lo necesario para lograr mi anhelo de ser médico. Tenía una fe ciega en mis capacidades y con eso en mi equipaje no tenía por qué temer a nada.

Así, un nublado día del mes de agosto, partí en el vapor *Orazio*, un barco italiano de carga y pasaje, rumbo a Barcelona, y luego a Génova, donde desembarcaría con mis maletas llenas de ilusiones.

Durante la travesía, me hice el firme propósito de aprender lo elemental del italiano, el mínimo para defenderme lo mejor posible a mi llegada a la universidad. Cuando creí saber algo, comencé a practicar con los camareros del barco, para mi sorpresa, ellos me contestaban en perfecto español o inglés.

Con una sonrisa me tranquilizaban. Uno de ellos me dio un

consejo”: «Apenas llegue a Roma trate de conseguir una almohada que hable italiano, de lo contrario, lo que aprenderá será el romanchito, que no le servirá de mucho en la Escuela de Medicina.»

Entre los pasajeros del *Orazio* se encontraba un grupo de españoles, que regresaban a la Madre Patria, tras haber hecho fortuna en Chile. Uno de ellos se la pasaba cantando los famosos tangos de Carlos Gardel *La Galleguita* y *La Cumparsita*, que a la sazón eran los tangos favoritos de los latinoamericanos. Esto me hizo recordar a Valentín que, cuando regresaba de una de sus farras, silbaba aquello de «golondrina de un solo verano...»

Otro de los pasajeros que me llamó la atención era un genovés con el cual trabé amistad. Este personaje no veía la hora de llegar a Barcelona para zambullirse de inmediato en uno de sus lugares favoritos: un prostíbulo en el Barrio Chino. Confieso que los cuentos del genovés me llenaron de curiosidad por lo que decidí acompañarlo apenas tocáramos tierra.

El barco atracó en las primeras horas de la mañana, y zarparía esa misma tarde, por lo cual fue necesario bajar a tierra apenas atracamos para aprovechar el poco tiempo que teníamos para conocer la famosa ciudad.

La mentada casa de mujeres alegres, era muy parecida a las que habíamos visitado en La Habana y por otro lado, el «Barrio Chino» de chino sólo tenía el nombre. Acompañé al Genovés en su delirante aventura más por curiosidad que por deseos de tener una relación, ya que temía las consecuencias que me pudiera traer. Por cierto que allí conocí a una cubanita, entradita en carnes, que en su rostro mostraba la larga permanencia en el negocio más antiguo del mundo. Me narró su vida de desventuras —casi un plagio de la historia que escuché de mujeres de la misma profesión en Cali y en La Habana, y también en Panamá—. Algo de verdad deben tener aquellos argumentos de que son víctimas de la seducción de un hombre perverso que no sólo abusa sexualmente de ellas, sino que terminan maltratándolas y prostituyéndolas para su beneficio.

ROMA

Viajé la mayor parte de la noche, y casi de madrugada llegué a Roma. La estación *Termini*, con ese aire antiguo, como todo en la Ciudad Eterna, está muy cerca de la universidad. El *faquino* me recomendó un hotel del mismo nombre; no necesitaba tomar un taxi para llegar a él ya que estaba allí mismo, y también era muy conveniente para un estudiante por sus precios módicos.

Muchos años después, en 1973, en un viaje que realicé con mi esposa Lizca y mi hijo Félix Antonio, tuvimos la oportunidad de hospedarnos en el mismo hotel. La diferencia era tal que no reconocí al antiguo *Termini*, había sido renovado completamente. El vestíbulo, remodelado, brindaba todas las comodidades de un moderno hotel. Los cuartos también habían sido modernizados, y cada uno tenía servicio sanitario nuevos; había calefacción central y un restaurante de primera categoría. Lo único que no cambió fue el barbero, que por casualidad era el mismo de mis viejos tiempos de Roma, al conversar con él nos dimos cuenta de que añoraba al Duce. Cuando dije que yo había estudiado en la época del Mussolini, casi no me deja levantar de la silla. Por supuesto, los otros clientes se reían de la conversación, pero les incomodaba un poco las añoranzas de dos viejos que platicábamos sobre las bondades de los tiempos idos. Aquella Ciudad Eterna que conocí, con calles y avenidas limpias, y anchas veredas con flores en la primavera, ya no existía. Roma estaba desaseada, y para colmo, en la mañana había explotado una bomba molotov, cerca de nuestro hotel. Con razón el viejo barbero extrañaba sus viejos tiempos. Pero volvamos a mi relato de 1935.

Llamé al consulado de Panamá, y cuál no sería mi sorpresa al contestarme el Vice Cónsul, el señor Serventi que había vivido por muchos años en Colón, y que desposó a Anita Daniels, de familia muy conocida, de padre irlandés y madre de ascendencia cubana, pariente de Melva Fernández, cuya amistad con nuestra familia ha sido muy apreciada.

Me invitó el señor Serventi a su casa en Vía Aurora No. 4, donde se

encontraba el consulado.

En el sótano del edificio, en un pequeño y oscuro cuarto, se encontraba encima de un archivador un sello seco con el escudo de la República de Panamá. Esa era, según Serventi, la sede de la cancillería panameña ante el reino de Italia. El Ministro Embajador era el Dr. Arnulfo Arias Madrid, que además estaba acreditado ante el gobierno de Francia, y a la sazón se encontraba en París. Para mi beneplácito, José Ehrman Lefevre, conocido también como “Pepe” mi amigo de toda la vida, era el secretario de la embajada.

Al verme, Pepe exclamó: «Eres el tercer panameño en Roma, y en verdad ya no sabía que hacer, porque no había paisano con quien hablar y descargar un poquito la cabanga.» Por supuesto, que encontrar a Pepe significaba tener a alguien que por lo menos sabía el tejemaneje, de cómo instalarse en una ciudad tan inmensa como Roma. Pepe me aconsejó hospedarme en una pensión que regentaba un uruguayo, casado con una suiza, muy parlachín y que cuando quería usar palabras de grueso calibre y mal olientes, decía: «hablando en plata», como si esto justificara la barbaridad que iba a proferir. Permanecí allí solamente unos cuantos días, pues se encontraba lejos de la ciudad universitaria y además era cara, ya que la mayoría de los parroquianos eran estudiantes americanos de arte. Uno de ellos quiso conocer al Duce de cerca, y en uno de los famosos mitines en la Plaza Venezia, trató de conseguir un puesto cerca de la ventana en donde acostumbraba *Il Duce* a dirigirse al pueblo. Lo que consiguió, fue que lo encarcelaran por unos días, hasta que el cónsul americano lo liberó. A los pocos días dejó Roma y se fue rumbo a los Estados Unidos. Nunca supimos si le dieron el tratamiento con aceite de castor, que según Mussolini, limpiaba al aparato digestivo y también al cerebro de los malos pensamientos.

Unos días antes de mi llegada, Anita de Serventi había dado a luz a una menudita niña rubia, de ojos azules, que le pusieron el sobrenombre de «Pizzi».

La familia Serventi, me brindó su amistad; una verdadera amistad que perduró toda la vida. Después de mi graduación, Serventi y

Anita se trasladaron a Colón, donde vivieron por varios años. Enrico era muy aventurero, conocía muchos países del mundo y hablaba varios idiomas tan apropiadamente que no se le sentía acento alguno.

Pero vuelvo a desviarme de mi relato original. Estoy en Roma, en 1935.

Entre los estudiantes norteamericanos, se encontraban muchachos de todas las capas sociales: desde hijos de profesores hasta otros cuyas familias de origen italiano pertenecían a la *Onorabile Società*, que enviaban a sus hijos a estudiar a la madre patria, tal vez para su protección o para que les sirvieran a los miembros de la familia, a su regreso a los Estados Unidos. Uno de ellos, Carlo Tomasello un joven de Georgia, de origen italiano, al que se podría considerar el prototipo del caballero sureño norteamericano, fue para mí un verdadero amigo. Me enseñó todos los pormenores necesarios para desenvolverme en un ambiente extraño. Vivía Carlo en la casa de una antigua nodriza de los hijos del rey de Italia, jubilada, y que recordaba sus tiempos de servidora del rey, mostrando todos los regalos que había recibido y que guardaba con mucho celo en una vitrina en su modesta sala. A través del tiempo, en estas sencillas notas, quiero agradecer a Tomasello su amistad. Luego de cierto tiempo perdimos contacto, lo último que supe de él fue que se casó con una joven sureña norteamericana, y hasta donde sé, fueron una pareja digna de imitar.

Otros compañeros que recuerdo son Víctor Fimia y John D'Silvestre (el padre de este último fue asesinado por la mafia en Chicago y posiblemente él fue enviado a Italia para proteger su vida). Era un joven obeso, triste, que siempre usaba sombrero y sobretodo, y que se dormía en cualquier parte con mucha facilidad, bastábale con tener dónde apoyar la cabeza.

Recuerdo mucho a otro estudiante de nombre Polcino por su trágica historia. El desafortunado muchacho murió tras haber enfermado de fiebre tifoidea por haber ingerido leche contaminada por una de las empleadas del reparto de Leche al *Quartiere Italia*, donde él residía. Las autoridades de sanidad del Ministerio de Salud de Roma, encontraron que esta señora, siguiendo el ejemplo de Messalina, en

los tiempos de la Antigua Roma, antes de repartir la leche, se bañaba en ella, porque según creía tenía el poder de embellecer la piel. La estúpida mujer no embelleció ni una de sus pestañas, y sí le costó la vida a quien podía haber sido un brillante estudiante.

Cuando comenzaron en serio los estudios, no quedó tiempo para más nada. Yo, que había llegado a Italia con la vaga esperanza de conocer al resto de la familia en Centola, no tuve la menor oportunidad de ir por esos lares. Sin embargo pude ir a lugares más distantes como Pavia y Milán, pero fue por pura casualidad.

Mi estadía en Roma se prolongó desde agosto de 1935 hasta octubre de 1938, cuando culminé mis estudios de medicina. La experiencia romana fue sumamente interesante y podría decir que cambió radicalmente la apreciación que hasta el momento yo tenía de la vida. En mí todo sufrió un cambio. Bueno, es natural porque a esa edad el cerebro en verdad comienza su maduración. Las relaciones humanas y mis hábitos personales cambiaron, mejoraron; establecí una nueva escala de los valores humanos. Me sorprendí de que hasta los más insignificantes detalles de la vida, adquirieran un valor que antes no tenían. A medida que pasaban los días iba obteniendo nuevas experiencias. Por ejemplo, recibí la sorpresa de que era un ciego quien empastaba mis libros. Cuando lo conocí, aprecié mucho más su trabajo, incluso valoré mucho más los libros, pues me parecieron de alguna forma ligados a aquel hombre que, venciendo su defecto, podía hacer un trabajo tan fino —o mejor— que cualquier hombre normal. Apreciar el esfuerzo de los demás, trae consigo un mejoramiento de la propia calidad humana. Me di cuenta de que en el mundo, sólo los que de veras quieren triunfar lo van a lograr con, o sin ayuda de otros. El ciego me hizo ver —y valga la paradoja— que el profesional de cualquier rama debe dominar todo lo concerniente a ella, pero debe dejar a otros, aquellas cosas para las que no sirve y que no sabe.

También fue muy importante mi encuentro con las Artes. El espíritu se estremece de placer ante las obras maestras de los artistas. Me emocionaban las visitas a museos, basílicas, catedrales, iglesias y parroquias, y, aunque parezca mentira, a los cementerios, donde el

arte se confunde con el ingenio de las inscripciones de las lápidas. Aprendí que hay mucho de verdad, al decir que la historia de las familias y por lo tanto de los pueblos, se aprende visitando sus cementerios e iglesias. El mármol y el bronce eternizan. Esto no sólo sucede en los pueblos occidentales sino también en el resto del mundo. Recordemos lo poco que se sabía de Egipto, hasta que se descifraron los jeroglíficos en las tumbas de los Faraones.

La música clásica me llegó a través de los discos de Caruso, y Tito Scipa, apreciados en los discos de sello rojo de la RCA Víctor que tenía como símbolo un perrito escuchando atentamente a través de la bocina de las victrolas, con el famoso *slogan*: *La voce del padrone*. Una que otra vez pude acudir a verlos en persona. ¡Una experiencia incomparable!

Las visitas a los jardines y parques de Roma inculcaron en mí el cariño por las plantas, aunque sería mejor decir lo incrementaron pues desde niño residí en áreas con vegetación, y aprendí a convivir y amar a la Naturaleza. El recordar que en la finca de mi padre me podía encontrar de súbito, cara a cara con un reptil de bellos colores, pero peligroso, me hacía pensar en la prudencia con que debemos caminar por la vida. En Monte Oscuro había toda clase de aves y mamíferos, que no se encontraban en Italia. En verdad, Panamá es un país privilegiado, no sólo por su posición geográfica, sino por su rica fauna y flora, digna de envidiar. Quiero dejar a mis descendientes una lección que jamás olvidé: el amor a la naturaleza es el antídoto contra la maldad del egoísmo.

Los días de asueto, tenía por costumbre visitar la Villa Borghese, donde se encuentran todas las clases de plantas. Allí se puede apreciar la estatua de la bella Paulina cuñada de Napoleón. También hay una pista para el deporte de la equitación. En primavera son frecuentes las competencias internacionales. Varias veces asistí a ellas. Recuerdo un caballo blanco mejicano, adiestrado para ejecutar los pasos del *Dressage*, al sonido de un silbato. No me extrañaría que al ver este hermoso equino, se despertara en mí el deseo de poseer más tarde caballos finos (En efecto, muchos años

después, en Panamá, tendría al famoso “Apolo”, que ganó varias competencias de caballos de paso colombianos. Luego lo sustituyó «Rey Arturo», caballo negro retinto de muy buena alzada, campeón en su clase para las fiestas de fundación de la muy noble Ciudad de Panamá, un 15 de agosto. Mucho más tarde, varios de estos concursos de equitación fueron ganados por mis hijos y nietos a quienes enseñé a cabalgar desde muy temprana edad).

PAVIA

En una mañana lluviosa, después de varias horas de viaje, llegué a Pavia, famosa por su universidad y por sus lugares históricos.

Tenía el propósito de visitar al hermano del Dr. Michele Papio de Colón, don Attilio, que a la sazón fungía como juez en esa localidad. Era *Cavaliere del Regno d'Italia*, título otorgado por *Il Duce* a aquellos que se habían distinguido en el ejercicio de su profesión, en este caso, la abogacía.

Don Attilio tenía dos hijas casaderas, y un hijo, Francesco, doctor en medicina, en un tiempo trabajó con su tío Michele en Colón.

Me atendieron a cuerpo de rey. Me aconsejaron que estudiara en la escuela de medicina de la universidad de Pavia, cuya fama se remontaba a los tiempos de Lázaro Spallanzini (1729-1799), famoso bacteriólogo, que había donado su vejiga a la universidad, puesto que presentaba todos los síntomas de una cistitis crónica, diagnosticada por él mismo. Quiso el inmortal Lázaro que su vejiga, que presentaba la patología clásica de esta enfermedad, fuera analizada por los estudiantes.

La humedad de Pavia me impresionó, caminaba por sus antiguas calles, empedradas desde tiempo inmemorial. Caía una llovizna menudita pero constante, que no aminoró mi deseo de conocer esta antigua e interesante ciudad.

Dignas de dejar plasmadas en un lienzo eran sus lavanderas que bregaban debajo de un puente antiguo y majestuoso; lavaban la ropa al ritmo de golpes de manduco, costumbres muy parecidas a las de nuestras lavanderas interioranas panameñas, que a cada golpe

evocan las aventuras y desventuras de sus vecinas, y que al dejar la ropa limpia también limpian de toda culpa a la vecindad.

Me impresionaron también las paredes de una antigua iglesia, sus macizas puertas labradas con bajo relieves, con escenas donde se mezclan lo místico con lo pagano. Una de las representaciones que me sacudió fue la del cubrimiento de una yegua por un asno, esta cruda imagen es testigo mudo de que el templo fue en un tiempo más que pagano. Dejé la antigua ciudad con muy buenos recuerdos y también con un agujero en los zapatos, ya que la humedad y el roce de sus calles empedradas hicieron su agosto en las suelas de mis *Florsheim*.

Muy de mañana partí, con Don Attilio para Milán donde, como fiscal, debía presidir una audiencia.

El corto tiempo que permanecí en Milán, lo aproveché para ver lo más que podía, sobre todo, su catedral, con torres de diferentes niveles que semejaban, como decía don Attilio Papio, una gallina con sus polluelos.

No dejaba don Attilio de insistir en que me quedara en Pavia. Agradecí mucho sus atenciones y consejos, pero yo estaba decidido a estudiar en Roma, donde sabía que habían nombrado a los mejores profesores de diferentes facultades de las universidades italianas, pues era deseo del Duce hacer de la Sapienza, una de las mejores universidades del mundo.

Al atardecer, me dirigí a la muy importante estación del ferrocarril en Milán, considerada como la más moderna de Italia para dirigirme a mi destino, la Ciudad Eterna, Roma. Cuando estaba esperando el tren, se me acercó una bella joven, cubriéndose el alabastrino cuello con una piel de zorro. Me ofreció la delicada mercancía de su cuerpo a muy buen precio, según ella. Temeroso de perder el tren, le respondí en español, que ella entendió. Era una pena que no tenía tiempo. Me respondió con una sonrisa: «Para esto siempre debe tener tiempo un joven como tú». Sin decir más, se alejó con pasos menuditos que, al contonear su cuerpo, resaltaban las soberbias curvas de sus caderas.

Durante el invierno, los domingos, acostumbraba a dar largas caminatas desde mi casa a la barriada de los ferroviarios, una de las más pobres de la urbe romana. Allí vivían los trabajadores más humildes de los ferrocarriles con sus numerosas proles. Durante la Segunda Guerra Mundial fue masivamente bombardeada, como si no fuera poca la pobreza en que vivían, del cielo les cayó la destrucción. Lo cierto es que, en tiempo de Mussolini, se había remodelado el barrio, debido al alto índice de tuberculosis que sufrían los moradores. Fue reconstruido casi en su totalidad. Se levantaron viviendas estilo novecientos; las casuchas húmedas y sin sol fueron reemplazadas por cuartos bien ventilados con ventanas en la mayoría de las paredes, lo que hacía de las viviendas lugares sanos donde el bacilo de Koch no tendría oportunidad de subsistir. Era la obra del Duce en toda Italia. Había declarado la guerra a las enfermedades como la malaria, la tuberculosis y otras. Se empeñó en proyectos ambiciosos como el saneamiento de las Paludes Romanas y la fundación de nuevas ciudades con casas muy confortables y llenas de sol. También creó el Instituto Forlanini, en donde se trataban las enfermedades pulmonares. Cabe mencionar que fue Forlanini, el primero en usar técnicas quirúrgicas en las enfermedades pulmonares. Se practicaba el pneumotórax y la extirpación de los lóbulos pulmonares afectados de cáncer o tuberculosis. Todo esto cuando apenas se conocían otros medios, como dejar que el paciente se mejorara con tratamientos que aumentarían la resistencia de sus propios cuerpos para contrarrestar la terrible Pesta Blanca. Todavía faltaba mucho para que se trataran con antibióticos que, junto a la cirugía, casi han erradicado el mal.

Recordando todo esto, me doy cuenta del gran bagaje de conocimientos de medicina moderna que adquirí durante mi permanencia en la Ciudad Eterna.

En Roma no logré visitar ni la mitad de sus museos, catedrales, y otros lugares históricos. Pero los que visité conservaban interesantes leyendas de los antiguos habitantes del Trastevere y el Campidoglio. A mí me resultaba estimulante pensar en los personajes de las épocas

pasadas, que llegaron a ser famosos por sus obras que aún perduran.

Miguel Angel era un residente del Trastevere, que visitaba las tabernas y trattorias del vecindario, donde aprovechaba para dibujar a los parroquianos para luego inmortalizarlos en sus pinturas de la Capilla Sixtina. Los rasgos de un anciano que lentamente saborea su vaso de *Lacrime Christi*, se convertía de inmediato en uno de esos personajes que nosotros hoy admiramos como uno de los doce apóstoles de su obra monumental.

Nicolás, hijo de Rienzo, el famoso *Cola di Rienzo*, era uno de los pillos más famosos de la historia, pero poseía una imaginación poco común, que lo inmortalizó en su época. Visitaba la famosa *Trattoria La Mea Pettaca* que aún existe, cabalgando un corcel blanco, por allá en 1347, vestido con una túnica blanca y oro, el color de los antiguos *Condottieri*, a veces escarlata, color de los Papas. El muy bandido tuvo la osadía de celebrar sus treinta y tres años de edad, comparándose con Nuestro Señor Jesucristo.

Muchos años después, en nuestra visita a Roma, con Lizca y Félix Antonio, tuvimos la ocasión de visitar esta famosa Trattoria, donde aún existe el trapiche que se usaba para la fabricación de sus vinos.

Los miércoles, cuando me lo permitían los estudios, visitaba *Campo di Fiori*, sitio que usaban los comerciantes hebreos para la venta de toda clase de objetos, desde el tiempo del imperio. Era posible encontrar objetos de gran valor a precios irrisorios. No era de extrañar que te pusieran en la mano un espejo antiguo que posiblemente usó María Antonieta antes de subir al cadalso, durante la Revolución Francesa. No compré esas cosas, en cambio adquirí por muy pocas liras un manuscrito sobre el *morbo cólera* que azotó a Milán en el siglo XVI. El manuscrito se lo presté a un colega y, como suele suceder, nunca lo recuperé.

Como dije anteriormente los profesores de la Escuela de Medicina eran considerados los más famosos de Italia, y algunos entre los mejores del mundo. Me refiero en especial a los del departamento de Física y Química Nuclear: el Profesor Pontecorvo y su asistente Enrico Fermi.

Unas de las anécdotas que se contaban entre los estudiantes, era que cierto día el tráfico de la ciudad de Roma se había paralizado. Se afirmaba que el departamento de estos profesores había descubierto un rayo que paralizaba los motores de autos. Nunca se supo a ciencia cierta la veracidad de lo anterior. Después de la guerra el profesor Pontecorvo fue invitado a Rusia y condecorado por sus trabajos. Sin embargo rehusó trabajar en sus proyectos de energía nuclear, ya que consideraba que el hombre había llegado a alcanzar un arma tan poderosa que sin control podría destruir al mundo. Sin embargo, Fermi, continuó con su trabajo y, durante la Segunda Guerra Mundial, fue invitado a los Estados Unidos, en donde formó con un grupo de científicos de otras latitudes que construyeron la bomba atómica que puso fin a la Segunda Guerra Mundial. El hombre finalmente había logrado lo que Pontecorvo había pronosticado en 1935, cuando yo era estudiante de la Real Universidad de Roma. Al pensar en todo esto, me siento orgulloso de mi origen italiano. Pensar que un hombre como Pontecorvo estuvo a punto de encontrar un arma tan poderosa como la bomba atómica y que desistiera de su trabajo por amor a la humanidad.

Otro de los profesores digno de mencionar por su contribución a la humanidad es el profesor Valdoni, asistente del departamento de cirugía del profesor Alessandri. Valdoni, en la década de los treinta operó con éxito a un paciente que sufría de una embolia pulmonar. Podríamos mencionar a muchos de estos profesores, pioneros en su campo: Castellani, por sus trabajos en la enfermedad del sueño y la castellanosis; además, por el saneamiento de Abisinia antes de su conquista por Italia; por este último trabajo le concedieron el título de Conde Kissimayo.

Desde mucho antes de estallar la Segunda Guerra Mundial, Mussolini, coqueteaba con el *Führer*, y lo invitó a visitar a la Ciudad Eterna. Cuando Hitler llegó, yo estaba en Roma. Por cierto, que como anécdota, recordamos el incidente del profesor Gaifami quien, demostrándome una gran confianza me dijo en esa ocasión: «*Caro ragazzo*, hace mucho tiempo que no he disfrutado de vacaciones,

se ha necesitado la visita de un *mascalzone*, para que las tome». Por supuesto, se refería a Hitler, quien había exigido que todo hebreo de cierta importancia debía salir de Roma, antes de su visita. Y Mussolini cumplió la orden. El profesor Gaifami, murió de un infarto durante uno de los bombardeos a la Ciudad Eterna —que había sido declarada ciudad abierta, para evitar que fuera destruida—. La bomba estalló cerca de la Villa Torlonia, residencia del Duce y muy cerca de la villa de los Ruggieri que, a la sazón, era nuestro cónsul y un verdadero amigo de los panameños. Casado con una dama chilena, no habían tenido herederos, y por esos avatares de la vida, la señora conoció a una niña, hija por fuera del matrimonio de don Antonio Burgos. La adoptó y fue la heredera de la familia.

Fue por ese entonces que conocí a la enfermera que trabajaba en la Clínica Angloamericana donde fue tratado don Antonio, durante su breve enfermedad. Planeábamos, Ruggieri y yo, un viaje en carro por Alemania. Una inglesita, muy bonita, pero excesivamente puritana, nos pidió que la lleváramos, ya que ella iba a Inglaterra vía Francia, y el viaje le ahorraría algún dinero. Aceptamos y, bueno, sucedió algo de lo más inesperado: si bien la joven inglesa mostró cierto interés por estar cerca de mí, me aterró la forma como ella protegía su virginidad de sí misma y de lo que llamaba: las tentaciones del demonio. Tras algunos devaneos, me enseñó su secreto: ella guardaba la virginidad con un cinturón de castidad de los que se usaron durante la Edad Media. ¡Válgame Dios!

Los estudiantes nos sentíamos orgullosos de nuestros profesores. Era frecuente escuchar que alguno dijera con el pecho hinchado: «Soy alumno de Cerletti, profesor de Psiquiatría, ustedes saben, el que inició el *Electroshock* en el tratamiento de los trastornos mentales». Unos de mis compañeros el Dr. Bercel, fue prisionero de guerra de los norteamericanos, durante la Segunda Guerra Mundial. Se había especializado con el Dr. Cerletti, y dominaba la técnica del tratamiento del *electroshock*, con lo cual logró no sólo que lo admitieran al cuerpo médico del ejército norteamericano, sino que posteriormente lo nombraran en una universidad de

California para que enseñara la técnica. Bercel me visitó hace varios años, ya que tenía algunos pacientes panameños.

Para mí fue un gran honor trabajar con el Dr. Castellani, y hacer mi tesis sobre la enfermedad del sueño. En la lucha para encontrar un remedio para la terrible enfermedad, el profesor Castellani había observado que eran pocos los pacientes de la enfermedad del sueño que contraían la tuberculosis, lo que le indujo a pensar que la castellanosis, como también se conocía a tal enfermedad, podría dar cierta inmunidad contra el Bacilo de Koch.

Por dos años inmunicé a un número plural de cobayos, con la vacuna de Calmette-Guerin contra la tuberculosis, y luego los infectaba con el *Tripanosoma Gambiesis* vivo, que teníamos en el laboratorio. Otro grupo era infectado con el bacilo de Koch y luego era inyectado con el *Tripanosoma Gambiese*. Y un tercer grupo no era protegido con ninguna vacuna. El resultado fue interesante, ya que logramos aclarar que la tuberculosis no daba protección alguna a los pacientes de la enfermedad del sueño, como tampoco la enfermedad del sueño daba protección a los tuberculosos. Así es la ciencia.

Si hacemos una valoración de los profesores que estaban en Roma, nos daremos cuenta de lo que aseveré antes. Mencionaré solamente a algunos.

Guglielmo Marconi, decano de la facultad de Comunicaciones (no me digan que no lo conocen como el padre de la telegrafía sin hilos); Enrico Fermi, miembro de la Dirección de Física Nuclear, y quien más tarde compartió con Einstein la paternidad de la bomba atómica. En medicina eran muchos los avances que se habían hecho, y podríamos mencionar entre los más importantes, el uso de la quimioterapia para el tratamiento del cáncer en el Instituto Regina Elena; el tratamiento quirúrgico de la tuberculosis, al frente del cual estaba el profesor Forlanini, quien además era el director del Instituto que lleva su nombre. Otros profesores fueron Cerletti, precursor del tratamiento de *electroshock* y Aldo Castellani, conde de Kisimayo, título que le otorgó el rey de Italia por haber saneado a Etiopía antes de su anexión al reino de Italia.

Este Castellani era, además, profesor de Medicina Tropical en varias universidades extranjeras, entre las que podríamos mencionar el Instituto de Medicina Tropical de Hamburgo y Londres y en la Universidad de Luisiana en New Orleans. La primera tarea que me impuso el doctor Castellani fue la de comprobar que el bacilo de Koch no tenía relación con la enfermedad del sueño. Esta fue una tarea larga e ingrata, pero que tuvo la fortuna de enseñarme a no predecir ni diagnosticar sin estar completamente seguro. Un diagnóstico equivocado puede tener consecuencias peores que la misma enfermedad.

El profesor Pende, hombre de palabra fácil y convincente, enseñaba endocrinología y eran sus clínicas las de más popularidad, junto a la de medicina general dictada por el famoso doctor Cecconi y la de cirugía general con el profesor Alessandri y su asistente profesor Valdoni, este último condecorado por el gobierno de Rusia por ser el precursor de la cirugía cardiovascular.

¡Cómo los recuerdo y agradezco todo lo que me enseñaron!

Hoy después de tantos años, gozo recordando las brillantes conferencias médicas de mis viejos profesores. Porque eran conferencias magistrales, en que se podía apreciar las primicias de los temas y la presentación de diagnósticos que después serían confirmados con exámenes de laboratorio. No era de extrañarse que se necesitara madrugar para conseguir puesto en el salón de clases, ya que las conferencias eran abiertas a todos los médicos, y las puertas del salón se cerraban a las siete en punto de la mañana. Era un orden que sólo se podía obtener en una universidad como la de Roma. Posiblemente porque se vivía en tiempos de Mussolini. Recuerdo al Dr. Cecconi, en un ademán, muy de él, cuando llegaba a un diagnóstico fatal, lentamente se colocaba detrás del paciente y como si fuera un juez que daba una sentencia, hacía la señal de la cruz. Pende el endocrinólogo, traía al tapete aquellos, nuevos conceptos que apenas se conocían en medicina. Y qué decir de Alessandri, el cirujano, artista del bisturí, que junto a su asistente el brillante Valdoni, operaban como si fuera un juego sincronizado.

Della Vedova, alumno del famoso ortopeda de la escuela florentina, Putti, había traído a Roma todas esas enseñanzas sobre la dislocación congénita de la cadera, y otros defectos de los niños. Tenían como norma buscar en Maternidad a los niños con defectos para luego corregirlos tan pronto era posible. Gaifami era famoso por sus enseñanzas prácticas, que dejó en un panfleto titulado, *Lo que el Obstetra No debe Hacer*. Ilustraba sus enseñanzas con lo que él había aprendido en la práctica. Contaba que en cierta ocasión fue llamado a un pueblo, porque una parturienta no había alumbrado, después de tres días de haber comenzado la labor. Lo primero que encontró, fue a un labriego que al preguntarle dónde vivía la familia de la parturienta le dijo: «A la entrada de una casa encontrará un burrito, con una soga amarrada al rabo, siga la soga y lo llevará a donde está la enferma». Efectivamente la soga estaba atada a un fórceps, aplicado por el médico rural, pero se equivocó al colocar una hoja en la vagina y la otra en el recto. Por supuesto que ni la fuerza del borrico fue suficiente para sacar al feto, ya muerto. Y Gaifami decía: «recuerden que al aplicar un fórceps, es necesario percatarse que las dos hojas estén dentro de la vagina». Tuve la suerte de trabajar con él en la sala de fiebre puerperal, es decir los casos complicados con infecciones del *post partum* que mataba a tantas mujeres en mi época, al punto que cuando la mujer iba a dar a luz, se decía que tenía un pie en la sepultura. Y así era. Lo mismo sucedía con los niños que eran víctimas del tétano a los siete días, el mal conocido como «de los siete días» período necesario para que el tétano hiciera su estrago. A veces era la misma comadrona que no esterilizaba las tijeras antes de cortar el cordón umbilical. En la década de los treinta se comenzó a usar la sulfa que fue de los primeros agentes antibacterianos, producidas por los laboratorios alemanes de la Farben Industrie, de la cual la Bayer era una de las más importantes en medicina. Había encontrado dos productos sumamente potentes y además tóxicos para los pacientes si no se tomaban las medidas necesarias de control de la dosificación. Se le asignó al departamento de obstetricia de la Escuela de Roma la responsabilidad de ensayar con estos productos, conocidos como Prontosil Rubrum y Album,

por su olor. El Dr. Gaifami nos dio la oportunidad de usarlos tanto al Dr. Nicosia como a mí, bajo su estricta vigilancia. Creo que fue una de mis mejores experiencias en el campo de la práctica de la medicina, aunque no puedo precisar cuántos casos se salvaron. Fue allí donde primero se usó esta potente droga.

Años después, en mi práctica privada en Colón, fui de los primeros en usar antibióticos (penicilina), en la cura de la gonorrea. La droga era administrada en casos especiales por el ejército norteamericano acantonado en Gulick. Recuerdo el caso de un reverendo que vino desesperado a mi clínica, buscando ayuda. «Doctor, me dijo, los pecados se pagan, pero el mío tiene un precio muy alto. Mi familia viene dentro de varios días de los Estados Unidos y no la puedo recibir con el mal que me aqueja». «¿Cuál es su mal?» pregunté, y me contestó, «Tengo una gonorrea, fruto de las relaciones con la negra cocinera de mi casa». De inmediato pensé en la penicilina que sólo se conseguía con el ejército norteamericano. Así se lo hice saber, y él sin más la consiguió y se solucionó el problema de su pecado. La dosis fue mínima, creo que se curó con doscientas unidades.

Spolverine, el profesor de Pediatría, era un facultativo sumamente práctico. Decía «Entre menos medicinas le den a los niños mejor para ellos. Eso sí, bajen la fiebre a toda costa, pues sino lo hacen el cerebro del niño sufrirá cambios irreversibles». Cuando las madres le pedían un purgantito para sus hijos, recomendaba, «mejor tómesele usted». Decía que las diarreas se tratan examinando la caca del niño, mirándola, oliéndola, así encontrarán lo que produjo la dolencia. Las bronquitis se curan respirando aire puro, no encerrando al niño en un cuarto con las ventanas cerradas. El aire puro no enferma. Cerletti era el profesor que enseñaba mostrando al estudiante sus tratamientos, que él mismo había desarrollado, como el *shock* eléctrico. Su despacho tenía a la entrada una luz roja, que cuando estaba encendida, no se podía entrar. Castellani, era un hombre sencillo, que invitaba al estudiante a dar su opinión. Hablaba con acento inglés, quién sabe si por su larga permanencia entre ellos. Como caso curioso anoto que, mientras daba clases en Roma, era también

profesor en la universidad de Tulane donde estudiaba Charles Bombet, padre de Julius que sería mi yerno.

Bietti, el profesor de oftalmología, era muy práctico, ya que enseñaba en el salón de operaciones. Invitaba al alumno a ver lo que se debía hacer en caso de emergencia de lesiones oculares, e inclusive enseñaba a hacer las operaciones sencillas, que podía manejar un médico de pueblo. Todo se hacía con tal sencillez que aún siendo estudiante me atrevía a meterme en este campo. ¡Y todo ésto en los años treinta!

Todo lo que he mencionado, fue plenamente aprovechado por este ciudadano panameño durante sus estudios de medicina.

Con los estudios marchando a toda máquina, a duras penas podía refrescar la mente visitando los lugares históricos y artísticos que abundan por toda Roma, ni soñar con alejarme mucho. Tan embebido me encontraba en los estudios que ni siquiera me percataba de los violentos hechos políticos que se cocinaban en Europa. El estudio de la medicina debe ser una entrega total.

Removían cielos y tierra los regímenes totalitarios de Alemania, la Italia que yo pisaba, y la lejana Rusia, convertida ahora en la dura Unión Soviética. Hitler y Mussolini por un lado y el lejano Hiroito por el otro extremo, hacían sonar los tambores de guerra al tiempo que presentábamos las pruebas finales.

Después de haber superado todos los exámenes, sustenté mi tesis, que no era gran cosa, pero pudo despejar las dudas de lo que se creía en ese entonces, que la tuberculosis daba cierta inmunidad o resistencia a los pacientes con la enfermedad del sueño y viceversa. Me tomó dos años probar que no era así.

Cuando me presenté a la sala de conferencias, para sustentar mi tesis, me precedió un médico alemán, que había sido expulsado de Alemania por su origen hebreo. Este científico trabajaba desde hacía varios años en el tratamiento de la lepra con un antibiótico conocido como Promin, con muy buenos resultados. Hablaba italiano con un acento alemán tan fuerte, que no era posible entender lo que decía. El profesor Castellani, que era el presidente de la mesa, tuvo

que aclarar la situación, además de servirle de intérprete. Lo último que dijo el expositor en su ininteligible italiano fue: «tenemos un arma poderosa que hará libre a los leprosos de su terrible enfermedad, pero como todos sabemos las bacterias adquieren resistencia a los antibióticos y el bacilo de Hansen no es la excepción».

Me animaba el hecho de que yo, al menos, dominaba el italiano y se me podía entender. Sin embargo, se me atravesó otro obstáculo en mi camino: todo estudiante debía presentarse al examen en uniforme de gala del fascismo. Yo, que tenía un nombre italiano, me presenté con una camisa blanca y no negra, como los demás; por supuesto, los profesores se sorprendieron y al mismo tiempo sintieron que debían castigarme. Intervino otra vez el profesor Castellani y, tras explicarles mi procedencia, volvió la calma.

Enfrenté a un profesor de apellido Pérez (que tenía un nombre más latino que yo), sujeto que no perdonaba a los estudiantes mediocres. Tenía fama de inflexible. Sonrió, cosa que raramente hacía, cuando supo que mi apellido era italiano pero que yo no era “nativo” sino “del estero” como llamaban a los italianos nacidos fuera del país. Se limitó a pedirme que hablara de la miasis. Ni corto ni perezoso me disparé todo lo que de ella sabía (que no era poco). Di detalles sobre los remedios médicos más recomendables y hasta hablé de los remedios caseros. Incluso expliqué que el bendito tórsalo no es otra cosa que el gusano que ataca al ganado y a la gente, transmitido por la picada de una mosca y que significa grandes pérdidas por los agujeros que ocasiona en el cuero del ganado infectado, disminuyendo su valor. El terrible profesor quedó satisfecho, pero antes de soltarme me preguntó por qué sabía tantos detalles, y le contesté que en mi adolescencia yo era el encargado de curar a los animales en la finca de mi padre, y lo hice reír —¡al profesor Pérez!— cuando le dije que mi primer paciente fue un perro que me buscaba para que le aliviara la picazón.

En el examen de medicina interna con Cecconi, tras contestar varias preguntas, como al descuido me hizo con gran amabilidad la siguiente, que era la última: «Dígame, colega, si un paciente que espera

para consultarlo de pronto tiene un acceso de tos y pierde el conocimiento por un terrible dolor en el tórax derecho, ¿qué pensaría usted?» De inmediato le contesté: «Pensaría que sufrió un *pneumotórax espontáneo*.» El doctor Cecconi dijo: «Gracias, no hay más preguntas.»

Me aprobaron y me otorgaron el título de Doctor en Medicina, Cirugía y Obstetricia. Como dato curioso, cuando fui a buscar mi diploma, me dijo el secretario de la facultad: “«Ha tenido la suerte de que el suyo es el último diploma que firma el Rey de Italia, de ahora en adelante, serán expedidos por *Il Duce*. Obviamente el secretario no era fascista.

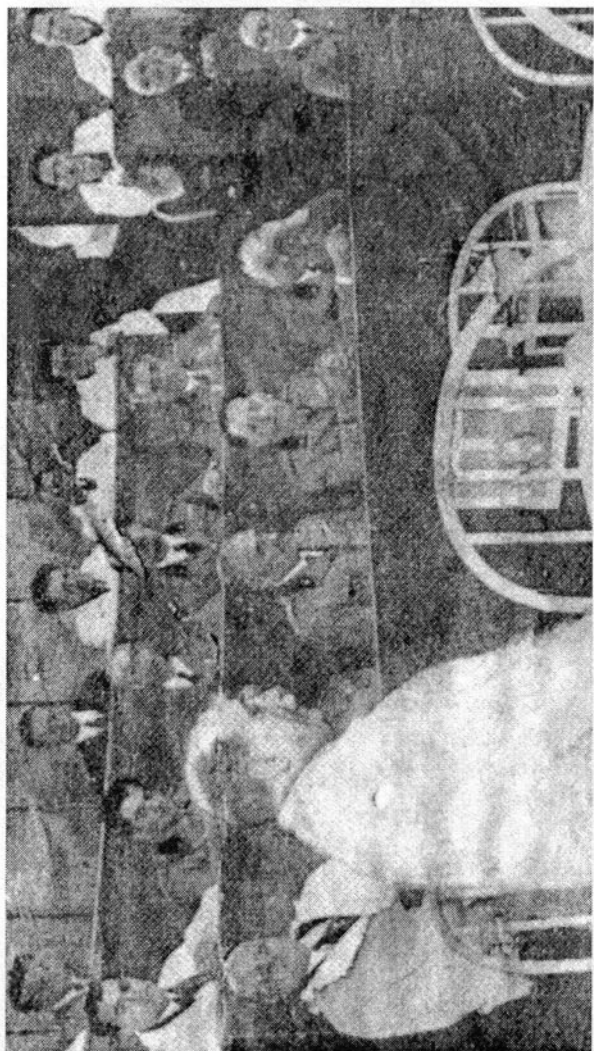
Cuando llegué a la casa, la señora Miletta me recibió con una amplia sonrisa lo mismo que el resto de la familia. Me regalaron una cena de spaguetti en una mesa adornada con un mantel de cuadros rojos. El *panamense* había terminado su obra en Italia y necesitaba irse lo más pronto posible, porque la Segunda Guerra Mundial estaba tan cerca que ya temblaban los cimientos del viejo coliseo.

Me permito anotar aquí cómo, cincuenta años después, celebré mis bodas de oro con la medicina. Mi querida hija Marianela me regaló una cena de spaguetti, que compartí con mi familia y a la que asistió mi gran amigo Pepe Erhman, quien, junto a mi hermano Valentín me hicieron recordar gratos y memorables momentos de la vida. Para hacerlos sonreír se me ocurrió decirles que la vida es un spaguetti en espiral.

Ya estaba graduado. Entonces me di cuenta de que había descuidado el seguimiento de las noticias internacionales. Es completamente cierto que cuando uno está pasando los exámenes finales para graduarse de médico parece flotar en un mundo diferente, en otro globo lleno de inyecciones y cultivos. Por eso no me había enterado de nada. Si algo me interesaba era como que el gran Alexandre Alekhine (mi ídolo ruso-francés de ajedrez) hubiese dado un buen jaque mate a su archirival Max Euwe; me dolía del

suicidio de Leopoldo Lugones y no me percataba de las irreparables pérdidas de vida de la guerra civil española. La feroz persecución a los judíos por los nazis o los interminables y cruentos procesos de Moscú se diluían entre mis libros de anatomía. Para mí lo único que existía era la Medicina, así como la ven ustedes, con una tremenda mayúscula por delante.

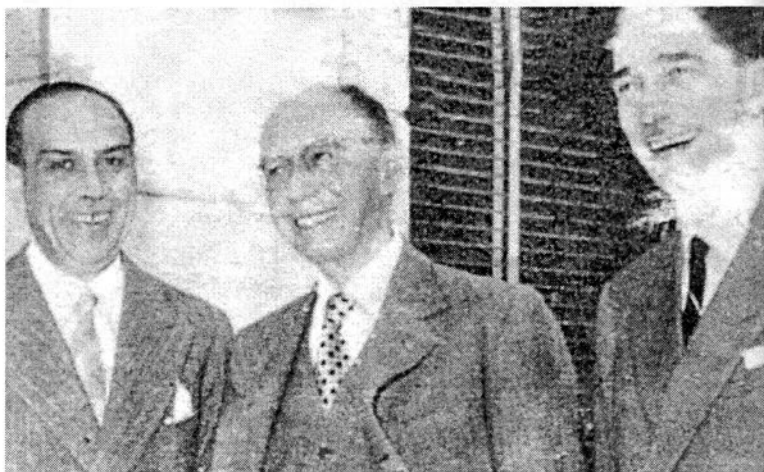
Cuando el 13 de julio de 1938 recibí (sin ceremonia alguna, pues los italianos no lo acostumbran) el título que me otorgaba la *Universita degli Studi di Roma*, que decía: «*Ottene in questa Università la laurea in Medicina e Chirurgia*», me vi, de pronto, como un prisionero más en esa Europa sacudida por el fanatismo homicida del poderoso partido nazi en una Alemania repleta de armas y embriagada por sus ansias de revancha. Este médico recién titulado se encontraba en el centro de la Italia fascista que se entregaba impudicamente a la figura mística de un Mussolini con aires de César.



El profesor Aldo Castelani, conde de Quisimajo, dicta una de sus famosas conferencias sobre Medicina Tropical. 1938



Una clase de cirugía dictada por los profesores Alessadri y
Valdoni

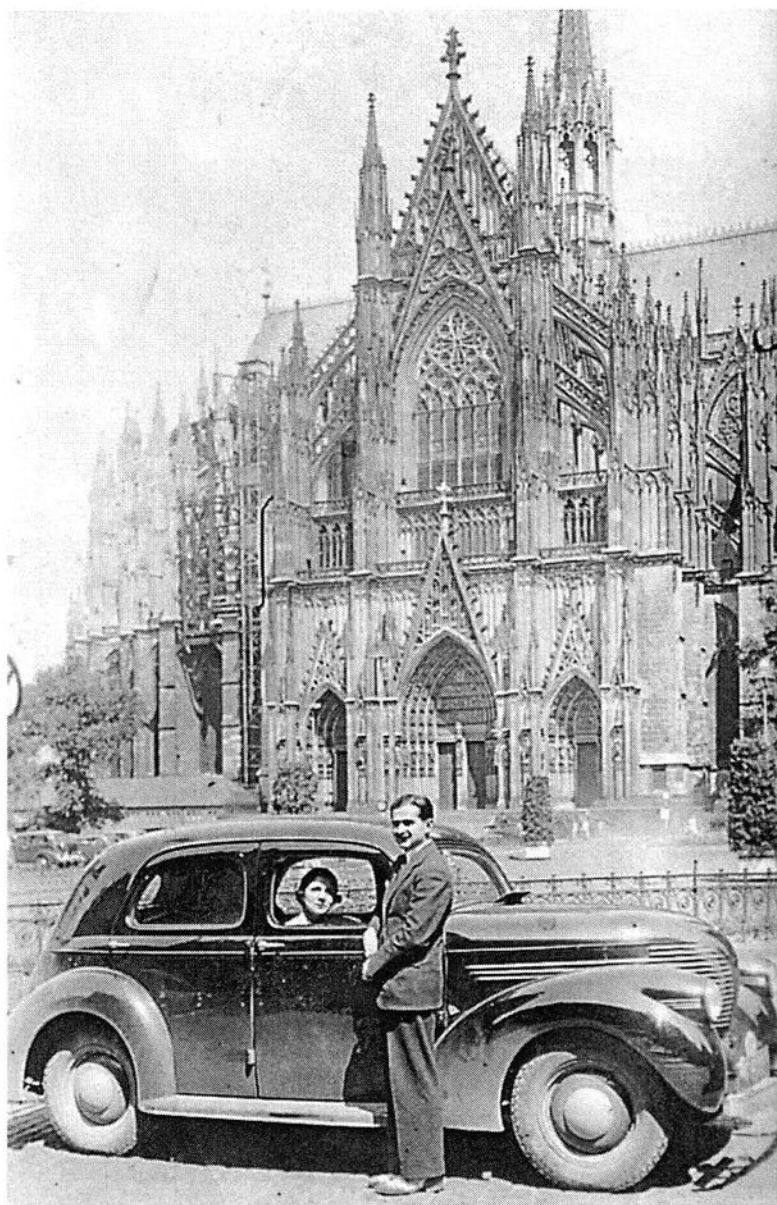


Tres grandes maestros de la Medicina Romana: Pende,
Endocrinólogo; Cecconi, Medicina interna y Valdóni,
Cirujano



Fraternidad médica de la Universidad de Roma.

Cena en la célebre Grotta del Piccione, en octubre de 1937, asistieron Carlo Tomasello y el distinguido profesor Taglianetti, dermatólogo, sifilólogo famoso.



Mi gran amigo Pepe Ehrman, en Reims, en 1937

VI

Regreso y Práctica

En el mes de julio de 1938, como dije, había concluido mis estudios en la Universidad de Roma, y tenía en la maleta mi diploma de médico. Se aproximaba, retumbando en la lejanía, la Segunda Guerra Mundial y todavía me quedaba por delante un serio problema que resolver: el reconocimiento oficial de mi diploma. La legalización de cualquier documento público en Italia es sumamente engorroso por los trámites legales que hay que llevar a cabo.

Al fin, los superé todos. Ahora faltaba lo principal: conseguir un medio de transporte para regresar a Panamá. No había transporte aéreo hacia América, sólo se contaba con el marítimo. El éxodo de miles de hebreos y otros europeos que huían de los estragos de la próxima conflagración mundial, hizo que los pasajes para salir de Europa fueran casi imposibles de conseguir.

Pero mi buena estrella conservaba sus destellos. En París se encontraba mi gran amigo Pepe Erhman, ahora como secretario del Embajador, que a la sazón era nada menos que el doctor Arnulfo Arias Madrid. Pepe, que sabía de mi situación, de inmediato me pidió viajar a la Ciudad Luz (que dentro de poco estaría sumida en las sombras de la invasión nazi). Me presentó al doctor Arias, quien enseguida expidió un salvoconducto, acompañado de un pasaje que me permitiría tomar un barco en Marsella rumbo a Panamá. Estoy sumamente agradecido con ambos. Recuerdo que en aquellos tiempos, los enemigos del doctor Arias lo acusaron de simpatizar con algunas ideas fascistas, no puedo opinar sobre ello porque no lo sé, lo que sí es cierto es que en todo momento el doctor Arias ayudó a los panameños que se encontraban en dificultades y que pensaba siempre en lo mejor para su país. Fue en aquellos caóticos tiempos cuando compró una enorme araña (de luz) que rescató del sótano de un teatro que iba a ser demolido y la embalgó hacia Panamá; hoy, esa magnífica araña alumbró el patio de butacas de nuestro bello Teatro Nacional.

Reseño la corta conversación que sostuve con el doctor Arias:

— Así que es usted un médico recién graduado.

— Sí, doctor...

— Bien, regresa usted como médico a su país. Me permitiré advertirle una cosita: no se asombre cuando compruebe que no hay peor cuña que la del mismo palo. Encontrará usted colegas que, para decir lo menos, no lo recibirán con los brazos abiertos. Aténgase a su profesión, trate de ser el mejor y las puertas se abrirán solas, quieran o no quieran los otros. Pero también hay doctores excepcionales, por su ciencia y por su humanidad, cuando los encuentre en su camino, aprenda de ellos.

Gracias a los buenos oficios de mi amigo Pepe Ehrman, logré obtener cupo en un barco de carga francés de nombre *Bretaña*, que partiría de Burdeos hacia el puerto de Cristóbal en Colón, con escalas en Cartagena de Indias y en la isla de Guadalupe.

Fue muy interesante cómo consiguió Pepe el cupo. Me lo relató cuando ya estábamos los dos en tierra panameña. Debo decir que fue en una de esas reuniones, alegres por el vino y la buena compañía en la que por fin oí su relato completo. Dijo que en un café de París, había escuchado sin proponérselo a dos hombres de mar que hablaban de sus problemas. Uno de ellos se quejaba de no haber logrado vender el último cupo de camarotes de su barco que partiría próximamente para Panamá. Al oír el nombre Panamá, Pepe se acercó, se identificó y se ofreció a resolver ese problema. Para su sorpresa el que así se quejaba era nada menos que el capitán del barco. Explicó el marino que no podía llevar pasajeros residentes en Francia, pues se trataba de evitar el éxodo masivo de ciudadanos franceses en tiempo de guerra. Pepe, sin titubear, compró el pasaje —lo pagó de inmediato—, pensando que me serviría. Inmediatamente me envió un cable, lacónico pero enfático. Recuerdo exactamente lo que decía: «Urge tu presencia en París hoy.» y firmaba: Panalega, que quiere decir Legación de Panamá.

Como tenía mis papeles en regla, logré partir de inmediato. A media noche abordé el tren con destino a París vía Ventimiglia.

Cosa curiosa: fue la misma ruta que tomó mi padre en el siglo pasado, cuando partió de Nápoles para venir a Panamá; él también se embarcó en Burdeos, Francia.

Bueno, aquí debo reconocer una vez más lo que debo a mi amigo Pepe. Ya ven ustedes cómo logré llegar a Panamá para finales de octubre de 1938.

Recordaba , al llegar a Cristóbal, lo que nos había contado mi padre Don Salvatore a su llegada a ese puerto en el siglo pasado. Se había encontrado mi padre con la efervescencia de los obreros antillanos durante la construcción del Canal Francés. El ver a tanta gente de raza negra le hizo pensar que se había equivocado de país y que había recalado en un país africano. No se le puede criticar pues nunca había visto tantos negros en su vida.

Ahora era yo el que regresaba. La familia entera me esperaba en el muelle. Entre todos resaltaba mi padre don Salvatore con su sombrero de fieltro, levantada el ala frontal, como quien dice “a la pedrada”. No podía disimular el orgullo que lo embargaba, yo, su hijo, por fin venía graduado de *Dottore*, después de tantos años de ausencia.

Al arribar a Colón, Doña María Stanziola, hija de Rafael y Dorotea, me invitó a quedarme en su casa, pero yo estaba tan entusiasmado por comenzar mi nueva vida de profesional de la medicina, que no veía la hora de llegar a Panamá. Así que, sin esperar más, tomé el tren que me conduciría a la capital.

Me hospedé en la casa de Valentín y después de las fiestas patrias, me dirigí al hospital Santo Tomás para presentar mis credenciales y ver si era posible hacer mi internado en ese centro de salud. Fui aceptado y comencé mis labores en la segunda semana de noviembre de 1938.

El trabajo en el hospital Santo Tomás resolvió varios de mis problemas personales, sobre todo: dónde vivir, pues no quería ser un forzado huésped, sino tener mi propio domicilio. Desde ese día viví en uno de los cuartos de la Casa del Médico, me tocó el que había habitado el doctor Pedro Vasco Núñez durante su internado

y resultó ser muy acogedor.

Desde una de las ventanas laterales podía ver a las niñas del barrio cuando iban a la misa de Cristo Rey. Más tarde por esa misma ventana observaba la llegada de mis compañeras de citas. Fue una época muy placentera. Cuando estaba de turno invitaba a mis amigas a jugar tenis en una cancha que el Hospital tenía en uno de los lotes aledaños. Debo admitir que pasábamos muy a gusto el período de adiestramiento, combinando práctica y distracción a la vez.

Internado Médico (1938-1940)

La Casa del Médico en el hospital Santo Tomás, era albergue de un selecto grupo de profesionales de la medicina. Allí se podían encontrar todas las nacionalidades del Sur de nuestro continente; eran jóvenes doctores graduados en las universidades de sus respectivos países que venían a Panamá por la fama que tenía el Santo Tomás, considerado como excelente en ese entonces ya que muchos de los profesionales que allí ejercían, eran graduados de famosas universidades norteamericanas como Harvard, Cornell y universidades europeas de Italia, Alemania, Bélgica e Inglaterra. Pero su fama era más bien por el grupo de médicos del hospital Panamá, donde trabajaban norteamericanos de la talla del doctor Herrick, famoso cirujano que atraía enfermos de toda América Latina. Por haber sido el doctor Herrick un hombre extraordinariamente generoso y un científico de gran talla, a su muerte, sus numerosos y agradecidos pacientes le erigieron una estatua —la misma que todavía hoy podemos ver en una esquina del Ministerio de Salud, sitio de donde tuvo que ser mudada al desaparecer el hospital Panamá que tanta fama le trajo a nuestro país.

Con los médicos centroamericanos, también llegaron a nuestra Institución enfermeras, entre las cuales se destacaban las de Guatemala que, dicho sea de paso, fueron muy pocas las que regresaron a su país, ya que la mayoría se casó con nuestros profesionales y formaron familias muy honorables.

Uno de aquellos personajes inolvidables fue el Dr. Luis de Roux,

quien, además de magnífico profesional, fue un eminente político que representó a Panamá durante nuestro período colombiano. Octogenario, pero de mente lúcida, cuidaba de las plantas en los alrededores de la Casa del Médico. Su figura la recuerdo con cariño; alto, delgado, usaba una cachucha blanca para resguardar su reluciente calva de los rayos solares. Me decía que había luchado toda su vida para encontrar una cura para la tuberculosis pulmonar y que sentía abandonar el mundo sin haberlo logrado. En su infatigable lucha contra el bacilo de Koch, llegó a usar extrañas mezclas; combinando una azul con otra bermeja, cuyos componentes nunca nadie conoció. Tales sustancias eran inyectadas por el doctor De Roux a los pacientes terminales de la peste blanca, y luego se quedaba velando al lado de sus lechos hasta que, irremisiblemente, la muerte se los arrebatara.

El Santo Tomás era una escuela sin maestros. Los médicos nos traspasaban su experiencia y lo hacían con la mejor voluntad posible. Eran guías más que profesores. Sin proponérselo, se había establecido un sistema muy interesante, precisamente lo que se requiere en nuestra carrera. El médico debía encontrar en el enfermo el mal que lo aquejaba y diagnosticar la enfermedad. Un ejemplo de lo que digo, se demuestra en lo que sucedió en la década de los cuarenta, cuando unos diez o más casos fueron enviados del Amador Guerrero de Colón, al hospital Santo Tomás, con el diagnóstico probable de fiebre amarilla, enfermedad que no se había detectado desde la época de la construcción del Canal. Por supuesto, este diagnóstico fue rechazado por el patólogo Dr. Miguel Herrera. El Dr. Getz, patólogo retirado del Gorgas y maestro de todos nosotros, no había perdido la buena costumbre de visitar el Departamento de Patología del Santo Tomás, y de asomarse a cualquier microscopio que estuviera a su alcance. Aquella vez, miró precisamente por el microscopio que tenía una placa que mostraba un corte de hígado con severo daño hepático producido por el virus de la fiebre amarilla. Entonces buscó en sus archivos una placa con un corte de hígado de un paciente de fiebre amarilla de la época de la construcción del canal, y la reemplazó por

la que estaba en el microscopio, que precisamente era el del Dr. Herrera. Cuando éste volvió a mirarla, se dio cuenta del cambio, pero cual sería su sorpresa, cuando leyó en la etiqueta “fiebre amarilla” y reconoció que eran idénticos a los mismos microorganismos que él había estado examinando. No tuvo más remedio que aceptar el diagnóstico de fiebre amarilla y así se pudo comenzar a tiempo la vacunación masiva de la población contra dicha enfermedad.

El Dr. Byrd, jefe del Departamento de Sanidad de la Zona del Canal, sufrió una severa reacción a la vacuna, de la cual se recuperó.

Anteriormente, durante mi internado, en el Santo Tomás, tuve la oportunidad de examinar a un joven español, que había atravesado la selva del Darién, desde Colombia. Al llegar a Panamá fue atacado por fiebres y cuando lo examiné hice el diagnóstico de fiebre amarilla selvática. No me aceptaron el diagnóstico, y el paciente murió; se consideró su muerte como de origen desconocido. Me queda la amarga impresión de que se cometió el error de pensar que ya se había erradicado totalmente la enfermedad que, según luego pudimos comprobar, todavía nos rondaba.

Cuando digo que el hospital Santo Tomás era un hospital sin maestros, es porque no estaban nombrados, pero resultaba muy fácil aprender de los magníficos profesionales que deambulaban por sus pasillos. Personalmente aprendí mucho del Dr. José María Núñez, un clínico de vasta experiencia, de la que uno se percataba con sólo hablar con él. Se notaba la sabiduría del doctor Núñez nada más con abordar cualquier tema. Por lo general, era él quien nos preguntaba acerca de lo último que se hubiera escrito sobre medicina, y a renglón seguido se iniciaba un intercambio de información, donde quedaba claro la agudeza de criterio de este clínico veterano y sagaz. En cierta ocasión me dijo: «Nunca había visto como causa de muerte parasitismo intestinal, por lo que me sorprendió su diagnóstico al leerlo en una cuadrícula. Pero lo que más me sorprendió fue el hallazgo en la autopsia de miles de parásitos intestinales que salían por la fosas nasales del cadáver.

Si bien aceptamos que la causa de la muerte fue la asfixia, se debe mencionar que los causantes de la asfixia fueron los parásitos intestinales».

Otra de las enseñanzas del doctor Núñez, fue la respuesta que me dio cuando lo interrogué sobre el asma bronquial que agobia a los enfermos, que necesitan ayuda a altas horas de la noche y que no responden a ninguna terapia: «Por supuesto, me dijo, es necesario cambiar los medicamentos» Aunque a veces no teníamos más que aquellos a los cuales no respondían los pacientes.

Leí en un artículo que la autourinoterapia podía ayudar en algo a aquellos pacientes que no respondían a la terapia usada. Se me ocurrió tratarlo como pacientes asiduos visitantes del cuarto de urgencia. Mejoraron por un tiempo pero luego regresaban al hospital con los mismos síntomas de asfixia. Comentando con el Dr. Núñez, me dijo que cuando no había medicamentos antiasmáticos como los de hoy, lo que hacían era introducir una cinta de hiladillo entre el tendón de Aquiles. Con tal inserción en el talón, se le movía cada día una pulgada; con ésto formaban un absceso de fijación y así se lograba aumentar la resistencia del paciente con su propio medicamento, los anticuerpos.

Rotar por los servicios de cirugía y obstetricia, era privilegio de unos pocos. Sin embargo estudié la manera de adiestrarme en tales disciplinas en una forma sencilla y general. Los cirujanos de prestigio eran nombrados si pertenecían al partido que estaba gobernando. Igual que hoy, se nombraba de a dedo, y no era extraño que un recién llegado de pronto fuera elevado a la posición de jefe de servicio. Siendo interno, conocí a uno de los mejores cirujanos de la época, el doctor Sergio González Ruiz. Se había especializado el doctor González Ruiz en otorrinolaringología en el famoso Chevallier Jackson de Filadelfia, pero también se dedicaba a la cirugía general, donde hacía un brillante trabajo. No le daban oportunidad de operar durante el día, por lo que siempre se presentaba de urgencia en las noches. Por alguna razón me localizaba con facilidad, y esto no era coincidencia, porque yo

acechaba los casos interesantes y me ofrecía a ayudar a todos aquellos que me necesitaran. Lo hice en cirugía general y en todas las otras especialidades quirúrgicas. Así fue como adquirí la experiencia que necesitaba, sin pasar por los servicios correspondientes. Sin embargo, otro de nuestros mejores cirujanos, el Dr. Carlos N. Brin, por alguna razón, no deseaba enseñar y por eso no dejaba entrar a nadie a ver sus operaciones. Yo no desmayé en mis esfuerzos por ver alguna de sus operaciones, la vida me ha enseñado que la tenacidad es el camino más corto para la solución de los casos difíciles.

La anestesia en esa época estaba en pañales, el médico recetaba las raquídeas con estobaina; se utilizaba el cloroformo y el éter, que se les daba a los pacientes gota a gota, administradas por las enfermeras y por un hermano del Dr. Gabriel Sosa que era anesthesiólogo empírico.

Por ese entonces, el Dr. Ramírez Duque trajo de los Estados Unidos un aparato para suministrar éter con mayor seguridad. Comprendiendo las grandes posibilidades de este tipo de anestecia en ese entonces el Dr. Amadeo Vicente Mastellari, me dijo: «sabemos que has acumulado más experiencia que todos los residentes de cirugía. Además, es hora de terminar con la práctica de nombrar en las residencias como si fuesen un patrimonio particular. De ahora en adelante se harán por mérito, y tú lo mereces más que ninguno. Acepté, halagado por la confianza que me brindaba el Director. Y debo dejar constancia de que este traslado significó un gran paso adelante en mi carrera médica, pues allá, con la ayuda del Dr. Juan Antonio Núñez, Cirujano Jefe en el Amador Guerrero, pude resolver los problemas quirúrgicos que se me presentaron a borbotones.

La práctica médica en Colón, resultó completamente diferente a la que se acostumbraba en Panamá. Tal vez por ser unos cuantos médicos, que tenían que repartirse una gran cantidad de pacientes, tanto privados, como de asistencia social, había entre ellos una relación más de amistad, que de rivalidad. Particularmente en mi caso establecí amistad con todos y muy estrecha con varios de ellos, especialmente con el Dr. Juan Antonio Núñez.

En Colón florecieron los clubes nocturnos por el paso y estadía de las tropas norteamericanas, así aumentaron también los casos de venéreas. Estas enfermedades no perdonaban sexo. La mayor parte de las infectadas eran colombianas y cubanas; estas pobres mujeres hacían dinero en poco tiempo, pero se iban enfermas. Una bella chica cartagenera me contaba que en un corto lapso del vil trabajo había hecho una bonita casa con jardín y piscina en Cartagena, para vivir ella con su madre. Al final de la guerra supe que esta chica se había casado con un norteamericano y se fueron a vivir a los Estados Unidos.

A los médicos, que apenas tratábamos enfermedades comunes y corrientes, nos tocó atender esos casos de venéreas, por lo que nuestra clientela aumentó considerablemente. El médico por lo general cobraba 1.50 balboas por consulta, pero el tratamiento de una enfermedad venérea costaba unos cien dólares; como abundaba la enfermedad, las entradas de los médicos aumentaron notablemente. En mi caso particular, debo confesar que si al principio me aburría por falta de enfermos, después llegué a atender hasta 40 pacientes diarios, además de los que atendía en el hospital, tanto quirúrgicos como obstétricos.

Sin embargo, debo advertir que al llegar el Dr. Arnulfo Arias al poder, hizo cambios que alteraron notablemente la armonía que había entre los médicos. De salida, quiso nombrarme en la Jefatura de Cirugía que no acepté por dos razones: una, por la amistad que tenía con el Dr. Juan Antonio Núñez; la otra, porque no tenía la experiencia que se requiere para ser un buen Jefe de Cirugía.

El Dr. Alberto Navarro, juicioso político y muy buen cirujano fue enviado a Colón a ocupar el cargo que yo había rechazado; según él, su nombramiento era como un castigo, ya que a lo que realmente aspiraba era a la jefatura de cirugía del Santo Tomás.

Después de varios encontrones que tuvimos los médicos del Amador Guerrero con el Dr. Navarro, pudimos al fin aprovechar lo que él sabía —que no era poco— y yo fui de los que más aprendieron de él, porque actué muchas veces como su asistente.

En una profesión como la nuestra, si queremos arar bien, es necesario que los bueyes que tiran de la carreta caminen en la misma dirección. Por suerte, fue muy sencillo convencerlo. Se debió a un caso de apendicitis aguda que, como era natural, se planeó para operar de inmediato. Por alguna razón el Dr. Navarro entró en la sala de cirugía, y sobre las sábanas estériles examinó al paciente. Entonces dijo que no era necesaria la operación. Fue un juicio y diagnóstico muy a la ligera. Se le advirtió que él se responsabilizaría del caso, y así se le hizo saber a los familiares del paciente. El enfermo casi fallece, pero se le pudo salvar haciendo la operación de urgencia. Cuando, más adelante, un caso muy similar se presentó, ya el Dr. Navarro se había dado cuenta de que los pacientes sufrirían por su obstinación. Lo admirable de todo este engorroso asunto fue que el doctor Navarro tuvo la suficiente hombría de reconocer su error.

Superados estos incidentes, el Dr. Navarro se convirtió en un magnífico maestro y colaborador. Era un hombre muy hábil que estaba al día en las nuevas técnicas quirúrgicas y se esmeraba en enseñarlas a aquellos que deseaban aprender. No era extraño que hiciéramos operaciones del estómago con las últimas técnicas, usando hilo de coser, tiroidectomías y muchas otras operaciones. Solíamos invitar a médicos norteamericanos del Fuerte Gulick, todos especialistas de primer orden, para que nos mostraran sus técnicas en cirugía plástica y ortopedia. El Dr. Pisani, gran ortopeda, nos enseñó con toda generosidad lo mejor de su técnica. Fue una magnífica escuela, que seguro aproveché al máximo porque más tarde unos de estos médicos me recomendó para trabajar en la Clínica Oschner, lo que no llegó a efectuarse ya que el Dr. Wickstron me convenció de que para mí lo mejor sería el *Charity Hospital* de Nueva Orleans.

Conservo en mis recuerdos el día que el Dr. Navarro se despidió de nosotros al ser nombrado en otra posición. Me dijo: «Stanzola, me despido con la satisfacción de haber trabajado juntos, y aunque no todo fue color de rosas, nadie puede negar que fue una buena

práctica, y usted es la prueba».

Durante mi internado en el Santo Tomás, había ahorrado lo suficiente para comprar el carro del Dr. Arturo Alvarado, en 500.00 dólares. Por supuesto, que con solamente el sueldo de un interno – en ese entonces de 50.00 dólares mensuales–, no me hubiese alcanzado para tal lujo, pero tuve la oportunidad de hacer muchos turnos a aquellos médicos que por alguna razón no podían hacerlos y con esas extras pude ahorrar lo suficiente para tener mi primer carro. Trabajé como una mula pero gané en experiencia. El cuarto de urgencia era como un intenso salón de clases en donde se veía toda clase de patologías, hasta las más inverosímiles que se pueda uno imaginar.

Recuerdo una tranquila noche, en que se presentó toda una familia con una bella joven vestida de novia que lloraba inconsolable. El novio lucía muy nerviso y se veía desesperado. Según él lo habían engañado ya que al casarse, creía haberlo hecho con una mujer normal, pero cuál no sería su sorpresa cuando se encontró que su mujer no tenía vagina. Fue necesario calmar los ánimos de los acompañantes para evitar que se formara una trifulca entre los dos bandos. Al examinar a la novia, encontré un himen imperforado. Al profundizar en el problema descubrimos que con la primera menstruación de la joven, en su lejano pueblo de Aguadulce, fue necesario abrirle el himen quirúrgicamente, cosa que hizo el Dr. Estévez, pero sucedió que la herida cicatrizó con un tejido aberrante, que era más fuerte que el himen normal, lo que hizo que fuera imposible de llevar a cabo el acto sexual. Habría que eliminar primero esa malla de carne que era un obstáculo infranqueable. Se solucionó con una sencilla operación que se llevó a cabo en poco tiempo. Devolvimos a la novia apta para el amor. Hasta donde supe, los novios fueron felices, como en los cuentos de hadas.

El carro que compré durante mi internado, me sirvió durante los dos primeros años en Colón. Todo el tiempo de mi noviazgo con Lizca, ella lo usaba para sus paseos con sus amigas. Pero resultó totalmente inútil fuera de la provincia. En ese entonces no existía

la carretera Panamá-Colón, y era necesario usar el tren para transportarnos de una ciudad a otra. Por tal motivo, aunque yo tenía carro, tuve que usar el de Valentín cuando me trasladé a David para mi matrimonio.

He saltado de un tópico a otro, pero han de saber ustedes que lo hago con la intención de que mi testimonio sea como un estímulo para los miembros de mi familia que decidan dedicarse a la medicina. Para los demás, puede servir para hacerles ver que la vida es más fácil si actuamos con honestidad en todos los campos.

Siempre he sostenido que el médico se hace a través de los años, aprendiendo de sus colegas y más que todo de los mismos pacientes, a los que debemos agradecer que se dejen tratar por nosotros. Recuerdo un caso muy especial que me sucedió en la sala de medicina del hospital Santo Tomás. Se trataba de un policia, procedente del Darién, que se quejaba de dolor abdominal. El jefe de servicio era de los que pasan visita desde su escritorio —esa absurda y peligrosa incompetencia me enseñó a no hacer nunca cosa parecida—, analizó el caso sentado entre sus papeles; como se creía un gran sicólogo, decidió que el paciente era un simulador, y le recetó laxantes diariamente. Yo, que sí lo había tratado, pensaba lo contrario y cuando lo examiné detenidamente al día siguiente noté que sus deposiciones eran sanguinolentas; de inmediato me di cuenta que se trataba de un caso grave y diagnosticué tifoidea, y luego se pudo comprobar por los exámenes de laboratorio. Afortunadamente, el paciente mejoró y nosotros aprendimos una lección: el paciente siempre tiene la razón.

Otro caso muy interesante se me presentó en Colón, cuando una paciente me dijo que estaba embarazada desde hacía tres años pero que, por alguna razón, cada vez que se presentaban los dolores de parto, rompía fuente, botaba agua, pero no paría. Por supuesto, al escuchar tales cosas lo primero que se le ocurre al médico es que se trata de una paciente de psiquiatría; pero en este caso no era así, la paciente había tenido un embarazo en un útero bipartido, es decir tenía dos cavidades. Al operarla encontré en una de las cavidades

un litipodeo, es decir un feto petrificado. Esto me enseñó una tremenda lección: si la paciente describe una dolencia absurda, puede tratarse de un caso psiquiátrico, pero también puede ser una realidad inconcebible. Al médico que lea esto le vuelvo a repetir: el paciente siempre tiene la razón.

Uno de los casos más ilustrativos de lo que puede causar el parasitismo intestinal lo pude observar en la sala de niños, cuando se le dio un vermífugo a un niño caquético con un abdomen abultado por la desnutrición, debido a la inadecuada alimentación y al gran número de parásitos intestinales que tenía. Sufrió la conocida estampida de los parásitos, y fue tan descomunal que le produjo sofocación ya que llegaron hasta la garganta. Si no es por la pronta atención que se le dio extrayéndole manualmente los parásitos hubiera fallecido. Aprendí que era necesario tratar a estos niños con sumo cuidado y en ambiente hospitalario, de lo contrario morirían.

No teníamos vacunas contra la mayoría de las enfermedades que atacaban a los niños. La difteria hacía estragos y era necesario mantener a las madres cuidando a los niños, ya que se sofocaban por la membrana producidas por las bacterias de la difteria. Muchas veces, la madre, rendida, se dormía y el niño fallecía en sus brazos sin que ella se diera cuenta. Demasiadas veces fui testigo de este doloroso desenlace. Yo mismo sufrí de difteria y recuerdo que tuve que ser hospitalizado en el viejo Santo Tomás de la Avenida B. Nunca supe cuánto tiempo permanecí inconsciente, pero me despertó el dolor que me produjo una incisión que me hicieron en la nalga derecha, por un absceso causado por una inyección que me aplicaron.

En tiempos pretéritos si los niños se curaban era porque Dios así lo disponía.

Las vacunas y los antibióticos son hoy día los medios más eficaces en la cura de enfermedades que antaño eran mortales.

En las últimas décadas la medicina y la cirugía han avanzado a grandes zancadas. Creo que hoy es poco menos que imposible para

un médico estar al día de todo lo que se cuece en el mundo científico, pero sí es posible que se mantenga bien informado en su especialización, sobre todo con los adelantos de la comunicación. Aprendía, aprendía y aprendía. Todos los casos me parecían interesantes. Curaba todo lo que podía. Es lo que llamo crecer dentro de la profesión.

Fue en esos tiempos que me casé y comencé a tener mi propia familia. Pero eso es asunto de otro capítulo.

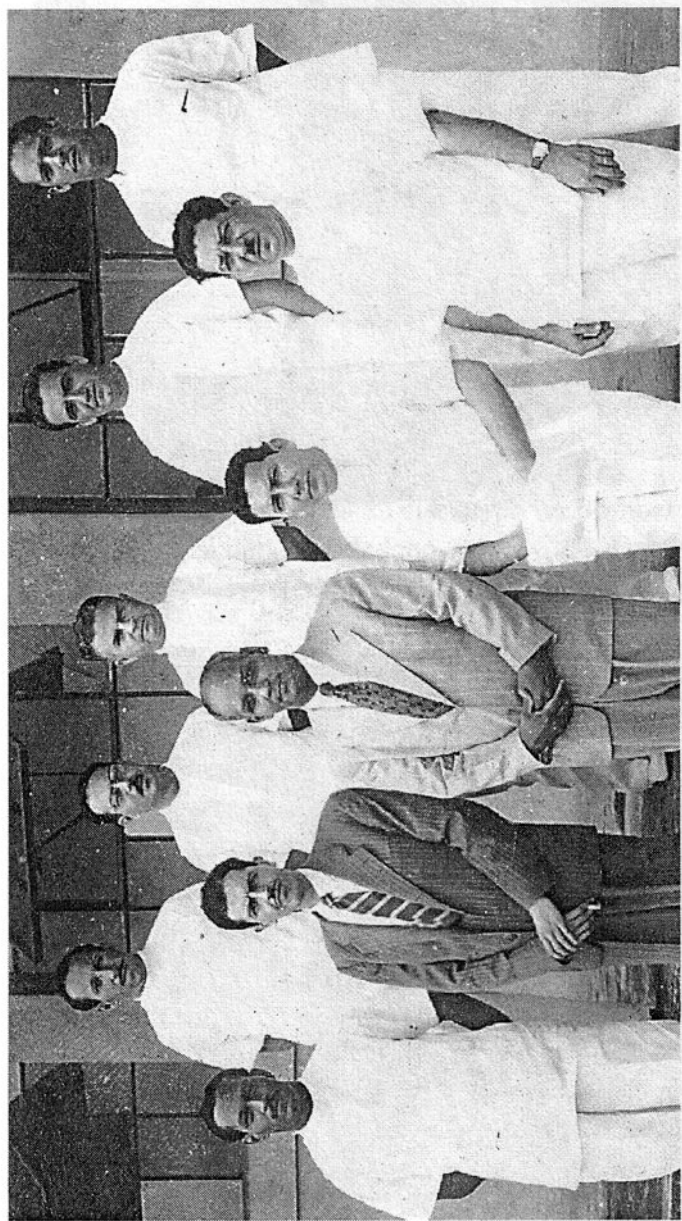
Rememorar y describir aquel Colón maravilloso de mi entrenamiento médico y de mi vida personal me ha causado un hondo placer.



Recuerdo gráfico de mi primera operación, una apendectomía, realizada en el Hosp. Santo Tomás en 1938



En una operación mayor, junto al doctor José A. Denis



Cuerpo Médico del Hospital Amador Guerrero de 1940-52. Atrás, de izq. a der. Doctores Grimaldo, Leone, Stanziola, Rusódimos, Baynoe y Pullol; delante, González Barrientos, Meléndez, Amaya y Juan Antonio Núñez



Cuerpo Médico del Hospital del Niño (1954-1971). Los doctores Crespo, Núñez, Audía, Arango Carbone, Briceño, Saldaña y Stanzola



Durante mi permanencia en el Cuerpo de Bomberos de Colón. De izq. a der. H. Toledano, yo, el Cdte. Ducreaux, el arq. Fernández y el siempre bien recordado doctor Juan A. Núñez



En 1981 recibí la Medalla a la Docencia de manos del Viceministro de Salud, el Dr. Manuel A. Escala.



Inauguración del 4° piso del Centro Médico de Patilla. Mons. M. McGrath, Arzobispo de Panamá imparte la bendición. A mi lado, el doctor Juan Luis Correa Jr.

VII

Cuando llega el amor

Mi padre, don Salvatore Stanziola, murió el 14 de febrero de 1939. Era un Martes de Carnaval. La causa de su muerte fue una trombosis de la mesentérica superior. Me avisaron mientras miraba el desfile de carnaval en un balcón arriba de la famosa panadería La Tahona. Cuando supe la terrible noticia corrí al hospital, pero ya no podía hacer nada. Mi padre falleció sin que yo pudiera asistir a sus últimos instantes.

La muerte de mi padre fue un rudo golpe, pues yo sentía no sólo amor y respeto, sino una veneración filial por aquel hombre sencillo y fuerte. Parece que la vida se encarga de equilibrar los sentimientos humanos. Las sensaciones de dolor y alegría se alternan haciendo de la vida sentimental del hombre una gráfica irregular. Digo esto por temprana experiencia. Tras haber sufrido tanto por la muerte de mi padre, el amor filial vendría a ser reemplazado por el amor a una mujer. El amor verdadero y apasionado entre un hombre y una mujer es la máxima compensación que la vida nos brinda y es la fuerza que nos ayuda a soportar los dolores morales.

Además del dolor que nos causó la muerte de mi padre, un problema provocó gran turbación en la familia debido a la complicación que tuvimos que resolver porque no había terreno en el cementerio para darle cristiana sepultura. En eso no había sido precavido mi padre, quizá sea una prueba de que él pensaba mucho más en la vida que en la muerte. Para solucionar el problema, tuvimos que exhumar los restos de mi hermano Nicolás que estaba enterrado en un terreno que pertenecía a la familia de su esposa, Sofía Mihalitsianos, quien nos permitió enterrarlo en la cripta de su familia.

Nunca me sentí tan solo en mi vida.

Lizca González Revilla

La primera vez que vi a Lizca, no tendría más de nueve o diez años. La que sería mi esposa asistía a la Escuela de Marina, cerca de la Presidencia.

En ese tiempo yo era el encargado de acompañar a mi prima Angela Rosanía (hija de Ma. Stanziola de Rosanía, quien a su vez era hija de Rafael y Dorotea, el “Milord” y “La Duquesa”), a la misma escuela. Y allí, en la entrada de la Escuela vi a Lizca y quedé impresionado por su gracia y su belleza. Desde el primer momento que la vi, me pareció que Lizca era la niña más hermosa del mundo.

Algunos años más tarde, la volvería a ver en el matrimonio de mi prima Angela con el doctor Antonio González Revilla, el hermano de Lizca. Tanto su madre, doña Cheye, como ella misma, se hospedaron en la casa de la familia Rosanía con motivo de la preparación de la boda. Y, por gentil invitación de doña María, se quedaron un par de meses después de la fastuosa ceremonia. En ese corto pero inolvidable tiempo fue que nos enamoramos y pedí su mano.

Fue a principios del mes de diciembre de 1939, cuando me trasladé a Colón para trabajar en el hospital Amador Guerrero, como residente.

Al llegar a la estación del tren en Colón, me encontré con una recepción inesperada, encabezada por Angela y sus amigas, entre las que se encontraba Lizca, la hermana menor del novio de Angela: Toño Revilla, con quien se casaría el 16 de diciembre de ese mismo año. Por supuesto, me hizo muy feliz este recibimiento. Tal vez en ese momento fue cuando me dije a mí mismo que Lizca sería el amor de mi vida.

Mi llegada al hospital Amador Guerrero y mi trabajo allí merecen ser mencionados, eso les dará una idea de cómo se manejaban los hospitales de provincia. Por lo general era el Director Médico quien disponía —muchas veces a su antojo— la forma cómo se debían hacer las cosas, implantando métodos que no eran de los más convenientes. En ese entonces, el Dr. Jiménez Sierra, fungía como director del hospital Amador Guerrero. Arnulfista furibundo, el doctor Jiménez tenía autoridad para hacer y deshacer a su voluntad. Yo había sido informado por el Dr. Amadeo Vicente Mastellari,

a lo que tendría que enfrentarme. «No te preocupes, me dijo Mastellari, cuando llegues a su presencia sólo le dices que yo quiero hablar con él». Y así fue. Cuando entré al despacho del director, me presenté de la manera más cortés que pude. Con una frialdad de sapo, me dijo: «Yo a usted no lo he pedido, por lo tanto no sé qué puesto darle». «Doctor, le contesté, yo tampoco deseaba estar aquí, pero me han ordenado hacer la residencia en el Amador Guerrero y lo cumpliré, por lo tanto, le sugiero me permita llamar al Dr. Amadeo Vicente Mastellari, su jefe, pues él desea darle instrucciones». Sin decir una palabra más y sin pedirle permiso, tomé el teléfono de su escritorio y marqué el número del doctor Mastellari. Ante un silencioso doctor Jiménez me comuniqué con Mastellari y éste me pidió que pusiera al teléfono al Dr. Jiménez Sierra. No sé lo que le dijo, pero cambió el semblante del Dr. Jiménez quien, de inmediato, me invitó a que escogiera un cuarto en el tercer piso para que me instalara y comenzara mis labores como residente. Así lo hice, escogí el que me pareció el mejor cuarto y desde entonces no hubo más problemas con el director del hospital. Poco tiempo después, cambió el gobierno y el Dr. Jiménez Sierra se trasladó a los Estados Unidos. Lo último que supe de él fue que se especializó en neurocirugía.

Como dije, había visto a Lizca por vez primera muchos años atrás, en la entrada a los dormitorios de la Escuela de Marina, una tarde que llevé a Angela que estudiaba en esa escuela. Me impresionó a tal punto su belleza que ya no la pude olvidar. Angela supo de la pasión que despertó en mí su amiga y compañera, por tal razón, ni corta ni perezosa, abanicó nuestro romance. Durante mi ausencia del país, solía preguntar por ella en mis cartas y Angela se encargaba de mantenerme al corriente. A pesar de todos los años que pasaron, al verla de nuevo en Colón, me pareció que era la misma chica que me había embrujado de *niña*.

Me impresionó la gentileza con que me atendieron las amigas de Angela en aquellos días que precedieron a su matrimonio.

Cada vez que se celebraba un baile en el Club de Extranjeros se ofrecían para ir conmigo y Lizca (en aquellos tiempos los novios no salían solos). Estaban bien chaperoneadas. En verdad que quedé gratamente sorprendido de lo buenas amigas que eran estas muchachas colonenses, especialmente con Lizca, que era chiricana y no hacía mucho tiempo que mantenían la relación amistosa. Todavía más maravilloso fue cómo mantuvimos la amistad a través de los años hasta el presente. Todos sabemos lo difícil que es conservar una amistad, pero Lizca tiene un don mágico que la hace fácil de querer.

Después del matrimonio de Angela, doña María hizo lo posible para que Lizca no regresara a David. Logró que se quedara hasta el mes de febrero. Ya para entonces me di cuenta de que sería imposible vivir sin ella, por lo que le propuse matrimonio antes de que se fuera. Aceptó. ¡Bendito sea Dios! Escogimos fecha, se llevaría a cabo el mismo día del cumpleaños de doña Cheye: el 15 de agosto, en el año del Señor de 1940.

El amor había invadido mi corazón y ya no habría espacio para ninguna otra mujer.

LA BODA

En la madrugada del 14 de agosto de 1940, nos embarcamos en el carro de Valentín —él fue con Telva en otro carro—, acompañado de Vicente Rosanía y de Rogelio García, suegro de Valentín. En la ciudad de David, Valentín, haría las veces de mi padre, dándome en matrimonio a mi futura esposa y compañera de por vida, Lizca González Revilla Delgado.

El viaje por la carretera Interamericana, que en ese entonces estaba en plena construcción, fue toda una odisea. Varios pinchazos en las llantas de caucho sintético fue lo que nos causó las mayores molestias. He de anotar que lo más peligroso del viaje fue la falta de señales en los ríos sin puentes, lo cual constituía una verdadera amenaza contra la vida. Antes de llegar a David, Valentín estuvo a punto de desbarrancarse por uno de ellos. Paró justo a unas pulgadas del precipicio. Por supuesto, allí mismo dimos las

gracias al ángel de la guarda que nos acompañaba y que, sin duda alguna, nos protegió a todo lo largo de la travesía de Panamá a David. Al medio día nos encontrábamos en Santiago de Veraguas, y como decía Sancho Panza nos dispusimos a yantar en un mesón del pueblo. La comida no era como quien dice para un *gourmet*, pero yo comí con gran apetito, como siempre. Viéndome comer, Vicente le diría a Lizca después: «Félix no te dará ningún problema con la comida, te aseguro que come una ensalada de piedras si se la pones por delante».

Al atardecer llegamos a Las Lomas, muy cerca de David, donde nos esperaba Lizca con un grupo de amigas. Estaban preocupadas, pensando que algo nos habría ocurrido, ya que nos habíamos demorado más de la cuenta por el camino.

La familia de Lizca nos acogió con mucho cariño. Aunque no habíamos tenido relaciones sociales anteriormente —con excepción, naturalmente de doña Cheye—, enseguida me hicieron sentir como si hubiera pertenecido a la familia por mucho tiempo. Doña Cheye, con su calma acostumbrada, me decía: «Félix, eres como nuestro hijo, y ya que te quiero mucho, te advierto que te llevas a la más inútil de la familia...» Y agregó: «pero también te llevas la alegría de esta familia». Con los años, me permito replicar a doña Cheye que se equivocó rotundamente: mi querida Lizca supo llevar muy bien el peso y responsabilidad de la familia. En lo que sí acertó fue en lo de la alegría.

Alejo me había preparado un cuarto para pasar la noche antes de la boda. Fue una experiencia muy agradable. Aquella fugaz convivencia hizo de Alejo uno de los amigos más allegados a nosotros. Allí conocí a Valeria, una empleadita muy graciosa y pizpireta, que más adelante tuvo una aventura con el padre que me casó. Me refiero al padrecito español Matías, quien veía desde la ventana de la casa cural el cuarto de la bien dotada Valeria. Bueno, y sucedió lo que tenía que suceder: un buen día desaparecieron los dos y se casaron.

Vuelvo con mi boda. Al día siguiente de mi llegada, me dediqué a conocer a las amistades de la familia González Revilla y también a visitar parte de la ciudad que no conocía. Me gustaron las calles bien trazadas, según me contaron, habían sido diseñadas por un ingeniero francés.

La ceremonia civil de nuestro matrimonio, se llevó a cabo en la residencia de doña Cheye, presidida por el juez Granados y apadrinada por don Aníbal Ríos, uno de los mejores amigos del Dr. Manuel González Revilla. Era don Aníbal un hombre alto y corpulento, de aspecto serio pero de hablar risueño. Al poco tiempo de llegar a David, don Aníbal se había convertido en uno de los patriarcas del pueblo. Le divertía contar las graciosas aventuras en compañía del doctor González Revilla y, aunque eran muy cómicas, las relataba en forma muy seria y circunspecta. Nos contó que festejando el 14 de julio, día de Francia, vestidos de frac y brindando muy generosamente con champaña, les dio por montar caballos y colear toros ante los aplausos de un público entusiasta.

La familia Ríos era muy estimada en los círculos sociales de David y respetada en el campo político nacional, ya que sus miembros habían ocupado puestos de relevancia en la diplomacia y en el Ministerio de Educación del país. Fue don Aníbal quien autenticó con su firma mi diploma del Instituto Nacional que me sirvió para entrar a la Universidad de Roma. Así es Panamá, de alguna u otra forma, todos sus ciudadanos estamos relacionados. don Aníbal se casó con doña Elida Pacheco –a quien, muchos años después, me tocó operar de una fractura de cadera, estando la señora en edad avanzada–. Era interesante ver como esta familia manejaba sus relaciones sociales y comerciales. La esposa de don Aníbal, que era prima de mi querida suegra Cheye, estaba al frente de un almacén de telas. Sus relaciones con los clientes eran muy peculiares. Ella lo dirigía todo sentada en una silla mecedora. La ayudaba una empleada, que despachaba los pedidos. Decía, por ejemplo: «la niña Emma dice que le mande una yarda de zaraza de la misma que le vendió hace una semana, porque la que se llevó no le alcanzó para el vestido de su nieta». Doña María desde la mecedora, ordenaba: «Anda, niña, búscale esa tela que pide, está en la segunda tablilla de la derecha, córtale las dos yardas que yo sabía que le iban a faltar, ya se lo había dicho, pero no me hizo caso». Conocía a sus clientas y sus gustos, así como también la posición

exacta de la mercancía. Pero lo más interesante de todo era la conversación con las visitas, con ellas comentaba todo lo sucedido, lo que sucedía y lo que estaba por suceder en el pueblo. Cuando decía la visita: «ya me voy, porque van a ser las doce». Doña María preguntaba: «¿y como tú sabes que son las doce, si no tienes reloj?» «Pues mira, respondía la visita, hace un ratico que pasó Fulano a tomar su aperitivo en la cantina de Mengano, y tú sabes que él es más exacto que un reloj para esas cosas. Además, hace un ratito vi pasar a Sutano que siempre pasa antes de las doce a visitar a la querida antes de llegar a su casa». Y así, todo era conocido, analizado y comentado. No me extrañaría para nada que cuando yo llegué, dijeran: «¿Sabes que viene un doctorcito Stanziola de Panamá para llevarse a Lizca? Cheyita debe estar rezando para que le salga bien el muchacho, mira que los hombres están perdidos hoy día».

La Familia González Revilla era muy considerada en David igual que en el resto del país. El Dr. Manuel González Revilla, desde el comienzo de la República, se agitó en la política llegando a ser diputado en la Asamblea. La mayor parte de las reuniones políticas se efectuaban en su casa. Su agitación en la política tenía su precio. En cierta ocasión tuvo que refugiarse como político en exilio en la hermana República de Costa Rica. Alejo también intervino en política, llegando a ser gobernador de la provincia de Chiriquí durante los años cuarenta; más tarde, fue diputado de la Asamblea. Carlos y Ramón eran políticos pero se dedicaron con más empeño al comercio y a las industrias. Desde ese tiempo poseían la farmacia más importante de David —que aún perdura—, y las Empresas Eléctricas que daban el servicio de luz y teléfonos a la ciudad de David.

A la muerte de “Papa Doctor”, como llamaban cariñosamente a don Manuel, Carlos y Ramón tomaron las riendas de la familia. Caballeros a carta cabal, los Gonzáles Revilla eran considerados como los comerciantes y políticos más representativos de la sociedad chiricana. Desde su farmacia, situada en una esquina conocida como Punta Mala, frente al parque Cervantes, se comentaban todas las noticias de importancia, tanto de la

provincia chiricana, como de la República de Panamá. Los asistentes más asiduos a los interesantes conciliábulos eran llamados «Los Caballeros del Barú».

Las hermanas mayores de Lizca: Mercedes y Mela, habían estudiado en Bélgica y estaban casadas con Juan Arias y Gustavo Ortega, respectivamente; las más jóvenes: María Luisa con Aristides Romero, y María Enriqueta con el Dr. Ernesto Pérez Balladares. Tuve la suerte de que toda la familia siempre me tuvo un cariño especial, y establecimos lazos indisolubles desde el principio de nuestras relaciones. Por eso, en cuanto pude, después de construir mi casa en Colón y luego la de Panamá, invité a doña Cheye y a la hermana menor de Lizca, Marcela, a nuestra casa, donde nos acompañaron por largas temporadas. Doña Cheye se había convertido por la magia del cariño en aquella madre que yo no pude gozar.

Espero me perdonen el rodeo que he dado, cuando lo que quiero es hablar de mi boda, pero todo forma un solo paquete. Recíbanlo como parte de la historia familiar.

Mi matrimonio se llevó a cabo en la Catedral de David, bajo una lluvia torrencial y un calor sofocante. Hubo necesidad de esperar en la iglesia, ya que el aguacero impedía la llegada de la novia, y eso que sólo se encontraba a una cuadra de distancia, en la otra esquina de la calle.

El padre Matías se sofocaba en sus elegantes hábitos, el sudor le corría por la muñeca izquierda con un leve tinte de color verde; seguramente porque el pulso de su reloj era de cobre. Al fin pudo llegar la novia poniendo fin al nerviosismo de todos, sobre todo el mío.

Terminada la ceremonia religiosa, la multitud de invitados se dirigió al Club David donde sería la fiesta. La nuestra no fue una fiesta común; en verdad, revistió un esplendor único, tal como lo habían dispuesto los González Revilla. La generosidad de la familia de mi esposa alcanzó a Valentín y a todos mis invitados, que se sorprendieron gratamente cuando nadie les quiso cobrar en ningún sitio, ni en el hotel, ni en los restaurantes, ya que había una orden que no se cobrara nada a los invitados del novio en

ninguna parte.

El Club David se llenó hasta la coronilla a pesar del fuerte aguacero que continuaba azotando la ciudad. Lizca y yo habíamos dispuesto pasar la luna de miel en Boquete, lugar que yo no conocía, pero del cual tenía lindas noticias. Se llegaba a ese paradisíaco lugar en un *scooter*, ya que no había carretera. El regalo de bodas del ingeniero Virgilio Patiño, fue tener pasaje gratis a Boquete por un año.

Permanecimos en la fiesta por largo rato, la diversión era grande, pero teníamos ansias de estar solos. En un momento dado, sin que muchos se dieran cuenta, nos dispusimos a viajar a nuestro hotel en Boquete. Detrás del *scooter* se había escondido Ramón, pero lo descubrimos, entonces nos dijo: «traía dos botellas de champaña, una para brindar con ustedes en el hotel, y otra para que la guarden como un recuerdo y la destapen en el 25avo. aniversario de bodas, pero ya que me descubrieron, será mejor que se lleven ustedes la champaña y yo me regrese a seguir festejando en el club».

Ramón desapareció y nosotros partimos a Boquete, donde exprimiríamos la alegría del sol y donde derramaríamos mucha miel sobre las lunas. Esos fueron, para que lo sepan todos en mi familia, los días más felices de mi vida. Jamás me cansaré de repetirlo.

Nunca pudimos celebrar nuestra boda de plata con la botella de champaña que nos regaló Ramón, porque se avinagró. Pero su sola presencia valió para que recordáramos los momentos felices que pasamos aquel día.

Cuando llegamos a Boquete reinaba una oscuridad absoluta. Aunque no conocía el lugar, de alguna forma llegamos al hotel, donde nos esperaba la Familia Wright.

Aproveché los días que me quedaban de vacaciones para explorar lo más que pudiera de Boquete. Me impresionó su vegetación, y aunque no pude ver la fauna, uno de los huéspedes del hotel que se dedicaba al estudio del quetzal boqueteño, miembro del *staff* de la revista *The National Geographic Magazine* —que dicho sea de paso, tengo la valiosa colección

desde hace más de 40 años—, me habló con mucho conocimiento de la gran cantidad de pájaros que tiene nuestro Istmo, a tal punto que los expertos en la materia vienen a Panamá para hacer estudios y clasificar sus ejemplares. Ultimamente se publicó una obra titulada, *Guía de las Aves de Panamá*, que incluía las aves de Costa Rica, Nicaragua y Honduras, sus autores son Robert S. Ridgely y John A. Gwayne, y me deleité hojeándola.

Boquete me pareció ideal para una casa de campo, y con el entusiasmo propio del novato compré un lote de terreno a Ramón, por B/600.00, el mismo precio que él había pagado a la familia Sitton. En poco tiempo me di cuenta de que las casas de campo son para aquellos que viven cerca del lugar, no para nosotros, a quienes nos sería muy difícil hacer el viaje. El apartamento que alquilamos a doña María en la planta baja de su residencia, nuestro primer nido de amor fue acogedor y contaba con todo lo necesario para vivir cómodamente. Vicente Rosanía, hermano de Angela, que estaba al tanto de todo, me dijo: «aquí podrás cumplir con tu sueño de llenarte de hijos». Por supuesto que él lo decía porque conocía mi idiosincrasia de italiano y la mística especial que tenemos por la familia.

Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a la ciudad y la sociedad de Colón, que me ofrecieron todo lo que un joven profesional puede desear. Nos dieron la confianza que necesitábamos. Nos aceptaron, a Lizca y a mí en su elegante sociedad, en su mayoría formada por extranjeros que habían hecho de Panamá su segunda patria; allí teníamos una familia honorable y respetada por todos: la de Doña María, Angela y Vicente; y la consideración—que me fui ganando palmo a palmo— por mi profesión. Tan pronto como pude, instalé mi consultorio en un local del hotel Carlton, perteneciente a la familia Ender y, casi de inmediato, se inauguró a mi lado la farmacia con el mismo nombre del hotel.

Al poco tiempo de instalar mi clínica se desató en la ciudad de Colón un incendio devastador que arrasó con la mayor parte de la ciudad. El fuego llegó muy cerca de mi clínica, pero el Señor—y los bomberos— no le permitieron tocarla. La ciudad quedó arrasada

pero, como dicen los colonenses, Colón es como el Ave Fénix que siempre resurge de las cenizas. Y así fue. Casi de inmediato, tras el incendio, una fiebre de construcción se apoderó de todo el mundo. Las viejas casuchas de madera que habían sido devoradas por las llamas, fueron reemplazadas por modernos edificios de concreto. La economía colonense subió como un globo, y, paradójicamente, al arrear la Segunda Guerra Mundial aumentarían descomunalmente los ingresos de la ciudad ya que circulaban diariamente millones de dólares para el mantenimiento de los miles de soldados norteamericanos acantonados en los diferentes fuertes que se construyeron en la zona canalera del Atlántico. Irónicamente la guerra había resultado un atractivo para los inversionistas de todas partes y la ciudad de Colón creció. Asombrosa, aunque no envidiable, la proliferación de los cabarets; algunos de los cuales eran realmente espectaculares. Sus atracciones podían competir con las de cualquier capital del mundo; semanalmente se rotaban artistas del extranjero, especialmente de Cuba y los Estados Unidos. No era extraño ver espectáculos de primera categoría que se representaban en Nueva York, La Habana o Buenos Aires. Por supuesto, esto atrajo a muchos turistas. Los almacenes se multiplicaron al igual que los servicios, pero el negocio mayor quedó en las barras de las cantinas, las camas de los burdeles y las mesas de los cabarets, repletas por los soldados y marinos norteamericanos.

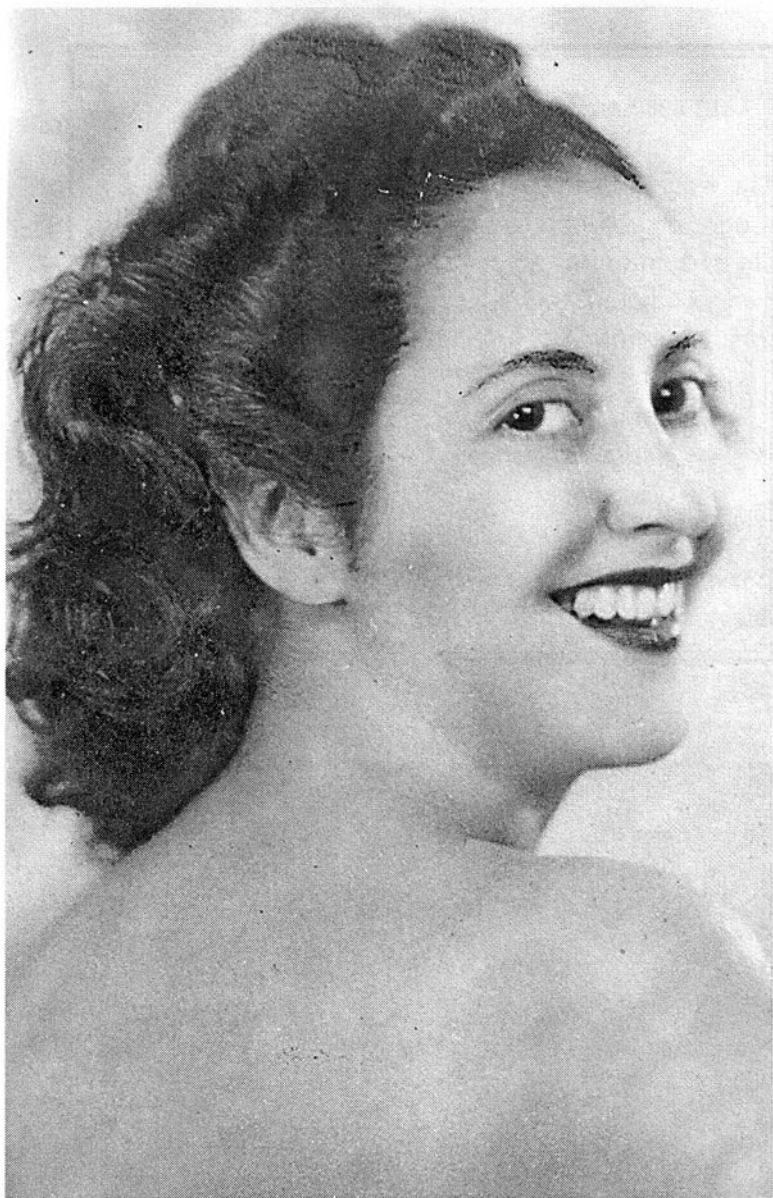
Yo tenía un sueldo y necesitábamos ajustarnos a un presupuesto. Creo que lo hicimos bien porque, tras un par de años de ahorros y de austeridad, teníamos los fondos suficientes para comenzar a construir nuestra casa propia en Calle 11, muy cerca del hospital Amador Guerrero. Fue una residencia de dos pisos, donde mi familia tendría todas las comodidades, y las visitas podrían ser atendidas adecuadamente. Allí fue donde tuvimos el placer de tener a Doña Cheye y a Marcela como huéspedes, pasando largas temporadas con nosotros.

En la planta baja construí mi clínica con todo el equipo necesario para la buena atención de mis pacientes. Tenía además un pequeño

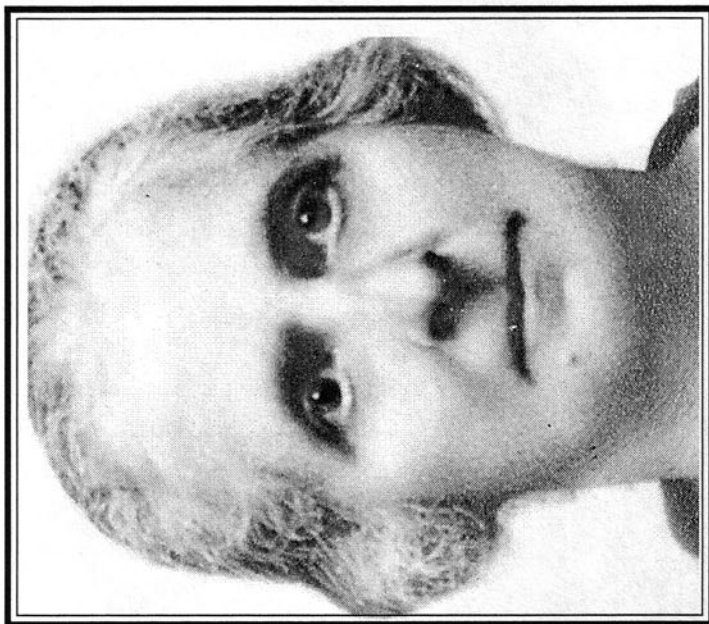
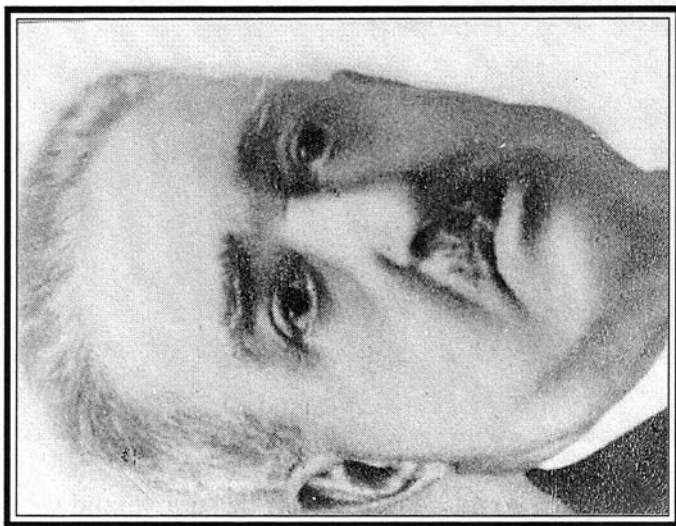
apartamento que alquilé a un italiano de nombre Antigio Perosa, que fue el mismo que talló artísticamente todos los muebles de mi oficina y de nuestro comedor. Una verdadera obra de arte, que espero sea conservada como un recuerdo de familia, ya que personalmente tallé las caras de dos viejos en los sillones que sirven de cabeceras al comedor.

Durante el período de permanencia en Colón nacieron mis dos hijas, Marianela y Liz, que estudiaron en un *kindergarten* administrado por norteamericanas y luego, como dije anteriormente, en el colegio de Saint Mary's, regentado por monjas Franciscanas, a las que estaremos eternamente agradecidos por la magnífica labor de educación y buenos modales que les inculcaron a sus estudiantes. De feliz recordación para toda la familia es la Madre Pastora, ejemplo de abnegación para todas las maestras de escuela.

Con los hijos, el amor en la casa se multiplica, o mejor dicho se eleva a la enésima potencia. Pero eso es asunto de otro capítulo.



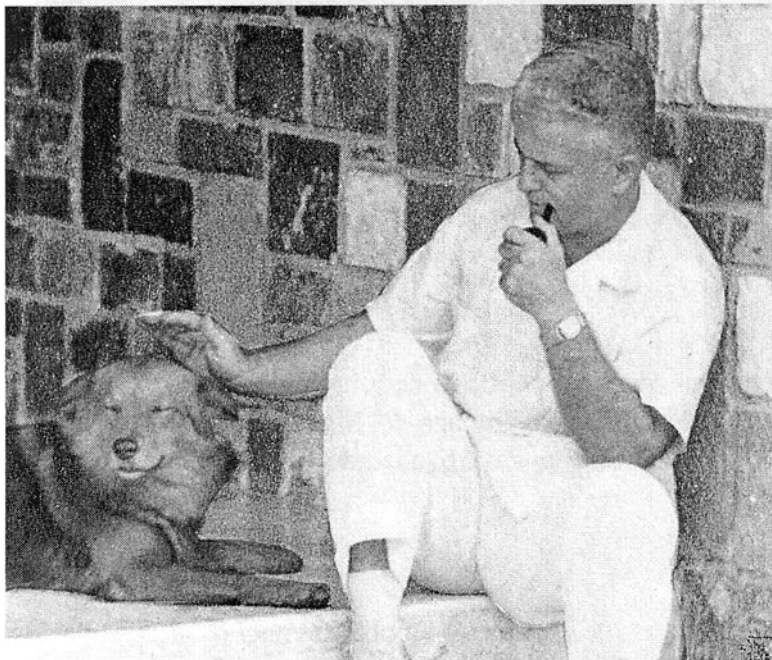
Mi amada Lizca en todo el esplendor de su juventud y
belleza



Mis queridos suegros, el doctor Manuel González Revilla y Doña Mercedes Delgado J. G. R.,
mejor recordada como doña Cheye

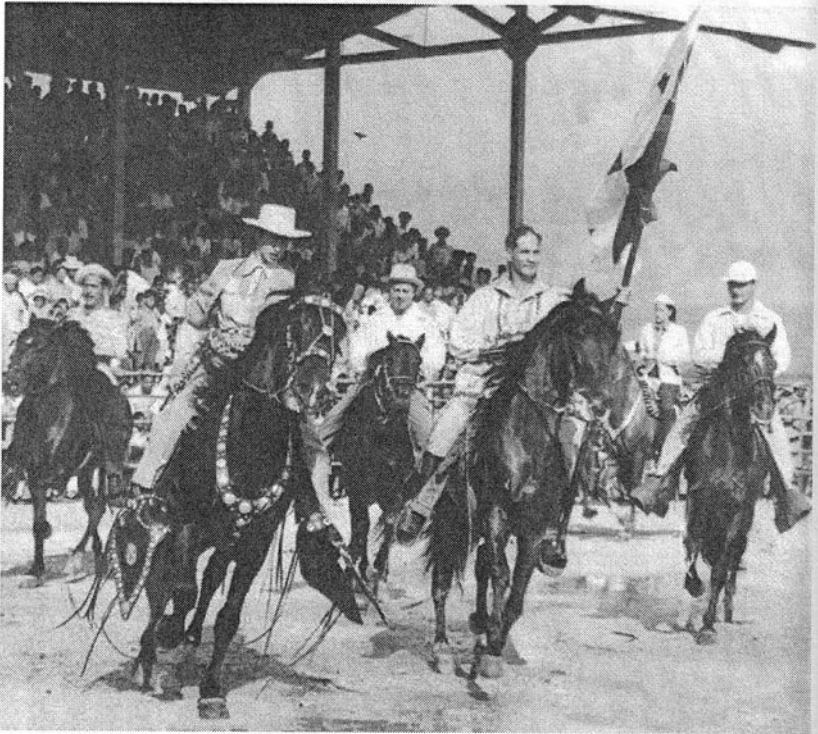


Esta casa fue nuestra residencia y, al mismo tiempo, mi clínica en la Ciudad de Colón en el año de 1948. La dejamos llena de amables recuerdos.



Tan pensativo está mi cachorro como yo.

Festividades del 5 de noviembre de 1951 en Colón



Lizca ganadora del concurso de caballos de paso, cabalgando al famoso caballo Relámpago del Mayor Alfredo Alemán, en la cabalgata del Abanderado Alberto Motta.



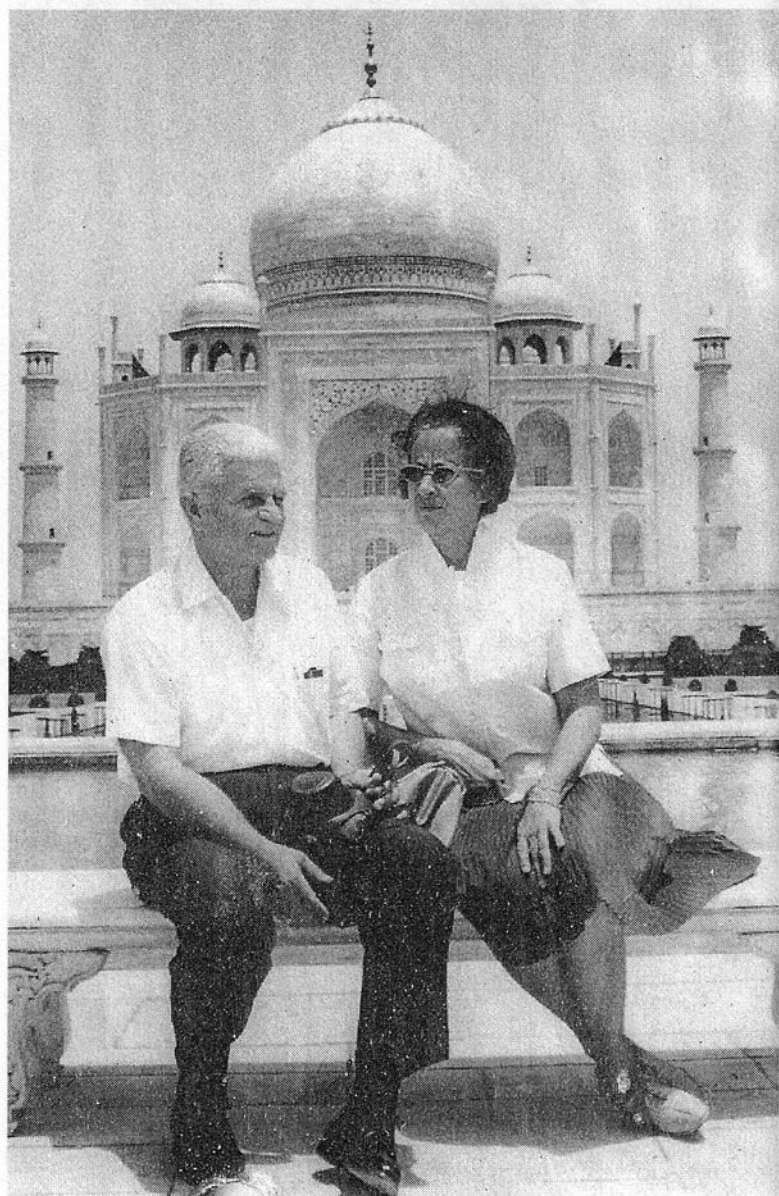
Un recuerdo de Carnaval



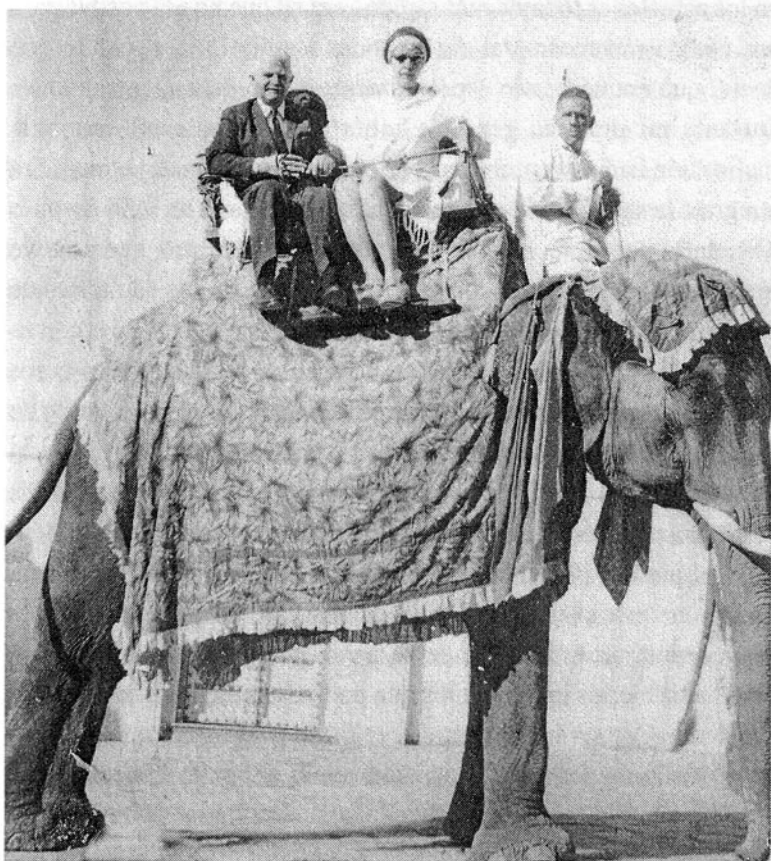
Con nuestro amor no teníamos que ir a Hong Kong para ser reyes...



Llegada a Hong Kong, en otra etapa de aquel maravilloso viaje alrededor del mundo.



Frente al Taj Mahal. El nuestro también sería un amor eterno



Estábamos en Fuerte Rojo, en Amber, la India. ¿Saben qué le dije a Lizca ese 11 de mayo cuando nos trepamos encima del animal? Pues, que mi amor era más grande y poderoso que este medio de transporte.

VIII

Nueva Orleans

Los avances de la medicina en mis años del Amador Guerrero —y en los actuales es todavía más rápido— era tal que no era posible para un médico mantenerse al día en todas las disciplinas, por lo que decidí que era necesario especializarse en una de las tantas ramas. Durante mi práctica general, había desarrollado una marcada inclinación hacia los problemas ortopédicos y traumatológicos. Era tan grata la satisfacción que sentía al ver caminar a un niño después de tratarlo por algún defecto físico o por una fractura, que no tuve más dudas: sería la ortopedia mi especialidad. En los adultos es de suma importancia la atención rápida a los traumatizados pues corren peligro de perder la vida si no se hace adecuadamente. Los casos tratados me impulsaban a ir perfeccionándome en el tratamiento de estas dolencias. Recuerdo el caso de un paciente que llegó al cuarto de urgencia del Amador Guerrero convulsionando por un trauma craneano, causado al caer de un techo. El examen reveló hundimiento en el parietal derecho, lo que produjo una compresión craneana que era necesario aliviar de urgencia. En ese entonces no contábamos con instrumental quirúrgico especial para una cirugía craneana, pero había ciertos instrumentos que podían ayudarnos a enfrentar el problema. Con un levantador de periósteo y un osteotomo abrimos un pequeño agujero por donde se evacuó el hematoma que hacía presión sobre la masa encefálica, lo cual eliminó las convulsiones. Luego levantamos la parte hundida del cráneo y pudimos en esa forma mantener la función cerebral en estado satisfactorio. Verá usted que el tiempo hizo el resto. Como éste, fueron muchos los casos que me alentaron a especializarme para no caer en tratamientos improvisados que pueden poner la vida del paciente en peligro.

El 31 de marzo de 1952, después de haber atendido un parto en el Amador Guerrero, tiré los guantes con fuerzas al cielo raso y exclamé: «¡Este ha sido mi último parto! La enfermera que me asistía, asombrada y un poco alarmada me preguntó: «¿Qué dijo

usted, doctor?» «Dije que de hoy en adelante me dedicaré a la ortopedia y traumatología solamente».

Tenía 40 años de edad, una esposa y dos hijas, pero estaba decidido. Después de 12 años de trabajar en el Amador Guerrero, acepté entrar de residente en la especialidad de ortopedia y traumatología en el *Charity Hospital* de Nueva Orleans. Volvería humildemente a recibir órdenes de un Jefe de un Servicio, pero bien valía la pena.

En verdad que puedo incluir mi especialización en ortopedia y traumatología como una curiosidad entre mis anécdotas médicas.

¿Por qué? Pues porque ya tenía empezada –y ganada– una excelente experiencia como médico general. Era mucho lo que había aprendido en el hospital Santo Tomás, de la ciudad de Panamá, y en el Centro Amador Guerrero, de Colón. Además, estaba casado, con dos hijas y una extensa clientela. Era casi un riesgo irme por un par de años a los Estados Unidos para lograr una especialización. Pero ya lo había decidido, el tenaz espíritu de mi padre se había apoderado de mí y ya no daría un paso atrás.

En esos días había recibido, como dije anteriormente, una invitación de la clínica Oschner para una residencia en ortopedia y traumatología. Pero pensé que lo más sensato era ir a Nueva Orleans solo, ya que sería imprudente movilizar a toda la familia sin estar seguro de lo que haría.

En Nueva Orleans me atendió Arturo Alvarado que me había reservado un cuarto en una pensión en donde se alojaba el señor Ruiz, vecino de nosotros en la finca de Monte Oscuro. Como dato curioso anoto que un hijo del señor Ruiz, fue mi vecino en la Urbanización Obarrio.

Para la entrevista en la clínica Oschner, me recibió el Dr. Jack Wickstrom. Tenía todos mis datos en su escritorio. Muy cordialmente me dijo: «Usted. es una persona de cierta edad. Tiene que ser muy bueno o muy mediocre para tomar esta decisión que parece un poco tardía». Me sorprendió su confianza al hablarme de esa forma y le contesté así mismo: «Tiene mucha razón, Doctor Wickstrom, pero resulta que he llegado a la conclusión de que si no domino una especialidad, no serviré en el futuro para nada».

Sonrió y me contestó: «Entonces no tengo ninguna duda de que es usted el hombre para el *Charity* y no para la Oschner, en donde sólo lo dejarán asistir a los otros y no hacer nada por usted mismo. Le aconsejo aceptar la residencia del *Charity*. Pero tendrá que someterse a dos semanas de prueba antes de ser aceptado». Así lo hice.

A las dos semanas tras haber pasado varios días de 24 horas de turno, el Doctor Wickstrom me llamó para que lo ayudara a operar una cadera. Después de 30 minutos de haber comenzado la operación el doctor fue llamado de urgencia a su oficina, y sin más ni más, me dijo: «Continúe usted, que ya regreso». Por suerte ya había asistido a varias de estas operaciones durante el período de dos semanas de prueba. Le dije al asistente: «*Okey*, creo que debemos terminar porque el Dr. Wickstrom no regresará». Cuando ya terminábamos, me sorprendió oír la voz de Wickstrom a mis espaldas. Aparentemente, había estado observando cómo operaba. En tono muy serio, me dijo: «Cuando termine quiero verlo en mi oficina». Así lo hice. Para mi sorpresa, me reclamó porque no le había informado de mi experiencia quirúrgica, según él, no era posible que un novato operase de esa forma. «Lo acepto como residente de segundo año con privilegios quirúrgicos, pero tiene que firmar por dos años de residencia». «Lo pensaré, le contesté, porque mantener a mi familia aquí me cuesta más de mil dólares al mes y yo sólo gano cincuenta dólares». «Ya veremos que haremos a ese respecto, dijo, por ahora firme por los dos años». Cerré los ojos y firmé.

¿Por qué me querría por dos años? Fue algo que no supe hasta mucho después. Estados Unidos se había involucrado en una guerra en Corea, y allí necesitaban médicos adiestrados y no había tiempo suficiente para que se adiestraran en una residencia; por lo tanto se necesitaban doctores como yo, que, por no ser norteamericano no me enviarían a los campos de batalla y podría adiestrar a los residentes y permanecer en mi puesto por lo menos dos años.

No me arrepiento, fue una experiencia única. Entrenaba con médicos militares de diferentes rangos, que eran muy buenos como profesionales y como personas. De feliz recordación fue el capitán

Fred Good, que se especializaba en cirugía de la mano. Teníamos al Dr. Riordan, famoso por haberse especializado en *Valley Forge* con el profesor Sterling Bunnell, Riordan era todo un profesor. Me llevaba como asistente a operar las manos de los leprosos en el famoso leprosorio de Carville. «Félix, *you don't worry*, me decía, con lo que verás allí. Me informó que el señor que nos servía la comida y todos los empleados del centro hospitalario eran leprosos rehabilitados, muchos de ellos operados por él. «*Don't worry*, me repetía, si te contagias con la lepra, tendrás todavía veinte años de vida por delante». Pienso que el tiempo es una ilusión cuando recuerdo que me decía esto hace cuarenta y tres años.

La lepra parece haber desaparecido, al menos en el sector del mundo que llamamos Occidental.

Riordan trabajaba con el Dr. Rufus Aldrege, uno de los destacados ortopedas que tenía a su cargo todos los casos de amputaciones, durante la Segunda Guerra Mundial. Se necesitaba su permiso para poder llevar a cabo cualquier amputación. Con esta rígida supervisión se evitaron muchas mutilaciones innecesarias. Él fue el precursor del uso de los clavos intramedulares en los Estados Unidos. Nos contaba que muchos de los aviadores alemanes, prisioneros de guerra, decían haber sido operados de fracturas del fémur apenas unas semanas antes de su captura. Al examinarlos se sorprendieron cuando las radiografías mostraron clavos intramedulares usados por los ortopedas alemanes en estos pacientes. Estudiaron a fondo estos casos y se dieron cuenta de que la mayoría de los rechazos de los clavos se debía al tipo de metal usado. La técnica de los ortopedas alemanes se mejoró en los Estados Unidos y también el uso de metales adecuados. Nos decía el viejo Rufus: «Después de todo, nosotros llegamos a usar alambres de las pacas de alfalfa en las reducciones abiertas para mantener los fragmentos de las fracturas y nos daba buenos resultados».

La Dra. Mary Sherman, patóloga ósea, reconocida entre las mejores en los Estados Unidos, hizo una revisión de los casos atendidos en el *Charity*, y alarmados pudimos comprobar que un

alto porcentaje de amputaciones por lesiones malignas óseas se llevaron a cabo por un diagnóstico equivocado.

Aprendí algo de patología ósea, ya que por alguna razón la Dra. Sherman se esmeró para que yo aprendiera lo más que pudiera, probablemente pensaba que en Panamá difícilmente alguien se especializaría en esta rama de la patología. Creo que sus esfuerzos dieron resultados, ya que los casos que he diagnosticado en los que el paciente se ha salvado, han sido por las enseñanzas de la Dra. Sherman.

Meses antes del nacimiento de Félix Antonio en 1958, tuvimos la dicha de tener en Panamá a la Dra. Sherman en nuestra casa por unos días. Viajaba rumbo a Cali, Colombia, a dar unas conferencias sobre patología ósea en la Universidad del Valle, afiliada a la Universidad de Tulane. De regreso a Nueva Orleans al llegar al Aeropuerto de Tocumen me llamó y fui a buscarla. En el camino le ofrecí hospedaje en mi casa, y ella aceptó.

Nuestras relaciones en el *Charity* habían sido estrictamente las de un alumno y su profesor. Había respeto mutuo. Ella era una persona de sencillez única, para entonces había dejado de ser la que conocí como autoridad en su materia y profesora a quien los estudiantes temían por estricta. Todos los ortopedas tenían que pasar por el tamiz de su examen en el *Board* de ortopedia para poder ejercer la profesión. Por alguna razón ella me tomó especial aprecio. En varias ocasiones, se refirió a mí como el que más aprovechaba sus enseñanzas. En México por ejemplo, en un congreso, conocí al profesor Farril de fama internacional, y me dijo: «He oído hablar muy bien de usted a la Dra. Sherman». Sin duda era halagador que esta doctora se expresara así de mí. Sin embargo nunca dejó de ser severa en sus enseñanzas. En cierta ocasión se dio cuenta que tomaba notas en una libreta y me dijo: «*Félix you shouldn't take notes, you should have all that in your head, by now*» .

Mientras estuvo en mi casa hizo amistad con Lizca, a leguas se notaba que le faltaba el calor de familia que siempre ha reinado en mi hogar. Es decir se sentía sola a pesar de toda su fama. Antes de

irse me dijo: «Félix, nunca te perdonaré que no me presentaras a tu familia en Nueva Orleans». «Doctora Sherman, le contesté, los latinos somos muy respetuosos de las categorías profesionales y usted era mi profesora, estaba en un nivel más alto, pero le aseguro que siempre le estaré agradecido por las amabilidades que tuvo conmigo».

Años después me enteré de que la Dra. Sherman tuvo un trágico fin. Fue brutalmente asesinada y quemada en su propia cama. La verdad de los hechos nunca se llegó a esclarecer. La versión más aceptada es que el asesino fue uno de sus discípulos, posiblemente por haberlo fracasado en el *Board* de ortopedia. Que Dios la tenga en la gloria.

Otros de nuestros buenos amigos por aquellos lares, fue la pareja formada por Dr. Allen Stander y su bella señora Helen, radicados en *Baton Rouge*.

Entre los inolvidables amigos de New Orleans se encuentra la pareja formada por los doctores Bob Hutchison y su esposa Luisa. De vez en cuando, como vivían en el mismo edificio, nos reuníamos para cenar juntos. Bob conocía a Arturo Alvarado, y aparentemente tenía muy buena opinión de mi trabajo, porque le dijo a Arturo en cierta ocasión: «El mejor residente de ortopedia es un panameño». Cuando Arturo le preguntó: «¿Quién?» Respondió: «Félix Stanziola, *who else*».

Ojalá me perdonen esta falta de modestia.

No podría dejar por fuera a Charles Smith de Texarcana, a quien los compañeros apodaban Tex, era un risueño gigantón de 6 pies y otras tantas pulgadas de alto. Fue jefe de residentes en mi último año. Trabajábamos 24 horas y los pocos ratos de descanso eran los que se colaban entre operaciones. A veces se quedaba dormido en la camilla y me costaba trabajo despertarlo. Aprendí todos los trucos que se deben conocer en la traumatología. Según sus compañeros, Tex nunca abrió un libro de medicina, ya que tenía memoria de elefante. Si el mundo cree que la caligrafía de los doctores es ininteligible, me gustaría que hubiesen visto algo escrito por Tex. A mi que soy capaz de leer un jeroglífico, me costaba trabajo descifrar sus notas en las cuadrículas.

Lizca y Charlotte, la esposa de Charles, se hicieron muy buenas amigas.

El gigante Tex sobrevivió a la muerte de su querida Charlotte, quien hizo el viaje a lo desconocido de manera súbita por un ataque cardíaco. Esa es tal vez la muerte más deseada.



Este es mi homenaje al Profesor Rudolph Matas, de origen portugués, quien introdujo la anestesia raquídea en la Escuela de Medicina de Tulane.

IX

Enseñar lo aprendido

(1954 - 1976)

Al regresar a Panamá en 1954, con mi especialización en ortopedia y traumatología, comencé a trabajar en el hospital Santo Tomás. Para mi sorpresa, los estudiantes de ortopedia de la Escuela de Medicina asistían a las clínicas y cuarto de urgencia de nuestro hospital, pero no tenían profesor que les enseñara, ya que el Dr. Luis Domingo Alfaro –el único ortopeda por esos lares–, no pertenecía al *staff* de profesores y para colmo no mantenía relaciones amistosas con el Jefe de Servicio, el Dr. Lisandro López, todo lo cual me favoreció, ya que ambos declinaron en mi persona el honor de impartir las clases.

Ya había enseñado a las enfermeras del hospital Santo Tomás, en la cátedra de Biología. Con autorización del Departamento de Ortopedia y Traumatología de la Universidad de Tulane, incluí su plan de estudio en nuestra Escuela de Medicina.

Con la fundación de la Escuela de Medicina, la Universidad Nacional llenó una de las necesidades más apremiantes de nuestra comunidad. La formación de un médico es sumamente onerosa para la familia, especialmente para las de escasos recursos económico, pero también es un esfuerzo que vale la pena si el estudiante lo justifica. Antes de tener nuestra Escuela de Medicina, los muchachos tenían que viajar a países donde la enseñanza no siempre estaba a la altura de lo que un país debe aspirar.

Considero que fue precisamente este problema el que indujo a la Universidad de Panamá a tener el cuidado de nombrar personas perfectamente idóneas para formar un cuerpo de profesores digno y de sólida preparación académica, que se encargaría de la preparación de los futuros médicos panameños. Lo más importante fue nombrar a un decano con méritos reconocidos. Y, curiosamente, no fue un médico quien llenó esta vacante el primer año. El honor de este nombramiento recayó sobre mi muy apreciado

profesor de biología del Instituto Nacional, don Alejandro Méndez Pereira, quien ya había ejercido como profesor de Estado en la Universidad de Chile.

En 1954, apliqué a la cátedra de ortopedia y traumatología de la Escuela de Medicina de la Universidad de Panamá. Envié mis créditos y una carta de recomendación del departamento de ortopedia y traumatología de la universidad de Tulane que incluía la experiencia que había adquirido adiestrando estudiantes y médicos residentes en el *Charity Hospital* de Nueva Orleans durante dos años.

Cuando apliqué en 1954, la cátedra me fue adjudicada por concurso. Alterné el ejercicio de la medicina con la sagrada labor de la enseñanza hasta que me jubilé de la Universidad en 1976. Unos de mis mejores colaboradores, el Dr. Arturo Saldaña, quedó encargado de la cátedra. Durante mi profesorado, tuve la maravillosa oportunidad de dar clases a mi propio hijo Félix Antonio a quien, dicho sea de paso, me tocó entregar su diploma de médico. Esto se ha convertido en una hermosa tradición en la Escuela de Medicina de Panamá, pues ha sido dicha de varios de mis colegas hacer lo mismo con sus hijos.

El plan de estudios de ortopedia era sumamente práctico, ya que se hacía por años en un departamento con gran cantidad de material clínico, igual que en el *Charity Hospital*. Tenía en los primeros años a los estudiantes que venían al Hospital Santo Tomás, donde contábamos con una gran cantidad de casos que podíamos estudiar con toda confianza y repartir entre todos los asistentes. Dividí los estudiantes en varios grupos, y les asigné los diversos pacientes del cuarto de urgencia, donde debían permanecer como pegados con goma al residente de turno, de manera que dieran seguimiento a los enfermos desde su ingreso hasta su salida del hospital. Así se darían cuenta de cómo manejar los casos. Lo más importante de este método –y yo me encargaba de hacer hincapié en esto– era que el estudiante se percatara de que una equivocación en el tratamiento podía traer consecuencias irreparables.

Una vez a la semana, presentaban los estudiantes sus casos y eran

discutidos por ellos mismos. Es decir se hacía a cada uno responsable como si fueran internos o residentes.

Debo contar una anécdota al respecto. Cuando nos visitó Wickstrom, le hice una de estas presentaciones de casos con los estudiantes de medicina. «Félix, me dijo, ¿no te parece que le estás dando demasiada importancia a los estudiantes?» A lo que yo le respondí: «Doctor, estos estudiantes son los médicos de mañana, y la mayoría de ellos irán al interior donde no hay especialistas». «Ahhhh», fue lo único que contestó.

Muchos de estos estudiantes, fueron más tarde mis mejores colaboradores, ya que ellos me enviaban del interior a los niños con defectos congénitos y, por supuesto, antes se encargaban de reducir sus fracturas, ya que, afortunadamente, habían sido preparados y entrenados para enfrentar todo tipo de patología que vieron durante su período de estudiantes. En años posteriores conseguí que se incluyera en nuestros cursos la práctica médica en los hospitales Gorgas, del Niño y del Seguro Social, sobre todo en la docencia de ortopedia y traumatología. Me siento orgulloso de muchos de mis alumnos, sobre todo del doctor Saldaña y de mi propio hijo Félix. Es también motivo de orgullo y de sentimiento patrio el haber contribuido con mi gotita de saber en la carrera de tantos médicos.

No pasaré por alto una anécdota que me sucedió en 1959.

Fue la tarde de un caluroso día del mes de abril, cuando me encontraba en la sala de cirugía terminando de arreglar una séptima costilla y de pronto se abrió la puerta de la sala y apareció la cara del doctor Elías Córdoba haciéndome señas. Le hice señas a mi vez de que esperara porque ya sólo me faltaba coger un punto más. Cumplida mi operación me acerqué y lo invité a entrar. Había llegado acompañado de un militar en traje de fatiga con un dedo herido que le colgaba de una arteria. La herida, si bien parecía grave, tenía cura. El doctor Córdoba me preguntó: «¿Lo operarías?». Medio en broma le contesté: «¿Para qué?, basta que sacuda el dedo y se desprenderá solito». El doctor Córdoba me explicó que la herida había sido provocada por un proyectil de bala que

pegó en una roca y que un fragmento de ésta había saltado hasta el dedo y otro le había causado una herida en el glúteo, que ya había sido curada por otro médico. El médico que lo atendió de urgencia, al ver el dedo había diagnosticado lo mismo que yo, pero sin pizca de humor. El paciente se había negado rotundamente a dejarse amputar el dedo. Miré con más atención la herida. El dedo índice de la mano derecha colgaba de una arteria y un tendón, pero presentaba buen color y todavía tenía sensación, por lo que le dije que se podía salvar. De una vez procedimos a operarlo y uní las falanges con una grapa. El hombre del uniforme de fatiga salió a las dos horas del hospital con la mano vendada y ligeros dolores, pero con sus dedos completos. En realidad, fue el mismo paciente, al no dejarse amputar, quien había salvado su dedo. Esta experiencia refuerza mi tesis de que los doctores debemos escuchar a los pacientes, nadie mejor que ellos saben dónde les duele, qué tan grave puede ser su mal, y cuán dispuestos están a curarse.

Algunos años después, la salvación de aquel dedo tendría una singular importancia en uno de los proyectos médicos más relevantes del país.

X

Centro Médico Paitilla

En 1960, al doctor Juan Luis Correa le asalta una idea: construir un hospital. Con este fin invita al Dr. Aristóbulo Carrizo y a otros colegas a unirse al proyecto. Cuando había reunido un buen número de profesionales, decidieron escoger a Rodrigo Moreno como administrador, pero era necesario esperar hasta que regresara a Panamá, ya que se encontraba estudiando Administración de Hospitales en los Estados Unidos.

En 1962 los doctores Juan Lucho Correa, Rogelio Arosemena, Gaspar García de Paredes y Rodrigo Moreno nos visitaron en el hospital Panamá y nos presentan su proyecto de construcción del hospital. La idea fue acogida con beneplácito porque sabíamos que el hospital Panamá se había ofrecido en venta —como en efecto se vendió, años más tarde, al grupo del Banco de Colombia—. Nos unimos al proyecto, y se recogió suficientes fondos para constituir la sociedad Clínicas y Hospitales, S.A.

El proyecto se retrasó porque Rodrigo Moreno fue nombrado ministro de Salud durante el gobierno de Marcos Robles.

Con el regreso de Rodrigo Moreno a la vida privada, el grupo inició reuniones periódicas en las diferentes residencias de los integrantes y volvió a reinar de nuevo el entusiasmo, hasta el punto de pensar en escoger un terreno adecuado para la construcción del hospital. Se propuso el terreno del Dr. Aristóbulo Carrizo en el barrio de Campo Alegre, pero poco después renunció el Dr. Carrizo. Se pensó luego que siendo un proyecto sin fines de lucro, la iglesia católica posiblemente estaría interesada en participar en la construcción del hospital. Se le propuso por intermedio del padre Manuel Prada, y se hicieron todas las diligencias con el Provincial Claretiano que a su vez consultó con las autoridades eclesiásticas de Guatemala, de la cual dependía Panamá, pero después de un año de consultas, lo rechazaron.

El proyecto continuó sin que nadie perdiera el ánimo. Se propuso

la compra del Hospital Panamá o unirnos a la Clínica Hospital San Fernando. Ambas iniciativas fracasaron.

Nos convencimos de que sólo nosotros, por nuestros propios medios, podríamos llevar a cabo el proyecto y hacer del hospital una realidad.

Contábamos para entonces con una excelente secretaria, la señora Elba de García –que aún se encuentra en la institución como Secretaria Ejecutiva Encargada de las Finanzas–, y con el Lic. Manolo Cabarcos como Tesorero; además teníamos un pequeño local donde nos reuníamos.

Fue entonces cuando decidimos conseguir un terreno apropiado para la construcción del hospital. Al Dr. Silio Galo Ortiz, uno de los más entusiasta del grupo, se le encomendó la misión. Desde una avioneta, debía localizar un terreno que se encontrara equidistante del Casco Viejo de la ciudad y de las barriadas más distantes, tomando en cuenta que la ciudad se extiende hacia las afueras. “Chivo” (todo el mundo conoce por este apodo al doctor Ortiz) tuvo éxito. Nos recomendó un terreno de 3 hectáreas que había visto en el sitio donde hoy se levanta nuestro formidable hospital.

El Centro Médico Paitilla, el condominio y los consultorios médicos se trataron de vender en una licitación pública sin lograrlo. El IVU aceptó hacer una nueva licitación. Clínicas y Hospitales S.A., se presentó como único comprador. Por no haber otro postor, fue necesario invitar a otra compañía para que fuera legal. Dato curioso, la otra compañía que se presentó tuvo dificultades porque no tenía el dinero suficiente para llenar los requisitos necesarios para la licitación. Fue así como conseguimos comprar el terreno al precio de B/6.05 el metro cuadrado.

El terreno adquirido no llenaba los requisitos para la construcción de ningún edificio por ser una especie de foso. Y no teníamos dinero para seguir adelante, por lo que fue necesario pedir un préstamo. El Banco Nacional nos prestó lo necesario y nuestro siguiente problema sería el relleno. Fue el mismo Banco Nacional

quien nos informó que uno de sus clientes necesitaba un lugar donde echar la tierra de un cerro que tenía que nivelar. Como pueden ver, una mano lava la otra y las dos lavan la cara. El relleno se llevó a cabo satisfactoriamente y al menor costo posible.

La confección de los planos se hizo por licitación; se presentaron dos proyectos, uno del arquitecto René Brenes y otro del arquitecto Bilo Sosa, resultando ganador este último. Bilo Sosa se había asesorado con el famoso arquitecto brasileño Óscar Niemeyer, quien había diseñado la ciudad de Brasilia. Además, había acompañado al grupo en visitas a hospitales de los Estados Unidos. En California fuimos al National Medical Enterprise y en Miami al Plantation Hospital. Teníamos además el asesoramiento del grupo del Hospital Corporation of America.

Conseguimos que cinco bancos de la localidad nos prestaran 2.5 millones de balboas, los cuales se harían efectivo apenas consiguiéramos el aval de la Caja de Seguro Social. Debemos recordar que en los tiempos de Torrijos corrían fuertes rumores de que la medicina en Panamá sería socializada. Esto dejaba a los bancos en estado de alarma pues ellos, sobre todas las cosas, necesitan tener muy segura su inversión.

La Caja de Seguro Social nos exigía una serie de condiciones que religiosamente cumplíamos, pero nunca parecían ser suficientes, hasta que nos dimos cuenta de que nuestro proyecto no era visto con buenos ojos por algunos poderosos del gobierno de turno. Fue entonces cuando se le ocurrió al grupo pedir audiencia al general Omar Torrijos, la que nos fue concedida gracias a los buenos oficios del Dr. Galo Ortiz.

El General Omar Torrijos, recibió a la Junta Directiva del Hospital en la Cárcel Modelo. Allí, Rodrigo Moreno presentó con lujo de detalles el proyecto. El General no dijo mucho, pero a las claras se veía que estaba de acuerdo con la construcción del hospital; sin embargo, su mutismo nos dejaba en ascuas. Después de escucharnos atentamente –parecía asentir a todo lo que le decían, dio por terminada la conferencia y nos acompañó a la salida. No

había dejado escapar de su boca ninguna promesa, pero me retuvo por el brazo y cuando todos salieron me preguntó:

—¿Usted no se acuerda de mí?

—De usted tal vez no me acuerde, pero de su dedo sí—le contesté.

—Anjá—dijo Torrijos y después de toser un poco por el humo de su tabaco agregó—. Le voy a recordar algo más, que me fui y no le pagué.

—No, general, usted no se fue sin pagarme, yo no le cobré.

Torrijos me miró en silencio un rato y después dijo:

—Váyase. Ustedes tendrán su hospital... si acaso consiguen todo lo que les falta. Si fallan, lo que tengan lo convertiré en un Hospital Militar.

Al asumir el doctor Jorge Abadía el cargo de Director de la Caja de Seguro Social, se nos dio el aval; además, nos propuso que los préstamos que los bancos nos habían concedido, se los traspasáramos a ellos, que nos darían la misma cantidad para la obra, a medida que nosotros la necesitáramos, y a una baja tasa de interés. Cómo pueden ver, todos los contratiempos que tuvimos que enfrentar, a la larga nos convinieron. No hay mal que por bien no venga.

Nunca más volvería a ver al general Torrijos. A la clínica de Paitilla llevaron lo que habían rescatado de su cuerpo tras el horroroso accidente aéreo que le costó la vida: un trozo de su espalda y parte del brazo izquierdo. Ni siquiera pude ver el dedo que una vez le salvé.

XI

Mi concepto de familia

La vida de una familia es, por lo general, producto de las experiencias adquiridas durante la infancia de los cónyuges. El aporte de cada uno de sus miembros a la configuración de la nueva familia es lo que se ha aprendido y asimilado durante la infancia y luego en la adolescencia. Por lo tanto es importante que el padre y la madre provean los buenos ejemplos para que los niños adquieran el *modus vivendi* que regirá sus vidas en el futuro.

Las familias italianas otorgan suma importancia a los valores morales y espirituales de la madre. Es ella la que lleva el peso de la educación de los hijos. Por supuesto, esto ha cambiado en los últimos tiempos, ya que la mujer de hoy lleva una vida más libre que antes. Antiguamente la mujer que daba un mal paso, estaba destinada a morir célibe, o a despilfarrar su vida llevando una vida licenciosa, ya que estaba marcada por una inflexible sociedad. Yo no creo en esto, pero esa era la ley de los viejos. Todavía hay conservadores que piensan así.

Creo que la vida conyugal tiene varios factores que son responsables del éxito o el fracaso de los matrimonios. Lo más importante para una pareja es superar los malos entendidos. Esto se logra con una comunicación abierta frente a los problemas que se presenten.

Las relaciones sexuales entre los cónyuges también es asunto de suma importancia, sobre todo durante los primeros veinte años de vida en común. Cuántos matrimonios son infelices porque uno de sus miembros es impotente o frígido. El que ha ocultado la verdad será el responsable del fracaso. Pero todavía hay algo peor, un delito sin perdón: si alguno de los dos oculta su homosexualidad para después desenmascararla.

Para ésto el único remedio es la solicitud de nulidad.

El mal manejo de las finanzas por el despilfarro en gastos inútiles o por el vicio del juego es otra de las causas que llevan un matrimonio al fracaso. Hay un viejo dicho italiano que siempre mi

padre traía a colación y que dice: «cuando la miseria entra por la puerta, el amor sale por la ventana».

Por supuesto que el alcoholismo, y el maltrato psicológico y físico, no tiene cabida en un hogar honorable.

Muy niño perdí a mi madre, por lo tanto no fueron sus enseñanzas las que influenciaron en mi vida de casado. Pero, analizando mi propia vida, he llegado a la conclusión de que también el padre tiene mucho que ver con la enseñanza de cómo llevar el manejo de una familia.

Tuve la dicha de poder discriminar entre lo bueno y lo malo desde muy temprano. Advertí las malas influencias de mis compañeros y la precoz intuición me enseñó a cuidarme de ellos. Entre mis conocidos había de todas las especies humanas, desde los homosexuales hasta aquellos que de una estupidez inexplicable se enorgullecían de haber sido contaminados con enfermedades sexuales, lo que –según ellos– los hacía más machos que los demás, cuando en verdad, eran los grandes idiotas que minaban su salud por no saber cuidarse.

Adquirí un cúmulo de experiencias cuando viví con diferentes familias siendo estudiante en Estados Unidos y Europa. Muchas cosas que consideré negativas me servían para no repetir las en mi propia vida y las positivas fueron las que traje conmigo, reforzando mi título de Doctor.

Tras un análisis concienzudo, sin caer en la tonta vanidad, creo que debo sentirme satisfecho por los logros adquiridos.

Ahí está mi familia como prueba.

Aprendí que unos de los males que aquejan a cualquier familia, es la falta de previsión. ¿Cómo se puede cometer el error de tener hijos sin contar de antemano con los suficientes recursos para su educación y mantenimiento? Igual de previsores debemos ser con nuestra vejez. Si vivimos lo suficiente, irremediablemente envejecemos. Aprendí que el seguro de vida resuelve en parte el problema, pero es necesario algo más. El ahorro, para el médico es solución, aunque a veces no dé para tanto.

Al año de nuestro matrimonio, aún no habíamos tenido la dicha

de que Lizca concibiera. Durante este período noté ciertas anomalías durante sus menstruaciones que, además de irregulares, venían acompañadas de dolores que le afectaba la baja espalda. El examen ginecológico reveló una marcada retroversión uterina, cosa que corregimos quirúrgicamente. La operación realizada por mi muy apreciado colega, Juan Antonio Núñez, fue todo un éxito, ya que varios meses después Lizca quedó encinta. Fue un embarazo normal y el 13 de septiembre de 1941, muy temprano en la mañana, nació Marianela en la sala de maternidad del Amador Guerrero, una niña fuerte y sana. Nunca supe la razón de una furunculosis rebelde del cuero cabelludo que sufrió mi hija en los primeros meses del primer año de nacida. Lo cierto es que tuve que curarla diariamente, y como no teníamos los medios de hoy, es decir los antibióticos, la curación fue dolorosa para ella, larga y cuidadosa para mí. Tuve que sufrir el rechazo de mi propia hija al principio, pues ella no sabía el por qué del tratamiento doloroso al que yo la sometía. Claro está que con el tiempo superó todo rechazo porque creció en un ambiente de cariño. Era una niña adorable y adorada. Lizca, por su parte, se dedicó en tiempo completo a su primera hija. Marianela era sumamente ágil de cuerpo y de espíritu, desde muy pequeña nos vimos en la necesidad de cuidarla para que no se cayera de la cama. Por ser la primogénita tuvimos que hacer un esfuerzo por corregirla, ya que es muy fácil caer en la debilidad de perdonar faltas por exceso de consentimiento. En cierta ocasión, le pegó a doña Cheyita. Se le castigó, cosa que recordó por años con algo de rencor y no nos perdonó hasta que se dio cuenta de que esos castigos eran necesarios. Ya tendría las mismas experiencias con sus hijos. Marianela era muy cariñosa con sus amistades, pero si en algo le faltaban, no titubeaba en usar las uñas o hasta sus dienteitos, que eran bien afilados, para tomar venganza. Mi sobrino Emanuel puede contarnos una experiencia, cuando sufrió uno de sus ataques al quitarle a Marianela un juguete. A los tres años de edad, sostenía una conversación perfectamente, y era muy aficionada a hablar por teléfono.

En cierta ocasión, una de mis pacientes me dijo que le asombraba la voz de niña de mi secretaria y sus conocimientos médicos. «¿Cómo así?» le pregunté, «bueno, me contestó, ayer lo llamé porque quería que me viera de urgencia. Me contestó su secretaria, y me dijo que usted estaba atendiendo un parto, pero que no demoraría porque la paciente tenía una dilatación completa, con pujos seguidos y la cabeza estaba lista para salir». «Pues ha de saber usted, señora, le dije, que habló usted con mi hijita de tres años». Marianela, era sumamente curiosa y todo lo revisaba. Cuando aprendió a leer, no era raro verla buceando en mis libros de anatomía o en la biografía de Dante Alighieri. Sabía como abrir las puertas empujando la llave, y colocando una hoja de papel, para recuperar la llave cuando caía del cerrojo. No tuvimos mucha privacidad desde entonces, ya que en cualquier momento Marianela nos sorprendía *in fraganti*. En cierta ocasión, para despertarnos, perfumó a una perrita y la metió a la fuerza en el dormitorio.

Por supuesto que todos los inconvenientes de tener una niña tan activa física y mentalmente, se convirtieron en ayuda apenas Marianela se hizo mayorcita, pues cooperó con su madre cuidando a sus hermanitos, compensando así con ternura y efectividad sus notables hazañas de niña precoz.

Lizca María, mi segunda hija, llegó al mundo el 5 de enero de 1945. Juan Antonio Núñez, quien atendía a Lizca, estaba de viaje por Bogotá, y fue necesario trasladarnos a Panamá días antes del parto para que la atendiera mi amigo el Dr. Gaspar Arosemena, de quien tanto había aprendido durante mi internado en el Santo Tomás. Lizca alumbró normalmente y días después nos trasladamos a Colón, con nuestra pequeña hija a quien llamaríamos Liz en adelante.

Al crecer Liz, Marianela tenía una hermanita a quien cuidar, y desde muy temprano se sintió como si fuera ella la mamá. Crecieron en un ambiente de amor de todos para todos, tanto de nosotros como de las magníficas mujeres que trabajaban en casa.

Cuando estuvieron en edad, asistieron a una escolita de maestras

norteamericanas, donde aprendieron algo de inglés, luego más tarde a mi «Mi Escuelita” de Bertita Castillo de Díaz, y, por último, a Saint Mary Academy cuya enseñanza primaria era en inglés. Tuvimos la dicha de que fueran verdaderas madres, más que profesoras, las que les dieron esas primeras enseñanzas tanto de educación como de moral y urbanidad. La religión era uno de los peldaños que usaban para que más tarde formaran sus hogares con el fervor religioso que aún tienen.

En 1952, cambió por completo nuestro plan de vida. Fue la época en que decidí especializarme en Nueva Orleans. El hecho de que las niñas aprendieron el inglés desde muy tierna edad, les ayudó a entrar a la escuela parroquial de las Hermanas de Saint Paul, que eran las mismas que administraban el Hospital de Caridad de Nueva Orleans. Era una orden religiosa muy activa en la ciudad de New Orleans ya que además mantenían la escuela y la iglesia.

Todo nos quedaba cerca del apartamento del *Claiborne Tower*, lo cual nos proporcionaba una gran tranquilidad: el hospital, la escuela y la iglesia estaban a una cuadra de distancia, ni siquiera teníamos necesidad de transporte para llegar de uno a otro lugar. Colindaba con el apartamento la calle más importante: Canal Street. Con sólo un *transfer* podíamos ir en tranvía hasta St. Charles, donde estaban las más lujosas mansiones de la ciudad (una de ellas sirvió para la réplica que se usó en la famosa película “Lo que el viento se llevó”). Así teníamos acceso a los preciosos parques de Audubon, y a las universidades de Loyola, Tulane y el Dominican College.

Durante dos años, Lizca manejó la familia, ya que mi trabajo en el Charity Hospital era de 24 horas diarias, 365 días al año... y vivíamos con un sueldo de 50 dólares al mes.

El apartamento en el *Claiborne Tower* era centro de reunión de nuestros familiares y amigos, cuando nos visitaban. Fue un período feliz que nos enseñó a sobrevivir con muy poco dinero, es decir sin ningún lujo. Posiblemente resultó la mayor enseñanza de nuestras vidas. Aprendimos que la sabiduría es una especie de reserva que nos permite vivir cómodamente sin despilfarro. Más tarde nos

ajustamos a un presupuesto, pensando siempre en la educación de nuestros hijos. En 1954, comenzamos una nueva era, ya más holgada, pues contábamos con mayores entradas y pudimos construir nuestra casa en Obarrio.

No fue sino hasta 1955 cuando tuvimos la felicidad de mudarnos a una casa propia en la ciudad de Panamá. Es la misma que hoy habitamos en la urbanización Obarrio. Casa cómoda y alegre, tan llena de buenas memorias, de felicidad sin par.

Si mal no recuerdo, nuestra casa fue una de las primeras en construirse en el área colindante con el hipódromo de Juan Franco, sitio donde habían asesinado al presidente Remón meses atrás. A pesar de la soledad del lugar, al fantasma del infortunado presidente nunca se le ocurrió visitarnos. Pero sí sufrimos con las polvaredas que levantaban los caballos en las carreras durante el verano. En lo que llamaban “la bajada de Paitilla”, veíamos a los jinetes hundirse, hasta desaparecer en la pista, resoplando y huaqueando como verdaderos diablillos sobre sus enormes caballos. Al final de la tarde, nuestra terraza quedaba cubierta de un fino polvillo colorado.

En Obarrio, nuestras hijas asistieron al Colegio de María Inmaculada, donde ambas hicieron su bachillerato. Marianela, después de haberse graduado con todos los honores y premios que daban en la escuela, viajó a Washington para estudiar en el Visitation Junior College, donde también se graduaría en 1959 con todos los honores.

Marianela ha sido siempre la estudiante que no se ha conformado con los estudios llevados a cabo, siempre tiene deseos de saber más y más. Siendo ya madre de varios hijos, se inscribió en la Universidad Santa María la Antigua, donde culminó sus estudios de Sociología (para mí, el hecho de haber escogido esa materia me demuestra su interés en el bienestar de los demás). Me parece maravilloso que aún anide en ella el afán por conocer más del mundo y de la gente que lo habita. Ha viajado a todas partes del extenso mundo, y no me asombraría que, en su afán de continuar sus estudios, emprenda una nueva carrera, como si no tuviera suficiente con su cátedra

de Sociología en la Universidad Santa María. ¡Que Dios bendiga su afán!

Sólo estudiando se sacia la sed de aprender.

Lizca María, por el contrario, no deseaba seguir estudiando, por más que le expliqué las conveniencias del estudio en nuestro mundo tan competitivo. Poco después de su graduación de Secundaria contrajo matrimonio con Guillermo Tribaldos III. Fueron muchos los problemas que se le presentaron a Liz en su vida matrimonial, pero los enfrentó con esa sólida formación religiosa y su temple que muy pocas personas poseen. A pesar de sus esfuerzos, el matrimonio fracasó, pero con la ayuda de Dios pudo rehacer su vida y mantener a sus hijos en sólida armonía. Años más tarde formó una nueva familia al contraer matrimonio con Buddy Bombet, hijo de un colega, el Dr. Charles Bombet de Baton Rouge. Aunque parezca una paradoja, fue Liz la que sirvió como puente que reuniría a dos familias: la de ella, que somos nosotros, y la de Buddy. Más adelante, Liz estudió y rehizo su vida, lo cual es muy meritorio. Hoy, tras ingentes esfuerzos, tienen una empresa que puede considerarse todo un éxito.

Pero vuelvo al pasado. Como dije antes, las niñas crecían y demostraban ciertas peculiaridades de carácter muy parecidas a las mías. Eran sumamente independientes y aprendían muchas cosas a nuestras espaldas. Manejaban bicicleta y patinaban como campeonas. Aprendieron a montar a caballo con un viejo empleado jamaquino que me cuidaba los equinos. Se iban a las caballerizas y el bueno de "Easy", como lo llamábamos por sus movimientos suaves y cariñosos con los animales, les enseñaba a mantenerse en las monturas ya que algunos de los potros eran sumamente briosos. Cuando tuvieron más edad, trataron de manejar mi carro y fueron a dar a la otra esquina de la calle 43 en donde vivíamos en aquel tiempo dándome un gran susto.

Siempre mantuve una relación muy estrecha con mis hijas al punto que se convirtieron en nuestras compañeras inseparables, Íbamos con Lizca en paseos por las montañas de Colón. Tenían

una afición muy especial por un chorro de agua cerca de la carretera Transístmica, donde se bañaban, al que llamábamos “El lago de los cisnes”.

Acostumbrábamos a almorzar fuera de casa los domingos, costumbre que mantuvimos por muchos años. En Colón, íbamos mucho al *Strangers Club*. En Nueva Orleans, visitamos casi todos los restaurantes más afamados de la ciudad; luego, en Panamá, solíamos ir con mucha frecuencia al antiguo y después al nuevo Club Unión. Esta costumbre continuó aún después de casadas mis hijas, hasta que, por mi edad, ya no me resultaba agradable, ni me atraía comer fuera de casa.

En nuestra vida familiar hubo períodos de muchos sinsabores, tal vez provocados por los cambios que sufre la mujer en el período de la menopausia. Pero en el caso de Lizca no se trataba de una amenorrea por la disfunción hormonal, sino más bien por un embarazo inesperado. Lizca se negaba a creerlo. Le costó trabajo admitir que estaba embarazada. El 7 de diciembre de 1958, alumbró un hermoso y saludable niño de 10 libras.

Cuando casi no lo esperábamos, nació mi hijo Félix Antonio. Con él completamos la primera etapa de la familia.

Félix Antonio nació en el Gorgas, atendido por el Dr. Rogelio Arias. Mientras permanecía en el cuarto de recién nacidos, fueron frecuentes mis visitas para observarlo con gran detenimiento, lo cual llamó la atención a la jefe de sala. «¿Qué cree el señor, que su hijo es el más robusto del grupo?» «No, le dijo la morena que servía de asistente y que me conocía muy bien, resulta que el doctor no había tenido heredero varón y éste llegó después de 13 años, y no se cansa de verlo y confirmar que es un hermoso muchachón». «Debo reconocer que el doctor hizo un buen trabajo», contestó entonces la enfermera Jefe.

Félix Antonio creció en un ambiente igual al de sus hermanas, lleno de cariño y comprensión. Fue un niño sano y muy independiente, al punto que casi diríamos dominante. Recuerdo un incidente con una empleada de nombre *Simona* que tenía una hija

menor que Félix Antonio y que solía pasarse el día en nuestra casa. Al tratar de llevársela al final del día, se veía en la necesidad de forcejear con Félix Antonio para poder quitársela, ya que éste estaba convencido de que, Cecilia –que así se llama la niña–, era de su propiedad. Desafortunadamente Simona tuvo un grave accidente y dejó de trabajar con nosotros, lo que a su vez resolvió el problema de quién era el dueño de la niña.

Desde que llegamos de New Orleans, trabaja con nosotros la abnegada Gladys, –para ese entonces de sólo 16 años–. Gladys resultó una joya que nos envió mi querida suegra Cheye de Boquerón. Ella fue quien se encargó de Félix como si fuese su propio hijo. Agradecemos que hoy todavía esté con nosotros.

Durante la infancia de Félix Antonio, recibíamos con frecuencia la visita de mi sobrino Manolo Vergara y de mi querido hermano Valentín. Cenábamos juntos todos los martes en la noche. A Manolo le agradaba tanto la manera de ser de Félix Antonio, que se lo llevaba los sábados a “echar el paseo” a su oficina de Blockmigón, y los domingos lo llevaba al hipódromo a ver las carreras de caballos.

Desde muy temprano mi hijo se manejó como todo un hombrecito. Creo que me superó porque aprendió algo que yo nunca logré hacer, llevarse con la gente de cualquier ambiente. Esto lo pude observar cuando lo llevaba al Hospital Panamá o al Santo Tomás, y le caía en gracia a las enfermeras, asistentes, barredores, vendedores ambulantes, a todo el mundo.

Con frecuencia íbamos los domingos con la familia de mi hermano Valentín a bañarnos a la playa de Fuerte Amador. Recuerdo un incidente con una señora americana que, viendo a Félix Antonio tan vivo, me dijo: «Nunca he visto a un niño tan parecido a su abuelo». Muy serenamente le contesté: «Señora, éste que usted ve a mi lado no es mi nieto, es mi hermanito menor». La señora con un gesto de asombro comprendió que había metido la pata y rectificó: «Bueno, nunca he visto a un padre parecerse tanto a su hijo» Nuestra familia ha sido y sigue siendo muy aficionada a los

caballos, especialmente los de paso fino, como lo prueba el hecho de que todos mis hijos y nietos han ganado concursos en las competencias de las diferentes ferias efectuadas en Panamá Viejo, David y en La Chorrera. Doménica, la hija de Félix Antonio, está en la actualidad tomando clases de equitación en una academia en Miami.

La adolescencia de Félix Antonio, fue más o menos igual a la de cualquier chico de su época. Tuve especial cuidado de alejarlo de las malas compañías, ya que los vicios estaban y están a la orden del día. Un análisis de la situación me convenció de que sólo la fe en Dios y una sólida moral puede alejar a la juventud de caer en el terrible mal del siglo: la drogadicción.

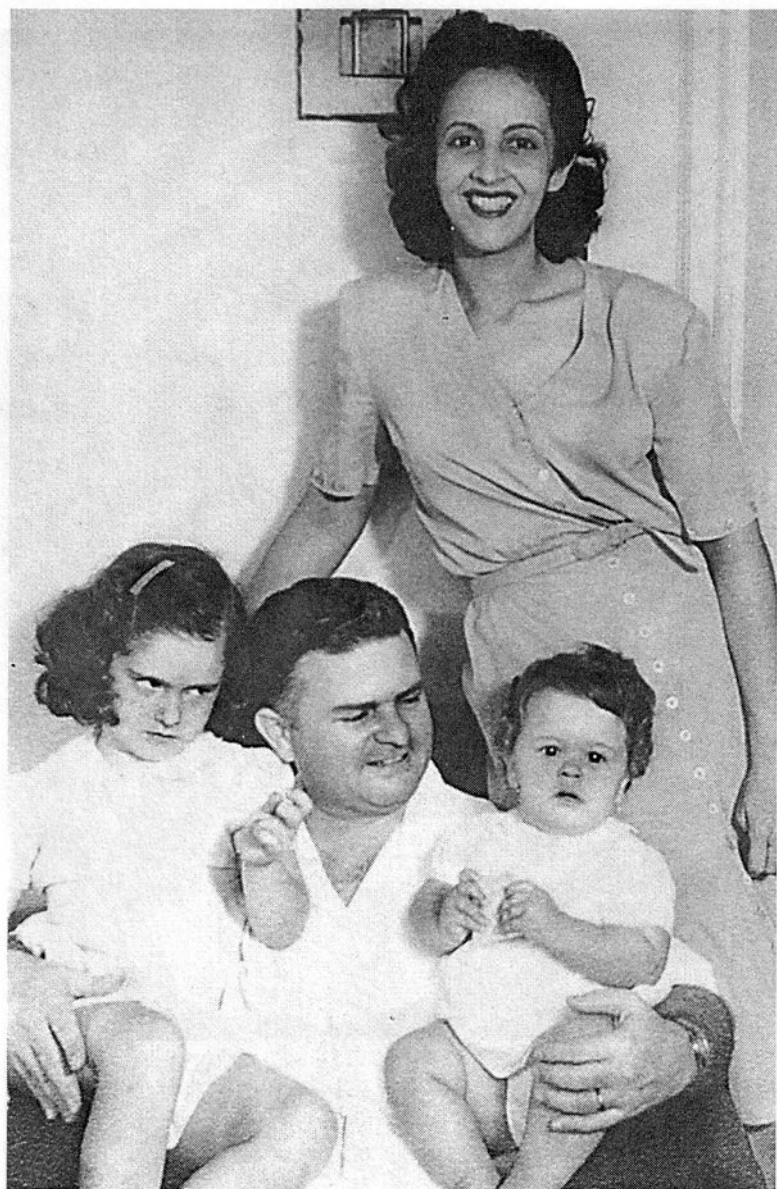
Por supuesto que al graduarse de bachiller y tomar en serio la carrera médica, que no era la más fácil del mundo, lo alejaría del peligro de las malas compañías y los vicios. Como vuelvo a repetir: el estudiante de medicina no tiene tiempo para nada que no sean sus estudios.

El joven inteligente se da cuenta de que para merecer el aprecio de los demás no sólo es necesario tener una profesión, sino ejercerla con seriedad y honradez. Es muy importante que el estudiante acepte lo que acabo de decir y que lo digiera mentalmente. No son las buenas notas las que hacen del estudiante un buen profesional, es necesario que se dé cuenta que lo que enseñan los profesores es producto de sus estudios y experiencias, pero que no lo es todo en una profesión como la de medicina. Por lo tanto, no se puede llegar a ser un buen profesional si se conforma con ser un estudiante de apuntes; es decir, aprender sólo lo que el profesor dice. El estudiante debe estar al día con los nuevos aportes que sólo se aprenden leyendo los textos y revistas de las materias que estudiamos. Nuestra profesión es de tiempo completo, es decir 365 días al año.

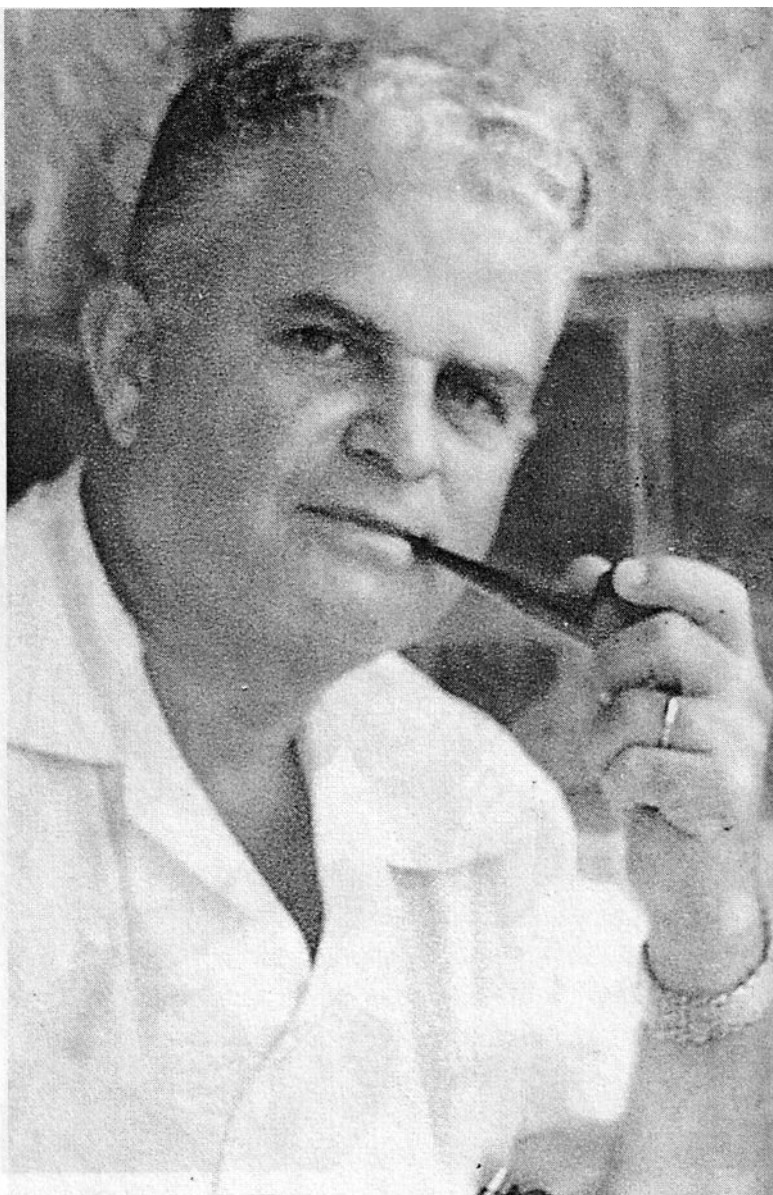
El consejo que le di a Félix Antonio el día que me dijo que había sido admitido en la Escuela de Medicina de la Universidad de Panamá debe servir a muchos: «Has escogido una profesión de tiempo completo, acéptalo así o no la sigas» No me dijo nada. Pero ese viernes, como los anteriores, se fue al Club Unión a celebrar

con sus amistades. No volvimos a tocar el tema. Días después lo noté algo alterado. Me confesó que había tenido dificultades en química. Tampoco le dije nada. Luego me dijo que había recuperado la nota en química. «¿Qué vas a hacer? «Nada», me contestó. Le dije: «Si yo fuera tú iría a darle las gracias al profesor de química, por haberte convencido de que los estudios de medicina se tragan todos los días del año». Creo que así lo hizo, pues desde ese día lo vi estudiando día y noche, severa costumbre que ha mantenido hasta el día de hoy. Y quiero advertir algo: paga dividendos estar al día con la profesión. Yo agradezco a Dios que mi hijo aprendiera la lección aunque un poco a la brava. Hoy ha hecho lo que yo quise hacer y por alguna razón no logré. Son muy pocos los que tienen el *Board* de su especialidad como Félix Antonio: *Fellow of The Royal College of Surgeons* de Canadá y *Fellow of the American Academy of Orthopedic Surgeons*. Yo sólo pude ser miembro afiliado, pero con un poquito de orgullo quiero anotarme una tajadita de su éxito.

Sí, señores, la familia es el premio mayor de la vida.



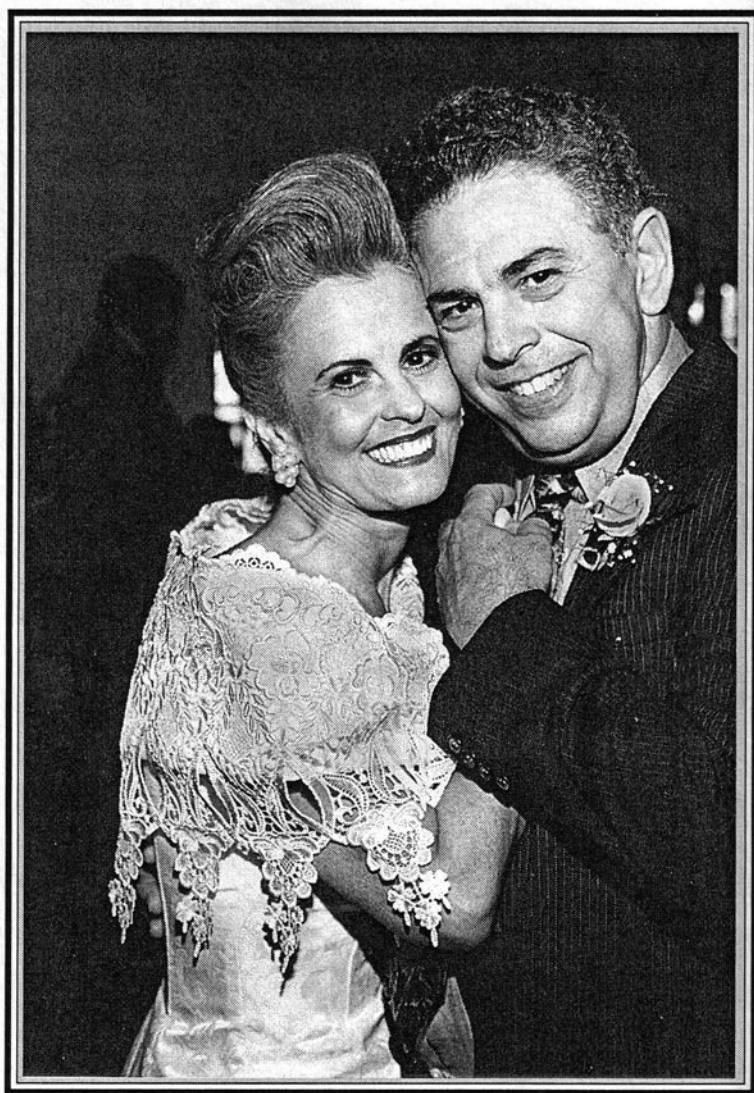
En 1946, la felicidad era h esped permanente en nuestra casa.



En este tiempo empecé a interesarme en tomar apuntes de mi vida.



Con Roberto Motta y
su esposa .
Lizca y yo, en el
matrimonio de
nuestros hijos
Marianela y Roberto
Jr.



Lizca María, mi segunda hija, tuvo cuatro hijos de su primer matrimonio. Casada, felizmente, en segundas nupcias con Julius «Buddy» Bombet, viven en Baton Rouge, La.

Hijos de Liz Stanziola Bombet



Guillermo Tribaldos IV y sobrina



Domenica y Marianela Tribaldos



Ana Lizca Tribaldos



Rossana y Félix Antonio Jr. posan con sus hijas, Domenica y Ana Gabriela.



Nuestra descendencia por los Motta-Stanziola: De atrás hacia adelante: Temístocles Díaz, Ernesto Calvo, Félix Miguel Motta, Liz de Calvo, Andrea Motta, Roberto Motta III, Emily Motta de Díaz, Mariana Victoria Díaz M., Roberto Motta A., Mariana Stanziola G.R., Rosa Duboy de Motta, Ernesto Antonio Calvo M., Antonella Calvo M. y Temístocles Andrés Díaz

XII

Mirando atrás

El inolvidable José María Núñez

Con la desaparición física del Dr. José María Núñez, desaparece también uno de los hombres con más virtudes dignas de ser imitadas por la juventud panameña, especialmente en esta década, cuando los valores humanos han dejado de tomarse en cuenta y sólo prevalece la ley del oportunismo, en casi todos los campos de nuestra vida cotidiana.

Conocí a José María, como cariñosamente lo llamábamos, en 1938, a raíz de mi regreso a Panamá y en el comienzo de mi carrera como interno del Hospital Santo Tomás. Cautivaba a todo el mundo con sus modales de caballero, hombre elegante, ecuánime, nunca le escuché una palabra altisonante, era un hombre en todo el sentido de la palabra. El doctor Núñez se distinguió por una acrisolada honestidad profesional. Fue también uno de los clínicos más completos que conocí. Hacía gala de su experiencia en los acertados diagnósticos que conseguía con sólo echar un vistazo a la historia clínica y el examen físico del paciente. Por lo general hacía esto con pacientes recién llegados que el residente escogía sin haberle hecho ningún examen de laboratorio. Los posteriores exámenes corroboraban el diagnóstico.

La llegada del doctor Núñez a la Sala 4 era muy temprano en la mañana. Cada paciente era examinado cuidadosamente por él. Cuando encontraba algo diferente a lo que los internos habían anotado en la cuadrícula, lo tomaba muy en serio y se podría decir que consideraba que el equivocado era él, hasta que se comprobara lo contrario. En otras palabras, siempre tenía en cuenta los exámenes de sus subalternos y nos hacía ver que aprendía de ellos. Decía, «¿Qué piensa de esto, colega ?» Y escuchaba atentamente lo que se le dijera. Cuando nos equivocábamos —que era la mayoría de las veces— nos daba una cátedra sin ofendernos; nos contaba y se reía de sus propios errores iniciales. Era un maestro que compartía sus

experiencias, si creía que nos podrían servir.

Su buen humor lo hacía un conversador agradable. Fueron innumerables las anécdotas que escuché de su propia boca y muchas otras que se referían a él, se las escuché a otros doctores. Después de tantos años aún recuerdo muchas de ellas. Nos contó que cuando fue a inaugurar el hospital en Chitré, se encontró con un edificio muy bien hecho y equipado para esa época, pero no contaba con personal idóneo que ayudara en cirugía. La necesidad de un asistente no se hizo esperar. A las pocas horas de su llegada se presentó un caso grave de una hernia estrangulada. Por la urgencia del caso, le pidió a un primo suyo, que a la sazón era aseador del salón de operaciones, apodado “El Ñato”, que lo ayudara. En pocos minutos le enseñó lo mejor que pudo las cosas más necesarias, tales como pasar los instrumentos y algunas otras cosas que debe hacer un asistente de cirugía. La operación salió muy bien. Cuando se estaban lavando las manos, el confanzudo Ñato se le acerca y dándole una palmada en la espalda le dice: «Oñe José María, nos salió bien la cosa, ¿ño...? la próxima me la echo yo!»

Y no sólo en Medicina descolló José María. Sus obras literarias y sus pinturas han merecido el elogio de los conocedores de estas materias.

El Maestro Cedeño

Hace ya muchos años tuve el deseo de dejar para la posteridad las imágenes de mis padres. Pensé que la mejor manera era dejando a mis hijos unos retratos al óleo de ellos. Los cuadros debían ser ejecutados por el maestro de muchos maestros de la pintura panameña: don Juan Manuel Cedeño. De tal manera, tendrían no sólo un valor familiar y sentimental, sino también artístico.

Cuando traté por vez primera al Maestro Cedeño, me sorprendió la sencillez de ese gran artista, y más todavía, la serena afabilidad de su manera de ser. Creo que apenas nos conocimos, nos caímos bien uno al otro. Sus condiciones para ejecutar las obras fueron muy sencillas. No hablamos del costo ni del tiempo de entrega. Él haría los cuadros y eso era suficiente.

Pasaron un par de años. Un día, al entrar a mi consultorio de la Clínica San Fernando, recibí una de las sorpresas más agradables de mi vida, apenas abrí la puerta pude ver los rostros de mis progenitores reflejados magistralmente en sendos cuadros que habían sido colocados en forma tal, que parecían que estuvieran con vida. La emoción fue tan grande, que se me erizó la piel.

Como deben saber los que han leído este libro, no conocí a mi madre. Pero puedo jurar que, al ver el cuadro, sentí que la había conocido toda mi vida. Reconocí desde ese preciso momento lo que es capaz de lograr el artista con su obra: dar vida a un lienzo con los toques mágicos de su pincel.

Para el artista lo ideal sería conocer al modelo, ésto me lo afirmó el maestro Cedeño cuando lo visité en su *atelier*, que era su mundo privado, la cueva mágica donde se aislaba de todo y se enfrascaba en sus obras maravillosas. Decía el Maestro que conversando con el modelo, el artista lograba captar todos los detalles del carácter que luego iba llevando al lienzo en cada una de sus pinceladas.

El Maestro Cedeño no firmaba sus obras si no estaba completamente satisfecho de ellas, y, como buen artista, tenía la manía de hacerlo los jueves, que era el día de la semana que él había escogido para hacer llamadas telefónicas a sus clientes, comprar materiales y para tomar decisiones importantes. Juan Manuel todo lo anotaba en una libreta. Llevaba un recordatorio de lo que tenía importancia para su trabajo.

La amistad con lo Cedeños (que son varios hermanos) data desde los tiempos en que éramos estudiantes del Instituto Nacional, donde estudiaron todos. Yo coincidí en las aulas con otro gran pintor: Humberto Ivaldi, quien desafortunadamente, murió muy joven, pero siempre logró distinguirse como eximio pintor. Los antiguos egresados del Nido de Águilas conservamos un sano orgullo de haber pertenecido a tan insigne Alma Mater.

Tuve la dicha de tener como uno de mis mejores alumnos en la Escuela de Medicina de la Universidad de Panamá, al Dr. Roberto Cedeño, hijo del Juan Manuel. Digo “la dicha”, porque fue un buen

alumno y porque aún hoy él recuerda muchas de mis enseñanzas. Esto es algo que los maestros debemos agradecer, ya que demuestra que no hemos arado en tierra estéril.

El maestro Cedeño deja a mis descendientes además de mi retrato, una obra de arte que con el tiempo servirá como un recuerdo de los que les precedieron en el camino de la vida.

Mensajes

Me fue otorgada la dicha de haber formado una familia, cuyos miembros se han forjado en un ambiente de paz mental, y han desarrollado aptitudes para resolver los problemas cotidianos de la vida moderna.

Sin embargo, el hecho de que no hemos tenido que enfrentar las duras pruebas que a otros les impone la vida, me deja a veces sumido en honda interrogación. Tal vez no sea una ventaja que todo en la vida nos haya salido tan bien.

Es por lo tanto lógico que, cuando las cosas no nos salen como hubiésemos deseado, las consideremos problemas enormes. Algunas de estas «serias» dificultades, no son más que contratiempos de la vida diaria.

Por experiencia hemos considerado que las uniones comerciales en familia producen a la larga problemas difíciles de resolver, probablemente por nuestra manera tan independiente de pensar y actuar. La unión hace la fuerza, es verdad, pero a veces no funciona, especialmente entre personas de recia personalidad, donde ninguno acepta un jefe. Los miembros de nuestra familia se han caracterizado por ser independientes. Don Salvatore se vanagloriaba de no haber recibido nunca un sueldo en su vida, pues no trabajó para nadie, era él quien pagaba a sus empleados. Esto puede ser una desventaja en la formación del carácter. A veces es necesario ser sumiso, por lo menos hasta que tengamos nuestros propios medios para seguir adelante. ¿Y qué nos puede dar las herramientas para seguir adelante? No hay otra cosa que prepararse, estudiar, ser un buen profesional y, cuando llegue el momento, levantar el vuelo con nuestras propias alas y trazando nosotros mismos el rumbo.

Podría asegurar, sin temor a equivocarme, que todos nosotros hemos pasado por trances difíciles y que los hemos superado satisfactoriamente.

Para lograr la verdadera independencia es necesario pasar ciertas pruebas de fuego, incómodas pero necesarias. Enfrentémoslas sin

miedo, sin poner restricciones innecesarias al resto de la familia. El cambio no debe ser traumático y de ninguna manera debe afectar a los demás.

La preparación de un profesional se debe llevar a cabo a despecho de las incomodidades que sobrelleve. La edad y los medios económicos a veces impiden hacerlo, pero aquellos que lo hagan a su justo tiempo, no deben temer a nada.

Por último, quiero dejar en claro cómo pienso legar los sentimientos: mi corazón está dividido en cuatro partes iguales; una porción es para Lizca y las otras para cada uno de mis hijos y sus cónyuges. Las partes de mis hijos se subdividen para ser repartidas entre los nietos y, a su vez, éstos se subdividen para dar cabida a los biznietos. Como ven, por ese lado no hay porqué preocuparse, hay corazón para todos.

* * * * *

Quiero compartir con ustedes la carta que escribí hace 69 años a mi padre. La escribí a fines de noviembre pensando que llegaría a Panamá el 2 de diciembre, fecha de su cumpleaños.

Nueva York,

noviembre 28 de 1932

Mi querido papá:

Es una pena que cada año haya uno menos en su mesa de cumpleaños. Este año soy yo. Sin embargo desde el fondo de mi alma lo recuerdo. Aunque no me vean con Uds. pueden estar seguros de que mi espíritu los acompaña. Me dolerá perderme los muchos comentarios que se hagan; las reminiscencias familiares que se comenten en momentos como estos, en que el progenitor, el tronco de la familia, ¡SIEMPRE AVANTI! enciende la antorcha de la vida y nos guía con su mejor estímulo; siempre con el mismo vigor que todos le conocemos. Rodeado de sus seres queridos, verá su obra...su obra que perdurará si aquellos que le debemos lo que somos, aprendemos a encender como Ud., con la misma intensidad,

el fuego sagrado que llamamos vida, y que representa para nosotros el nombre STANZIOLA.

Quisiera que esta carta llegara a tiempo. Si no, de todas maneras nunca es tarde cuando es verdadero el afecto que expresamos. La vida como todas las cosas tiene momentos de suprema importancia. "Un cumpleaños" es algo bastante natural, pero en sí representa una labor de día tras día; son los años que se acumulan, los que dejan huellas. Como diría el poeta: "Un día y otro día y nuestra historia se refleja en el ancho panorama de la vida...". El pasado es algo que todos recordamos y es la única huella que dejamos. A manera de espuma todo se aglomera, recuerdos tristes a veces, a veces de intensa felicidad. Es la vida una frecuente combinación de dolor y alegría.

Los años pasan y con ellos nuestra existencia. Cada uno forma un hogar en el que trata de perdurar. Usted hizo del suyo algo que perdurará para siempre en nosotros. Nos deja, padre mío, un legado glorioso que ojalá sepamos aprovechar. Nos inculcó el respeto por nosotros mismos, y amor por cada miembro de nuestra familia y por nuestro nombre. Ojalá que cada uno de nosotros continúe pensando lo mismo. Estoy seguro que sí.

Yo, desde acá, lejos si hablamos de distancia, pero junto a ustedes si hablamos de amor, deseo transmitirles un sencillo mensaje: Hoy que me siento con la mente tan clara y los huesos en orden, mi mayor deseo es una felicidad completa para toda mi familia en este día. En los años venideros, cuando ya no pueda expresarlo en forma diáfana, el mismo deseo y sentimiento seguirá anidando en mi pecho.

Félix

Hace algún tiempo recibí de mi hijo Félix Antonio, una carta que, por su estilo, muy bien pudiera haber sido escrita por mí hace treinta y tantos años. Seguro que la escribió después de uno de esos turnos de varios días en el cuarto de urgencia del *Charity*

Hospital. Es interesante ver cómo la historia se repite. En mi época hacía los mismos comentarios que él hace.

Vean ustedes:

«Debemos aceptar, padre, que no es la especialidad, sino la medicina en general un arte difícil de adquirir y más de practicar. ¡Y la vida es tan corta! Pero, a pesar de que se nos pasen los días volando, y que a la vuelta de la esquina nos encontremos con un montón de años a cuestas, seguimos trabajando. Que nos sintamos bien haciéndolo, quiere decir que sí vale la pena. Lo más probable es que todo lo que hemos hecho lo haríamos de nuevo si volviéramos a nacer. En verdad, si nos gusta lo que hacemos, no se puede ni se debe considerar “un sacrificio”».

Así escribe Félix Antonio.

Te entiendo, hijo.

Estar preparado, es un factor *sine qua non* para ser un buen profesional en cualquier disciplina. El factor económico no se puede dejar de lado, especialmente si el joven doctor se endeuda cuando está en el proceso de su formación profesional. Es natural que lo haga, y no hay de qué avergonzarse. Pero no se puede ser estudiante para siempre, hay que enfrentar los problemas de la vida. Tampoco hay que exagerar el interés económico hasta permitir que se convierta en lo más importante. Sería como un ratón que sólo busca el queso. La vocación es lo que diferencia al profesional del pesetero. Y esto cuenta en cualquier profesión de la vida.

Consejos a mi hijo Félix (de médico a médico)

Te diré que es bueno tener un puesto de enseñanza. Seas o no seas profesor podrás enseñar. Conviene mantener al día a los estudiantes que mañana serán tus colaboradores, pues así te mantienes tú también. Nunca pienses que nuestros colegas desde el principio te recibirán con los brazos abiertos y al son de tambores y platillos. Es muy humano una dosis de egoísmo. Sucede en todas partes. Pero solamente un médico mediocre ve en otro médico a un competidor que lo ha de sacar de circulación.

Un buen médico ve en su colega a un colaborador. Debemos poner de nuestra parte para que los demás médicos comprendan que en nosotros tendrán a un amigo y no a un crítico dispuesto a hablar mal de ellos en la primera oportunidad. Si un joven médico no hace las cosas bien, piensa que es por falta de experiencia y no falta de voluntad. Es nuestro deber dar el ejemplo en la medida de nuestras posibilidades. Para mí siempre fue una gran satisfacción que los colegas me consultaran cuando tenían alguna duda. Jamás critiqué a nadie, y tuve mucho cuidado en señalar los errores de manera que no se ofendieran. Es la mejor forma de ganar amigos en nuestra profesión. Los que no han seguido esta línea de conducta, han tenido muchos sinsabores. Cuando no se puede decir algo bueno de un colega, lo mejor es callar.

Monólogo como Epílogo

Al llegar a una avanzada edad como la mía, por lo general, tratamos de resolver mentalmente los problemas pendientes. Hablar con uno mismo se puede convertir en algo muy interesante, tal vez digno de ser conservado en forma de escritos personales que, aunque no llegaran a interesar a nadie, sino más bien al que los escribe, por alguna sublime casualidad podría llegar a manos de alguno de nuestros descendientes que, sacándole una migaja al tiempo se detenga a leerlos. Eso sería para mí suficiente razón para escribirlos.

Cuando el anciano se sienta en su sillón favorito, tranquilo, meditabundo, son muchas las cosas que pasan por su mente traídas por la memoria; es como si pasara una cinta cinematográfica. Muchos de los episodios pasados, buenos y malos, se recuerdan con detalles, tal vez más nítidos que antes. Recuerda desde los primeros días de su existencia. Al enigma de la vida, que no supo descifrar en esa época, hoy, con toda su experiencia, le da una explicación sencilla. Comprende entonces lo que cada episodio significó en la formación de su carácter.

Cada mañana, al despertar, el viejo hace un análisis de sus facultades mentales y de la función de cada uno de sus sentidos. Le interesa saber si no ha habido cambios en ellos, ya que es necesario para su bienestar personal, ver, oír y caminar sin necesidad de agarrarse o de apoyarse. A esta edad resulta sumamente importante tener un control normal de las funciones digestivas y urinarias. En ocasiones recuerda haber tenido uno que otro malestar al moverse, que ha sido pasajero, ya que la circulación cerebral sufre cambios marcados con la edad avanzada.

Cuando el anciano se queda quieto, se pierde en los recuerdos,

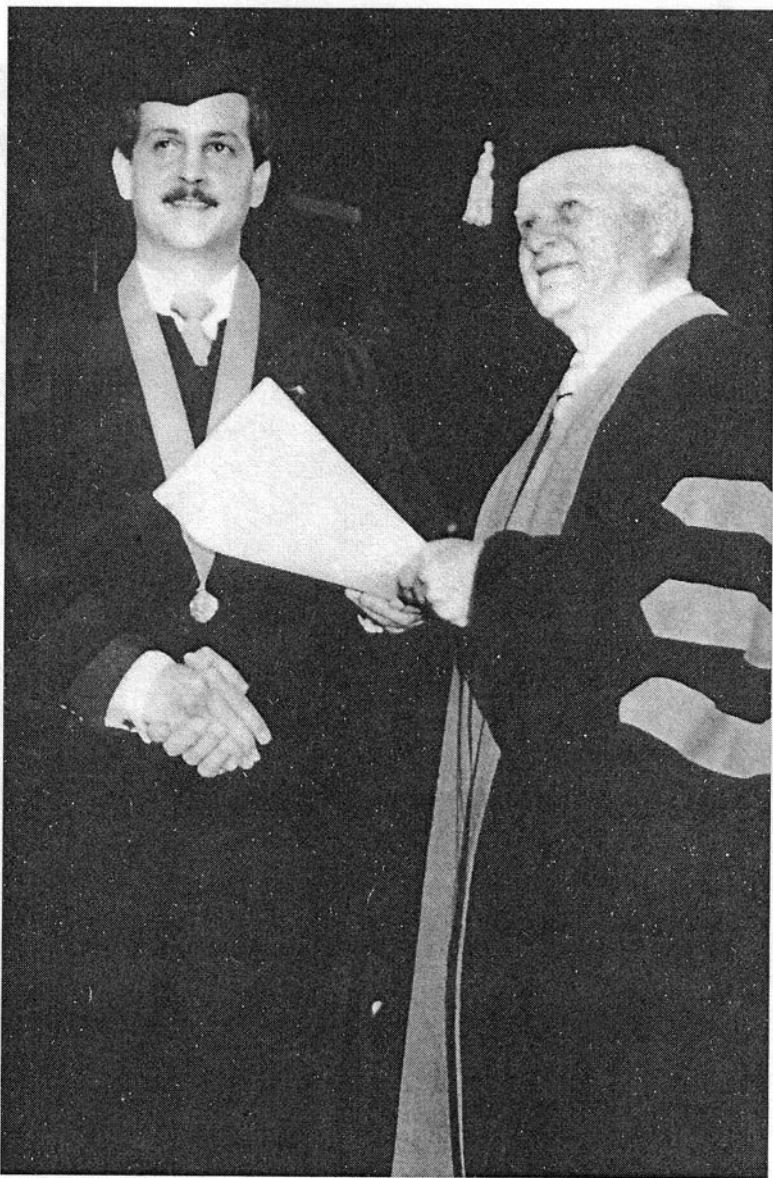
hace un inventario de todos sus amigos que lo han precedido en su viaje hacia la eternidad, y se asombra de quedarse solo en su mundo del pasado.

Todavía le interesan las noticias y en especial lee con interés los obituarios. Ya no se turba cuando ve a uno de sus contemporáneos en los recuadros luctuosos. No dice «pobrecito», más bien se le escapa un «ya descansó», especialmente si sufría de una dolencia terminal.

Ahora concluyo: la preocupación primaria de todo ser humano pensante debe ser alejar el dolor lo más posible, esto es mucho más importante que la búsqueda desenfrenada de la alegría. Recuerden que se los dice quien ha vivido largos años y ha sido testigo de interminables desfiles de dolor. Tengan siempre presente que el mejor dique para contener las penas es la unión familiar.

Cierro mi monólogo copiando el final de aquella carta que envié a mi padre don Salvatore en su cumpleaños, con las debidas modificaciones pero con la misma inalterable veracidad con que siempre me dirijo a mi querida familia:

Yo, desde mi vejez, lejos si hablamos del tiempo, pero junto a ustedes si hablamos de amor, transmito el más sencillo de mis mensajes: Deseo para toda mi familia hoy, cuando todavía me siento con la mente clara y los huesos en orden; y en los venideros, cuando ya no pueda expresarlo porque estaré ausente, una felicidad completa.



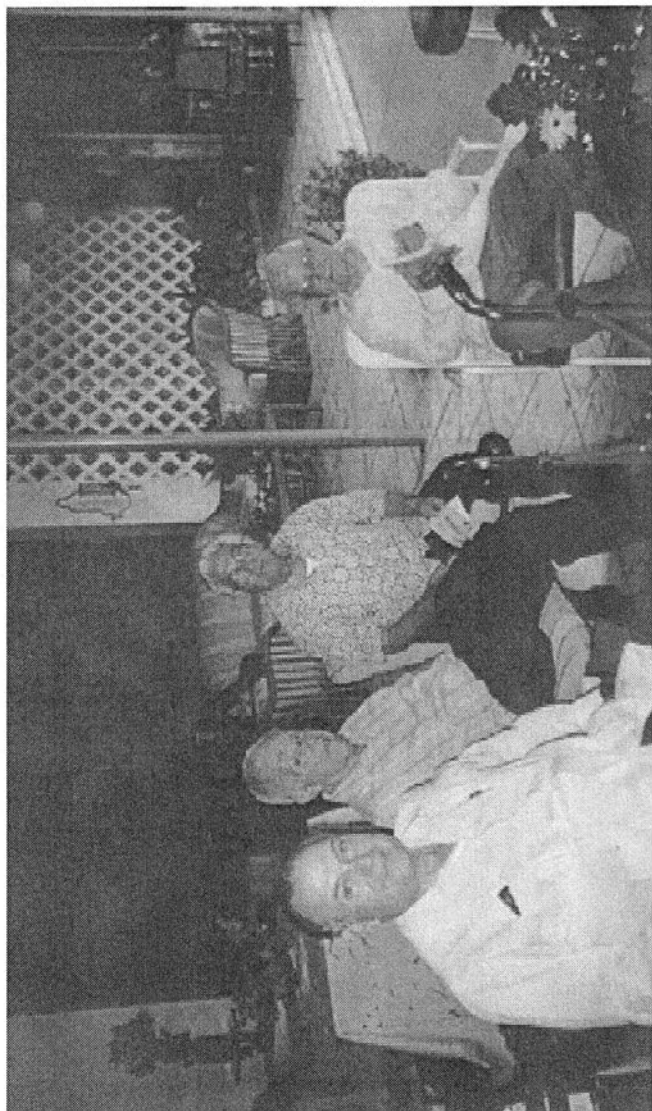
Esta fue una de las mayores satisfacciones de mi vida:
entregar el diploma de médico a mi hijo Félix Antonio



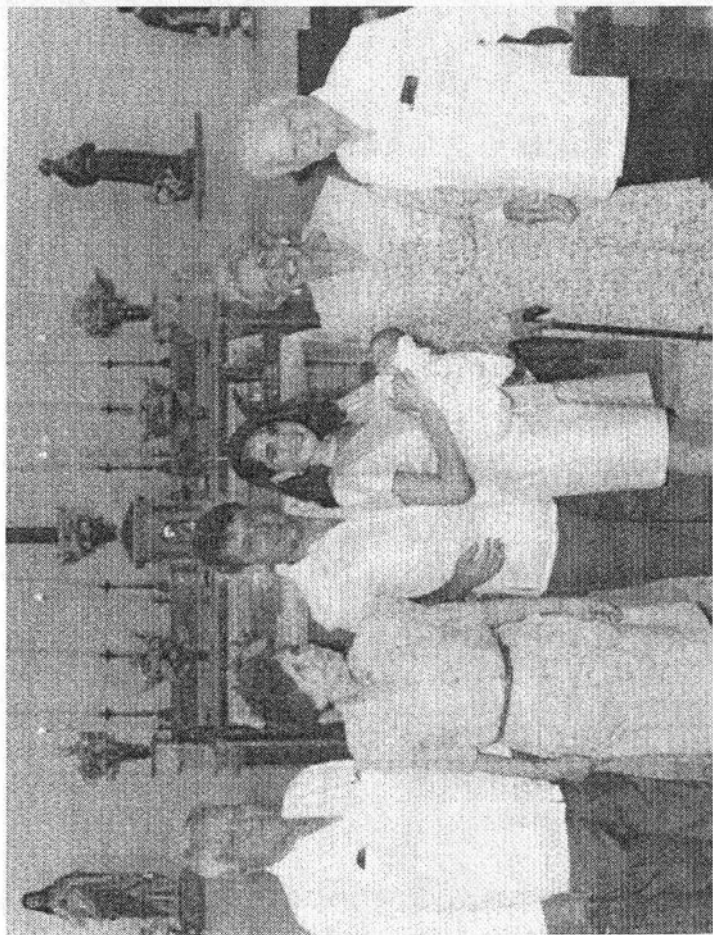
Nunca perdió la gracia para el baile mi hermosa Lizca



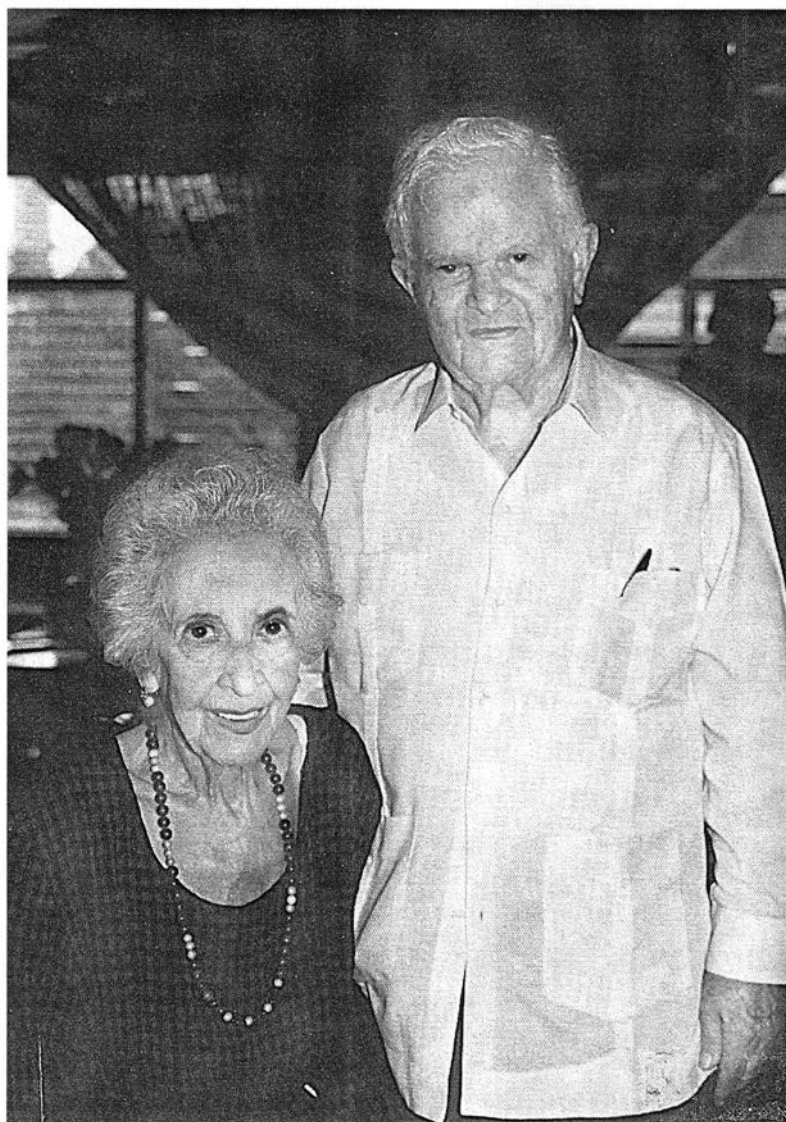
De las últimas fiestas que pudimos gozar de la compañía de mi querido hermano Valentín, celebrada en su casa en unión de la familia.



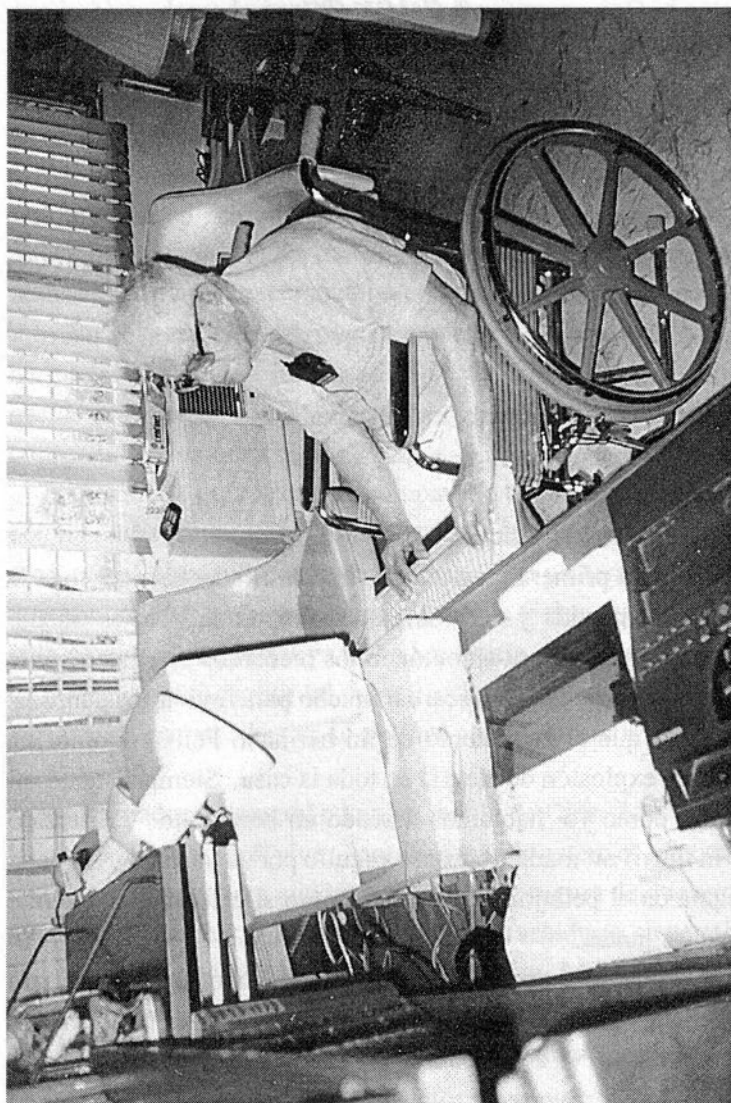
De izquierda a derecha. Roberto Motta Jr., Domingo Stanziola, Rolando Stanziola,
Felix Antonio Stanziola.



Bautizo de la primera biznieta Marianela Victoria.
Roberto M., Dora, Temi, Emily, Lizca y Félix.



Juntos... para siempre



Pedí que me tomaran esta foto cuando terminé de revisar una vez más estos apuntes, 29 de feb. del 2000

Félix

Addenda

Los Editores consideran que el doctor Félix Stanziola es un hombre poco vanidoso. Por eso deseamos aclarar que nos costó trabajo convencerlo de añadir los siguientes testimonios al libro. Lo que un hombre mira en el espejo de su vida no será completo sin la imagen que proyectó a los suyos. Pedimos a sus hijos contestar dos sencillas preguntas:

1.- ¿Cuál fue la alegría más grande que compartió con su padre, y cuál la pena mayor?

2.- ¿Qué es lo que más admira de su padre?

He aquí las respuestas:

MARIANELA

1.- Con la primera pregunta me hacen ustedes recoger toda la película de mi vida y darle una buena repasada. No es trabajo ingrato, pues en ella se amontonan los recuerdos placenteros y la verdad, es que tengo que escarbar mucho para revivir los penosos. Me parece que el nacimiento de mi hermano Félix Antonio fue como una explosión de alegría en toda la casa. Siempre -tanto mi hermana como yo- habíamos deseado un hermanito. ¡Y cuando por fin llegó! mi madre rebosaba orgullo por su vástago y mi papá no cabía en el pellejo. Ese día fue como si celebráramos veinte navidades juntas.

Por otro lado, el oscuro, confieso que no hubo pena mayor para mí en el hogar en que me crié, que el día en que mi madre enfermó de gravedad y vi a mi padre derramar amargas lágrimas de impotencia. Por suerte, es totalmente cierto que las penas cuando son compartidas pierden su poder, y en aquella amarga ocasión la familia cerró filas, por lo que el dolor y el miedo tuvieron que esconderse.

2.- Para la segunda pregunta caben mil respuestas. Trataré de

abreviar. Es admirable la entereza y el espíritu de lucha con que mi padre enfrenta los obstáculos y zancadillas de la vida, es algo que hubiese deseado heredar. Es tan positiva su actitud ante los acontecimientos, que lo he visto sacar maravillosas conclusiones de problemas que parecían insolubles. Para decirlo en tres palabras: admiro su espíritu.

LIZ

1.- Fue increíble la llegada de mi hermano Félix Antonio a este mundo. Casi no lo esperábamos. Nació catorce años después de mí. No sólo era un bebé para mis padres sino para nosotras, sus hermanas. La casa de los Stanziola se vistió de fiesta el día que él nació. Yo creo que nadie discutiría que esa fue la alegría mejor compartida en nuestra casa.

La pena más grande que he compartido con mi padre, y no sólo con mi padre, sino con la familia entera, fue el día que ingresamos a mi mamá al hospital, con septicemia. Era un terrible presagio que se convirtió en dura realidad cuando la vimos regresar en una silla de ruedas de la cual ya no se levantaría. Ni toda la fortaleza de mi padre pudo resistir tal dolor y es la única vez que lo he visto derramar lágrimas. Y, por su puesto, con él lloramos todos en la casa.

2.- Mi padre es para mí como un regalo de Dios. Me maravilla la intensidad con que él vive. Para él, el mundo entero es importante, y si tuviese poder para ayudar a todos, estoy segura de que a todos ayudaría sin titubear. Admiro en mi padre su sabiduría, su gentileza, su optimismo, su fidelidad y su gran paciencia. Mi padre tiene una inmensa capacidad para planificar y organizar, y en todo pone esa pasión y orgullo que lo ha hecho destacar tanto en la medicina como en el amor a los suyos.

FÉLIX ANTONIO

1.- La alegría más grande que compartí con mi padre fue el día que me gradué de médico. Fue una alegría aderezada con orgullo, un orgullo legítimo fue pues mi propio padre quien me entregó el diploma.

La mayor pena que compartimos mi padre y yo fue la muerte de mi primo, su sobrino Manolo Vergara, a quien ambos queríamos entrañablemente.

2.- Mi padre nunca ha descendido del nivel de admiración en que lo coloqué desde niño. Por el contrario, creo que siempre asciende. Como hombre, su vida ejemplar, *es* ejemplar; como profesional de la medicina me señaló siempre la rectitud y la dedicación. Para los demás -y de esto es testigo la gente que lo conoce- resulta más que admirable la lealtad que prodiga a los amigos.

Carta que escribió en inglés mi nieto mayor Roberto

My Grandfather

My grandfather to me is the nicest person in the world. He is one of the best Doctors in Panama, and he knows four languages: Spanish, English, French and Italian. He has blue eyes and all his hair is white.

He is not too tall, but he is very strong he has big arms, and big legs. Every time he dresses, he wears a coat and tie. When he goes to the hospital, he dresses in a white hospital robe, he 68 years old, and he still working every day. He likes art and he fixes everything. He has a incredible ability with his hands, when something is broken in my house my mother give it to him and he fix it.

He can fix everything when I go to his house, he teaches me all kinds of things, and I like to be with him because is a very good man, I love him so much...

Carta que me envió Domenica Patricia nieta muy querida

¡Hola Ito Félix!... es Domenica Patricia escribiendo esta carta.

Antes de empezar a escribir te quiero decir que yo no me puedo expresar bien en español (en inglés lo hago mejor), pero sé que para ti es más fácil en español y teniendo eso en mente hago este intento.

Te quiero decir, Ito, lo que nunca te he dicho. No sé por qué. Debe ser que ahora tengo una noción más clara de que tenemos el tiempo medido.

Siempre que escribo algo (ya sea un poema, o una carta, o lo que sea) le pido a Dios que se meta en mis letras. Le pido que mis palabras tengan algún sentido para quien las escribo. Le pido que sea bueno como para que la persona lo guarde.

Ahora, por ejemplo, le pido a Dios que tú puedas sentir bien mis palabras. Quiero decirte que es para mí una gran suerte ser tu nieta. Que es una lástima no estar más cerca de ti. Esta carta es una especie de despedida al abuelo que nunca conocí a fondo pero que respeto y amo como a un papá. ¡Te quiero tanto! No sé decirlo más claro.

Quisiera que te quedaras mucho tiempo en la tierra, pero no es posible. Te irás y nunca volverás. Sin embargo voy a mirar lo positivo de todo esto, que es lo que tú nos has enseñado. Estoy escribiendo y no puedo parar de llorar. Lloro y me pregunto por qué nunca te escribí antes (ni siquiera por Email), por qué no llamé para decirte aunque fuera ¡Hola!. Ahora sé que una cartita mía te hubiera puesto la risa en la cara por un buen rato. También sé que una llamadita te pondría muy contento. ¿Por qué no lo hice? Te pido que me disculpes. He estado muy absorbida en tonterías

sociales y asuntos académicos. Escribirte debió ser más importante. Bueno, ahora lo hago y te digo que te amo y que estás en mi corazón.

En mi casa tengo una foto donde estás con tus hermanos y tu padre. Te diré que, cuando me deprimó y lloro casi sin saber por qué, me llevo esa foto a mi cuarto y la miro, y la miro. Entonces pienso en tu vida y en todo lo que tú pasaste. Trato de imaginar lo que me han contado de ti. Me conmueve pensar que quedaste huérfano cuando sólo tenías tres años. Es toda una saga venir de una familia de emigrantes y convertirse en un ciudadano importante en la sociedad que los acogió. No tengo idea de cómo lo lograste. Es algo que la mayoría de la gente no puede hacer. Yo todavía no he podido, pero te lo juro y me lo juro que voy a hacer todo lo posible por vivir una vida tan plena y recta como la tuya.

¡Me lo prometo a mí misma!

También te quiero decir: ¡Gracias, gracias porque me has inspirado para intentar ser una persona mejor! ¡Gracias porque me has tocado el corazón como nadie ha podido, y creo que nadie va a poder hacerlo otra vez!

Te quiero siempre,

Domenica Patricia Stanziola

CRONOLOGÍA DEL DOCTOR FÉLIX ANTONIO STANZIOLA STANZIOLA

Familia en Italia

Fueron sus abuelos: Dominico Antonio Stanziola y Rosa Bassola (casados en Centola Provincia de Salerno, Italia, en el año 1855. Tuvieron tres hijos: Catarina (1857) que se radicó en Hazeletown, Pa., con su esposo de apellido Espósito; Rafael (1859), quien tras cumplir con el servicio militar, se radicó en Panamá, y Salvatore (2 de diciembre de 1870), quien sería su padre.

La familia adoptó a dos huérfanas: Doménica y Dorotea (hijas de Ursula Lamasa y Nicola Stanziola Merola, cercanos familiares fallecidos cuando las niñas eran aún adolescentes), que terminaron casándose con los dos hermanos, Rafael desposó a Dorotea y Salvatore a Doménica, con la que tuvo dos niñas en Centola: Antonia y Carmen, quienes al llegar a Panamá tenían 4 y 6 años respectivamente.

1899 Don Salvatore llega con su familia a Panamá.

1900 Nace su hermana Mercedes (que se casaría con Luis Lushman Delissio, pero murió antes de cumplir los treinta años).

1901 Nace el mayor de los hermanos varones, Nicolás (Se casó con Sofía Mihalitsianos).

1908 Nace su hermano Valentín (que se casó con Telva García)

1911 Nace Félix Antonio.

1914 El 23 de agosto muere su madre Doménica cuando Félix apenas tiene 2 años y 9 meses de nacido. Lo termina de criar María Pía Gutiérrez.

1916 Antonia se casa con Bernardo Vergara y Carmen con José Guzman.

1917 Nace su hermana Carmen Stanziola.

1918-24 Estudios primarios en la Escuela Gil Colunje.

1919 Nace su hermano Domingo

- 1921 Don Salvatore compra una finca en “Monteoscuro”
- 1923 Nace su hermano Salvador
- 1923 Nació el 8 de enero mi hermana Rosina
- 1924-30 Estudios secundarios: Instituto Nacional
- 1924 Nace su hermano Rolando
- 1929 El 4 de noviembre muere la tía Dorotea (“La Duquesa”). Diez días después muere su hermana Mercedes (sólo tenía 29 años).
- 1930-33 Viaja a los Estados Unidos. Ingresa a la Universidad Johns Hopkins en Baltimore donde recibe su grado de *Bachelor of Arts*.
- 1933-35 Universidad de Johns Hopkins M.D. (Premédica)
- 1935 Muere su hermano mayor Nicolás (encargado de los negocios de la familia. Causa de su muerte: parálisis infantil estaba casado con una dama de origen griego llamada Sofía Mihalitsianos). Félix regresa a Panamá.
- 1936-38 Viaja a Roma a optar por la beca que se le concede a los hijos de italianos nacidos fuera de Italia. Gana la beca y termina sus estudios de medicina en la Universidad de Roma.
- 1938-40 De regreso a Panamá cumple su internado en el Hospital Santo Tomás.
- 1939 En febrero, un Martes de Carnaval, muere su padre Don Salvatore (Causa de su muerte: una trombosis en la vena del estómago le avisan mientras miraba el desfile de carnaval en un balcón arriba de la Thoana.
- 1940 Es aceptado en el Cuerpo de Bomberos de Colón como capitán Honorario.
- 1940-42 Residente en el Hosp. Amador Guerrero de Colón.
- 1940 Se casa con Lizca González Revilla, hija de Doña Mercedes Delgado y el Doctor Manuel González Revilla.
- 1941 El 13 de septiembre nace su hija Marianela en el Hospital Amador Guerrero.
- 1944 El 3 de noviembre muere su tío Rafael (“El Milord”).
- 1944-52 Jefe de cirugía y traumatología en el Hospital Amador Guerrero.
- 1945 El 5 de enero nace Lizca María (a quien todos llamaran Liz en el Hospital Santo Tomás).

- 1952-54 Viaja a New Orleans. Universidad de Tulane, Escuela de Post-Grado. Se especializa en Ortopedia. Prácticas en el Charity Hospital.
- 1954 Regresa a Panamá. Acepta una cátedra en la Universidad de Panamá.
- Práctica privada en el Hosp. Panamá
- 1955 Se mudan a la casa de Obarrio
- 1958 El 7 de diciembre, nace Félix Antonio en el Hospital Gorgas.
- 1959 Marianela se gradúa en el Visitation College de Washington.
- 1962 En marzo Lizca se casa con Guillermo Tribaldos, con el que tuvo 4 hijos.
- 1964 22 de marzo Ana Liz.
- 1965 25 de febrero, Marianela
- 1966 2 de mayo Guillermo "Toto"
- 1972 19 de agosto Doménica Abigail
- 1963 En marzo Marianela se casa con Roberto Motta Jr. Tienen cuatro hijos.
- 1964 El 2 de febrero, Roberto III
- 1966 El 28 de mayo, Emily
- 1967 El 2 de junio, Liz Marie
- 1973 El 2 de febrero, Félix Miguel
- 1969 Aceptan su traslado al Cuerpo de Bomberos de Panamá.
- 1983 En marzo, Félix Antonio Jr., se casa con Rosana Cordovez
Tienen dos hijas:
- 1985 El 23 de octubre, Doménica
- 1990 El 6 de noviembre, Ana Gabriela
- 1983 El 2 de agosto, Liz se casa en segundas nupcias con Julius "Buddy" Bombet.
- 1975 Se inaugura el Centro Médico Paitilla, del que es socio fundador y del que será Presidente de la Junta Directiva.
- 1989 El 24 de junio se casa la primera nieta, Ana Lizca
- 1992 El 18 de enero, nace la primera biznieta: Marianela Victoria
- 1991 El 31 de octubre muere su hermano Valentín
- 1997 El 30 de abril, se retira de la profesión médica
- 1999 Comienza a poner orden en los archivos de sus memorias.
- 2000 Publica sus memorias bajo el título *Radiografía de un médico*.

Se termino de imprimir
diciembre, 2000
en Universal Books.

¿Qué puedo decir de este trabajo?

Me sentí emocionado como pocas veces en mi vida al leer un testimonio. La devoción del doctor Stanziola por su familia, su amor filial, su respeto a la vida conyugal, su consagración al apostolado de la medicina son extraordinarios... ¿qué puedo yo agregar?

● **Jorge Conte Porras**

Al leer las páginas del doctor Stanziola, encontré un encanto de vida vivida. Cada página de dicho escrito de seguro acompañará a los suyos como verdadero principio de vida. Bella herencia de tradiciones y espíritu de lucha. Muestra siempre un carácter superior, al cual supo hermanar una extraordinaria humildad, la misma que le conocí en su grandeza personal y profesional.

● **Dr. Gil Sánchez Tarté**